

JOSEPH CONRAD

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

Y OTROS RELATOS

JUVENTUD

EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS

EN LAS ÚLTIMAS

Traducción, prólogo y notas:
DÁMASO LÓPEZ GARCÍA

VALDEMAR

2002

I

La Nellie, una yola de recreo, borneó sobre el ancla sin que las velas manifestaran el más leve temblor, se quedó inmóvil. Subía la marea, el viento estaba casi en calma; como se dirigía río abajo, lo único que podía hacer era quedarse donde estaba a esperar con toda tranquilidad el cambio de marea.

El estuario del Támesis se extendía recto ante nosotros como el comienzo de una inacabable vía marina. En el horizonte, la mar y el cielo se soldaban sin fisura; en el espacio luminoso las curtidas velas de las gabarras, arrastradas río arriba por la corriente de la marea, parecían inmóviles, reunidas en puntiagudos racimos de lona rojiza, en los que destellaban las barnizadas botavaras. Descansaba la calma sobre las bajas orillas, que se precipitaban hacia la mar, como una llanura que se desvaneciera. Sobre Gravesend el aire era sombrío, y más allá parecía condensarse con lúgubre melancollá, amenazadoramente inmóvil sobre la mayor, la más grande ciudad de la tierra.

El capitán y anfitrión era superintendente de tripulaciones. Los cuatro contemplábamos afectuosamente su espalda mientras desde la proa dirigía la

mirada hacia la mar. En todo el río no había nada que tuviera ni la mitad de aspecto náutico que él. Parecía un piloto, que para un marino es la encarnación de la confianza. Era difícil creer que su trabajo no se hiciera ahí, en el luminoso estuario, sino tras él, dentro de aquella amenazadora oscuridad.

Nos unían, como he dejado dicho en otro lugar, los lazos de la mar, que, además de mantener unidos nuestros corazones durante los largos periodos de separación, lograban hacer que fuéramos más comprensivos con los cuentos y aun con las convicciones de los demás. El abogado —bueno entre los buenos— tenía la posesión, a causa de la mucha edad y de sus muchas virtudes, del único cojín de cubierta, y yacía sobre la única estera. El contable ya había sacado el estuche del dominó, jugaba a hacer construcciones con las fichas. A popa, reclinado contra el palo de mesana, se hallaba Marlow sentado con las piernas cruzadas. Tenía las mejillas hundidas, la piel amarillenta, la espalda derecha, aspecto ascético; con los brazos extendidos, mostrando las palmas de las manos, parecía un ídolo. El superintendente, tras comprobar que el ancla estaba bien aferrada, se dirigió a popa, y se sentó entre nosotros. Intercambiamos perezosamente unas palabras. Después nos quedamos todos callados. Por alguna razón u otra no comenzamos a jugar al dominó. Nos sentíamos meditativos, no estábamos dispuestos a hacer nada que no fuera enteramente con aquella plácida contemplación. Se extin-

guía la luz del día con la serenidad de un resplandor exquisito y en calma. El agua lucía en paz; el cielo, sin una sola mota, era una inmensidad benigna de luz immaculada; hasta la niebla sobre los pantanos de Essex era como una gasa de tejido luminoso, suspendida sobre las arboladas elevaciones del interior, que vestía las orillas con pliegues transparentes. Sólo la oscuridad del oeste, amenazadora sobre el curso superior del río, se volvía cada vez más sombría, como si estuviera irritada por la proximidad del sol.

Por fin, en su oblicuo e imperceptible descenso, el sol bajó, y el blanco resplandor se convirtió en rojo mate sin rayos y sin calor, como si fuera a desaparecer de repente, mortalmente herido al entrar en contacto con la amenazadora oscuridad que se cernía sobre las multitudes.

Sin tardanza, sobrevino un cambio en las aguas, la serenidad se hizo menos brillante, pero más profunda. El viejo y ancho tramo del río descansaba inalterable al declinar el día, tras un servicio llevado a cabo desde tiempos inmemoriales en beneficio de los pueblos que habitaban en sus riberas, y se extendía con la tranquila dignidad de una vía marina que se encaminara hacia los más lejanos confines del mundo. Mirábamos hacia la venerable corriente no como si poseyera el vivo resplandor de un breve día que viene y ya para siempre se va, sino bajo la luz augusta de los recuerdos imborrables. A decir verdad, nada más fácil para quien, con respeto y afecto, «ha sentido la llamada de la mar»,

como se dice, que convocar ese gran espíritu del pasado en el curso inferior del Támeis. La corriente de las mareas sube y baja prestando servicio de forma incesante, y está poblada de recuerdos de los hombres y barcos a quienes ha traído al descanso del hogar, o ha llevado a las batallas de la mar. Conoció y sirvió a todos aquellos hombres de los que se enorgullece su patria, desde sir Francis Drake hasta sir John Franklin, caballeros todos, con o sin título: los grandes caballeros andantes de la mar. La habían surcado barcos cuyos nombres son como joyas que destellan en la noche de los tiempos, desde el *Golden Hind*, que regresaba con las espaciosas bodegas llenas de tesoros, y recibió la visita de su majestad la Reina, singularizándose así entre los incontables navíos, hasta el *Erebus* y el *Terror*, que se dirigía a hacer otras conquistas, y que nunca regresaron¹. Conoció los barcos y a los hombres. Habían zarpado desde Deputford, desde Greenwich, desde Erih: aventureros y colonos; barcos del rey y barcos de las cámaras de comerciantes; capitanes, almirantes, oscuros comerciantes que se abrían

camino en el comercio oriental, «generales» nombrados en comisión de servicios en las flotas de las Indias Orientales. Buscadores de oro, gentes ansiosas de lograr fama, todos habían surcado esta corriente, portando la espada, y también la antorcha, mensajeros del poder de tierra adentro, portadores de la chipa del fuego sagrado. ¡Qué grandeza no habrá surcado este río con el reflujo de la marca para adentrarse en el misterio de la tierra desconocida...! Los sueños de los hombres, la semilla de las naciones, los gérmenes de los imperios.

El sol se puso, se cernió el crepúsculo sobre la corriente del río, comenzaron a encenderse luces en la orilla. El faro de Chapman, un raro trípode erguido sobre un lecho de barro, lucía con intensidad. En el canal se movían las luces de los barcos: un gran flujo de luces se movía en ambos sentidos. Más hacia el oeste, en los tramos superiores, el lugar de la monstruosa ciudad todavía lo indicaba ominosamente en el cielo un resplandor fantasmal bajo las estrellas, lo que durante el día había sido una amenazadora oscuridad.

—También éste —dijo Marlow de repente— ha sido uno de esos lugares oscuros de la tierra.

Era el único de nosotros que «segua la llamada de la mar». Lo peor que podía decirse de él es que no representaba a su clase. Era un marino, sí, pero además era un vagabundo, y la mayoría de los marinos lleva, si se me autoriza la expresión, una vida sedentaria. La mentalidad de éstos es hogareña, sólo que su

(1) Sir Francis Drake, conocido navegante y pirata inglés del siglo XVI, fue armado caballero por la propia reina Isabel I, en Deputford, a bordo del *Golden Hind*. Sir John Franklin, por su parte, un navegante muy diferente, fue un explorador del siglo XIX que murió al mando de una expedición, que nunca regresó, formada por los barcos *Erebus* y *Terror*; la expedición se proponía hallar el paso del norte, el que comunicaba el Atlántico Norte con el Océano Pacífico.

casa, el barco, va siempre con ellos; al igual que va con ellos la mar, su país. Todos los barcos se parecen, la mar nunca cambia. En la inmutabilidad de lo que los rodea se deslizan las costas extranjeras, las caras extrañas, la cambiante inmensidad de la vida; veladas no por una impresión de misterio, sino por una ignorancia levemente desdenosa; porque no hay nada verdaderamente misterioso para el marino, excepto la propia mar, dueña de su existencia, y no menos inescrutable que el propio destino. En cuanto a lo demás, un paseo sin rumbo tras las fatigas del trabajo, una fiesta en tierra firme de vez en cuando bastan para desvelarle los secretos de todo un continente, y en general averigua que el secreto no merecía la pena el esfuerzo. Los cuentos de los marinos tienen una sencillez muy inmediata, todo cuyo contenido cabe en una cáscara de nuez. Pero Marlow no era nada representativo (si se exceptúa su propensión a contar cuentos), y para él el significado de un asunto no estaba en el interior, como en una fruta, sino por fuera, envolviendo el cuento que lo traía igual que una luz trae un resplandor, como uno de esos halos neblinosos que a veces deja ver la iluminación espectral de la luz de luna.

A nadie le pareció sorprendente la afirmación. Así era Marlow. Se aceptó en silencio. Nadie se tomó la molestia ni tan siquiera de gruñir; al poco rato, dijo, lentamente:

—Me refería a la Antigüedad, cuando los romanos llegaron aquí por primera vez, hace mil novecientos

años: apenas hace unos días... La luz comenzó a brotar en este río desde... ¿que eran caballeros? Sí, pero es como esa luz que destella en medio de una llanura, como la luz de un relámpago entre nubes. Vivimos durante ese destello, ¡y que dure mientras la vieja tierra siga dando vueltas! Pero ayer había oscuridad aquí. Me imagino lo que pensaría un capitán al mando de una hermosa, ¿cómo se dice?, ¿trirreme?, del Mediterráneo, al que de repente destinan al norte; le hacen cruzar aprisa las Galias; y lo colocan al mando de uno de esos navíos que los legionarios —debían de ser un puñado de gente muy habilidosa— solían construir, si hemos de creer lo que se escribió, cientos, al parecer, en un mes o dos. Imagínenselo aquí: en el fin del mundo, una mar del color del plomo, un cielo de color del humo, una especie de barco rígido como una concertina, remontando el río con una carga de provisiones, o con órdenes, o con lo que fuera. Bajos, cícnagas, bosques, salvajes, escasos alimentos aptos para consumo del hombre civilizado, y como única bebida: agua del Támesis. Nada de vino de Falerno aquí, nada de bajar a tierra. De vez en cuando, como una aguja en un pajar, algún campamento militar perdido en la jungla; frío, niebla, tempestades, enfermedades, exilio y muerte: muerte que se esconde en el aire, en el agua, en la maleza. Deben de haber muerto como moscas aquí. Sí, pero lo hizo, y además lo hizo bien, sin dudarlo, y además sin pensarlo demasiado, excepto tal vez para jactarse posteriormente de las calamidades

que había padecido en el pasado. Eran lo bastante hombres como para enfrentarse con la oscuridad. Quizá lo animaba la esperanza futura de un ascenso, a su regreso a la base de la armada en Ravena, con ayuda de los buenos amigos que tuviera en Roma, si sobrevivía al detestable clima. O pensemos en un joven y honrado ciudadano con su toga —quizá demasiado familiarizado con los dados, ya saben— que viniera aquí en el séquito de algún prefecto, o en el de algún recaudador de impuestos, o incluso con un comerciante, que hubiera venido aquí con la intención de rehacer su fortuna. Desembarcar en un cenagal, internarse en los bosques, y en algún emplazamiento del interior advierte que la vida salvaje, salvaje sin paliativos, se cierne en torno a él: toda esa misteriosa vida sin civilizar que bulle en los bosques, en las selvas, en el corazón del hombre primitivo. Tampoco es que haya ninguna iniciación en esos misterios. Ha de vivir en medio de lo incomprensible, que además es detestable. Además, hay alguna suerte de fascinación, que pronto lo tienta. La fascinación de lo degradante, ya saben. Imagínense los crecientes remordimientos, el deseo de huir, el impotente disgusto, la rendición, el odio.

Hizo una pausa.

—Pero, cuidado —reanudó el discurso, levantó un antebrazo, mostrando la palma de la mano, de manera que, con las piernas cruzadas, tenía la postura de un Buda que predicara vestido con ropas occidentales, sin

flor de loro—, dense cuenta de que ninguno de nosotros se habría sentido así, lo que nos salva es la eficacia: la devoción por la eficacia. Pero aquellos individuos no valían mucho, la verdad. No eran colonizadores; su administración, me parece, era una rapiña, poco más. Eran conquistadores, y para hacer eso lo único que hace falta es fuerza bruta; no es algo de lo que puedas jactarte, si es que la posees, porque tu fortaleza consiste en un simple accidente que nace de la debilidad de los demás. Se apoderaban de todo lo que podían, con la esperanza de obtener un buen botín. Se trataba de robo con violencia, de asesinato sin atenuantes a gran escala, y lo hacían como si estuvieran ciegos... como, muy adecuadamente, debe ser para quienes manipulan una oscuridad. La conquista de la tierra, que principalmente significa arrebatársela a quienes tienen una tez diferente, o cuyas narices son levemente más achatadas que las nuestras, no es algo bonito si se contempla con atención. La única redención es la de la idea. Una idea que subyace a todo ello, no una fantasía sentimental, sino una idea; y una fe generosa en la idea: algo que merezca el esfuerzo, algo que pueda resistirse, y ante lo cual pudiera ofrecerse un sacrificio...

Dejó de hablar. Sobre el río se deslizaban unas luces, lucecitas de color verde, lucecitas rojas, blancas, persiguiéndose, alcanzándose, dejándose atrás, uniéndose, cruzándose, separándose lentamente o aprisándose. En el río insomne continuaba durante la noche, cada vez más cerrada, el tráfico de la gran ciudad. Seguíamos

contemplando el río, mientras esperábamos con paciencia; no podíamos hacer otra cosa mientras siguiera subiendo la marca. Tras larga pausa, dijo, con voz titubeante:

—Me imagino que recordarán que hubo una ocasión en que me dediqué a ser marino de agua dulce una temporada.

Nos dimos cuenta entonces de que nuestro destino, mientras no cambiara la marca, nos obligaba a escuchar alguna de las nada convincentes experiencias de Marlow.

—No es que quiera fastidiar a nadie contando nada personal —comenzó, mostrando con esta observación una debilidad característica de muchos narradores de cuentos que a menudo parecen no darse cuenta de qué es lo que de verdad le gustaría oír a su audiencia—, pero para entender el efecto que produjo en mí, deberían saber antes cómo llegué allí, qué vi, cómo remonté el río hasta el lugar en el que conocí a aquel pobre diablo. Era el punto más alejado de la ruta, y fue el punto culminante de mi experiencia. En cierta forma parecía arrojar alguna luz sobre todo lo que me rodeaba, sobre mis pensamientos. Además era bastante triste, y digno de lástima, no era en modo alguno extraordinario, tampoco era nada muy claro. No, nada claro. Sin embargo, parecía brotar de allí alguna clase de luz.

»Recordarán que acababa de regresar a Londres, tras una larga estancia en el Océano Índico, en el Pacífico, en los Mares de la China —una buena ración de

Oriente—, unos seis años; yo estaba ocioso, los molestaba a ustedes en sus labores, invadía sus hogares, como si tuviera la misión celestial de civilizarlos. Durante una temporada estuvo bien, pero después comencé a cansarme de tanto descanso. Me puse a buscar un barco, a mi juicio uno de los trabajos más duros del mundo. Pero los barcos no querían saber nada de mí. Al final, también me cansé de ese juego.

»Cuando era niño me apasionaban los mapas. Durante horas me quedaba mirando América del Sur, África, Australia, me dejaba llevar por las glorias de los exploradores. En aquella época había todavía muchos espacios en blanco sobre la tierra; cuando advertía alguno de estos espacios en un mapa en algún lugar que me parecía atractivo (todos, a decir verdad), ponía el dedo encima, y decía: “Cuando crezca, iré ahí”. Recuerdo que el Polo Norte era uno de esos sitios. Ciertamente, no he ido “ahí”, pero ya no quiero ir. Ha desaparecido el encanto. Había otros lugares aquí y allá, cerca del ecuador, en todas las latitudes de ambos hemisferios. He estado en algunos de ellos... pero no quiero hablar ahora de esto. Pero sí que había uno —el más grande, el blanco más blanco, si es que puede decirse así— que todavía me atraía.

»La verdad es que en aquellos tiempos ya no quedaba nada del espacio en blanco. Ríos, lagos y nombres han llenado aquel espacio de mi juventud. Ya no es un espacio en blanco poblado de deliciosos misterios, ya no es la mancha blanca que provocaba las

gloriosas ensoñaciones de un muchacho. Ahora era un lugar lleno de oscuridad. Pero había en él un río muy especial, un río majestuoso, cuyo curso se dibujaba en el mapa, y que parecía una inmensa serpiente desentrosándose, con la cabeza en la mar, el cuerpo reposando en el interior de un país vasto, con la cola perdida en lo más profundo de las tierras del interior. En una ocasión me hallaba contemplando el mapa que se exhibía en un escaparate, y, como les ocurre a los pájaros con las serpientes, me quedé fascinado: me convertí en un pajarillo necio. Recordé entonces que había una compañía, una gran compañía que tenía intereses comerciales en ese río. ¡Demonios!, me dije, ¡no pueden trabajar ahí si no tienen algún medio de transporte por agua!, ¡barcos de vapor! ¿Por qué no intentaba que me dieran el mando de alguno de ellos? Seguí caminando por Fleet Street, pero no se me iba la idea de la cabeza. Me había hipnotizado la serpiente.

»Era una compañía del otro lado del Canal, la Compañía de Comercio; pero he aquí que tengo un buen número de familiares que viven en el Continente, porque es barato, y no tan desagradable como parece, según dicen.

»Siento tener que admitir que empecé a importunarlos. Se trataba de una novedad para mí. Ya pueden imaginarse que no era mi costumbre obtener las cosas sirviéndome de estos medios. Siempre había sabido valerme por mí mismo, siempre había sabido cuál era mi rumbo, y con qué fuerza contaba para mantenerlo.

No lo habría esperado de mí mismo; pero, bien, ya saben, pensaba que a tuerto o a derecho tenía que salirme con la mía. Así que les importuné. Los hombres me decían: “¡Querido muchacho!”, y no hacían nada. Así que —¿será posible?, se preguntarán—, probé con las mujeres. Yo, Charlie Marlow, puse en movimiento a las mujeres, para que me consiguieran un empleo. ¡Por el amor del cielo! Se habrán dado cuenta de que no era dueño de mis actos. Yo tenía una tía, un alma cándorosa y llena de entusiasmo. Me escribó: “Será un placer. Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta, lo que me pidas. Es una idea maravillosa. Conozco a la esposa de un personaje importante en la administración, conozco también a una persona que tiene mucho ascendiente sobre”, etc., etc. Estaba dispuesta a no aborrase molestias con tal de conseguirme un puesto de capitán en un vapor fluvial, si ése era mi capricho.

»Me dieron el puesto, claro está; y al momento. Al parecer, la Compañía acababa de recibir la noticia de que uno de sus capitanes había perdido la vida en una refriega con los nativos. Estaba claro que se me presentaba una buena oportunidad, lo cual estimulaba mis deseos de partir. Muchos meses más tarde, cuando intenté recobrar lo que quedaba del cadáver, me enteré de que la disputa la había ocasionado algún malentendido acerca de unas gallinas. Sí, se trataba de un par de gallinas negras. Fresleven —se llamaba así, era danés— creyó que lo habían engañado en la transacción, de

manera que bajó a tierra y empezó a dar bastonazos. Ah, y no me extrañó nada oír esto, y, enterarme, a la vez, de que Fresleven había sido el individuo más amable y tranquilo que jamás haya vivido en el mundo. Sin duda lo había sido, pero ya había pasado allí un par de años comprometido con la noble causa, ya saben, y tal vez sintió por fin la necesidad de hacerse respetar de forma inequívoca. De manera que vapuleó al viejo negro sin piedad, mientras tanto, petrificada, una muchedumbre de su propia gente lo observaba, hasta que alguno —me dijeron que había sido el hijo del jefe—, desesperado ante los alaridos del pobre diablo, probó a dar un golpe con una lanza al hombre blanco, y, claro, con toda facilidad se la introdujo entre los omóplatos. A continuación la muchedumbre se refugió en la selva, esperando que sobreviniera toda suerte de calamidades, mientras que, por otra parte, el vapor cuyo capitán había sido Fresleven zarpó presa de un pánico ingobernable, creyó que el mando lo asumió el maquinista. Tras esto parece ser que nadie se preocupó mucho por los restos de Fresleven, hasta que llegué yo a ocupar su puesto. Yo no podía dejar así las cosas, pero, cuando por fin me llegó la oportunidad de conocer a mi predecesor, la hiebra que crecía entre sus costillas era lo suficientemente alta como para ocultar los huesos. Allí estaban todos. Nadie había tocado a aquel ser sobrenatural desde que había caído en aquel lugar. El poblado estaba abandonado, las chozas exhibían sus negros bostezos,

todo estaba podrido, todo decaía en el interior de la derribada empalizada. Había sobrevenido una calamidad, sin lugar a dudas. La gente se había evaporado. Un terror insano los había disipado; hombres, mujeres, niños, se habían introducido en la maleza, y no habían regresado. Tampoco sé qué pasó con las gallinas. Me inclino a pensar que, en cualquier caso, se habían quedado del lado del progreso. Pasara lo que pasara, fue mediante este infausto acontecimiento como obtuve el puesto, antes incluso de que hubiera empezado a concebir esperanzas de lograrlo.

»Me moví como un poseso para preparar todo, antes de cuarenta y ocho horas cruzaba el Canal, para presentarme ante mis patronos, para firmar el contrato. A las pocas horas había llegado a esa ciudad que inevitablemente me recuerda a un sepulcro blanqueado. Un prejuicio, sin duda. No me costó nada encontrar las oficinas de la Compañía. Era la gran empresa de la ciudad, las personas a las que conocí no hablaban de otra cosa. Iban a establecer un imperio en ultramar, iban a enriquecerse con el comercio.

»Una calle desierta y estrecha, sombría, casas altas, muchas ventanas con persianas, un silencio mortal, hiebra que brotaba entre el empedrado, impresionantes entradas de vehículos a derecha e izquierda, inmensas y pesadas puertas entornadas de doble hoja. Me introduje por una de estas aberturas, ascendí por una escalera limpia, sin adornos, más árida que un desierto, abrí la primera puerta que vi. Dos mujeres,

una gorda y la otra flaca, se hallaban sentadas sobre sillas de anea haciendo labor de punto con lana negra. La delgada se levantó y se dirigió hacia mí sin vacilar—siguió con su labor, con la mirada dirigida hacia abajo—, y justo cuando estaba pensando en apartarme, como me habría apartado del paso de una sonámbula, se detuvo y levantó la mirada. Llevaba un vestido con menos gracia que la funda de un paraguas, dio media vuelta y me condujo a una sala de espera. Di mi nombre, y me quedé examinando la sala. Una mesa de pino en medio, sillas sin pretensiones arimadas a las paredes, en un extremo un mapa grande y reluciente con más colores que el arco iris. Predominaba el color rojo—lo cual siempre está bien, porque indica que ahí es donde se trabaja de verdad—, había bastante azul, su poquito de verde, algunas manchas naranja, y, en la costa oriental, un trazo púrpura, para mostrar dónde los dichosos adelantados del progreso beben la dicha—sa cerveza lager². No obstante, yo no me dirigía a ninguno de esos sitios. Iba al amarillo. Justo en medio. Donde estaba el río, fascinante, funesto, como una serpiente. Uff. Se abrió una puerta, apareció una cabeza secretarial con el cabello cano, que mostraba una

(2) Algunos mapas de fin de siglo coloreaban los continentes según la influencia de las potencias coloniales de las que dependía cada país: así, África exhibía el color rojo (británico), azul (francés), verde (italiano), naranja (portugués), púrpura (alemán), y, en fin, amarillo (belga).

expresión compasiva; un descarnado dedo índice me indicó que entrara en el santuario. La luz era débil, en medio había una gran mesa de despacho. Al otro lado de esta estructura se hallaba una pálida forma de carnes abundantes enfundadas en una levita. Se trataba del hombre importante. No creo que llegara a cinco pies y seis pulgadas, pero había asido con firmeza esa palanca de la que dependían millones. Nos dimos la mano, creo, murmuró algo impreciso, declaró que mi francés era satisfactorio. *Bon voyage*.

»Aproximadamente a los cuarenta y cinco segundos me hallaba de nuevo en la antesala con el compasivo secretario, quien, lleno de condolencia y simpatía, me hizo firmar algún documento. Creo que, entre otras cosas, me comprometí a no revelar ningún secreto comercial. Y no pienso hacerlo.

»Había comenzado a sentirme a disgusto. Saben que no estoy familiarizado con ceremonias de esa clase, y había algo opresivo en la atmósfera. Me sentía como si me hubieran admitido en una conspiración—no sé—, algo no del todo correcto, me alegré de poder salir. En la primera habitación, las dos mujeres, de manera febril, seguían con sus labores de lana negra. Llegaba gente, la más joven caminaba de un lado a otro, los guaiaba. La mayor seguía sentada. Tenía las zapatillas apoyadas en un brasero, y tenía un gato en el regazo. Sobre la cabeza llevaba algo blanco y almidonado, tenía una verruga en una mejilla, y sujetaba en la punta de la nariz unas gafas con montura de plata.

Me echó una mirada por encima de las gafas. La plidez indiferente y rápida de aquella mirada me turbó. Dos jóvenes con caras alegres y un punto tontas seguían a su piloto, también a ellos les echó fúgamente idéntica mirada de indiferente sabiduría. Parecía saber todo acerca de ellos, y acerca de mí mismo. Parecía ominosa y funesta. Se apoderó de mí una sensación extraña y misteriosa. Con frecuencia, hallándome muy lejos de ese sitio, me acordaba de ellas, vigilando la puerta de la Oscuridad, con las labores de lana negra, como para un paño mortuorio de mucho abrigo; una guiando, guiando a la gente hacia lo desconocido; la otra escrutando con ojos ancianos e indiferentes las caras alegres y un punto tontas. “*Ave!*, vieja tejedora de lana negra. *Moriturus te saluamur*”. Muchos de los que la saludaban no volverían a verla, no, ni tan siquiera la mitad del total.

«Quedaba todavía lo del médico.

»—Un simple trámite —me aseguró el secretario, con aire de compartir intensamente todas mis penas. De manera que al poco tiempo apareció un joven con el sombrero inclinado hacia la izquierda: un oficinista, supongo —debía de haber oficinistas en una empresa como ésta, aunque el edificio era más silencioso que si se hallara en la ciudad de los muertos—, que procedía de algún piso superior, y que me acompañó. Llevaba ropa pobre, desgastada por el mucho uso, tenía manchas de tinta en las mangas de la chaqueta, y bajo la barbilla, que parecía la puntera de un zapato viejo,

Llevaba una corbata grande y tempestuosa. Era un poco pronto para ir a la consulta médica, así es que propuse que bebiéramos algo, a partir de este momento comenzó a mostrarse más animado. Sentados ante nuestros vermús, comenzó mi compañero a elogiar las actividades de la Compañía; durante la conversación le manifesté, sin segundas intenciones, mi sorpresa ante el hecho de que no se hubiera animado a embarcarse. Al punto pareció recobrar la serenidad.

»—No soy tan tonto como parezco, dijo Plarón a sus discípulos —me dijo con gravedad; vació el vaso con gran decisión, nos levantamos, nos fuimos.

«El anciano médico me tomó el pulso, mientras, obviamente, pensaba en sus cosas.

»—Bien, esto está muy bien —murmuraba, a continuación me preguntó con interés si le permitía que me midiera la cabeza. Sorprendido, le respondí que sí; sacó un objeto con forma de calibrador, me tomó las medidas por delante, por atrás y por todas partes, anotó todo de forma escrupulosa. Era un hombrecillo mal afeitado, con un guardapolvo raído que parecía una gabardina. Llevaba zapaillas: me pareció un tonto inofensivo.

»—Siempre pido permiso, por razones científicas, para medir los cráneos de quienes se embarcan para ir allí —dijo.

»—¿Los mide también cuando regresan? —pregunté.

»—No, no vuelvo a verlos —dijo—, además, los carmbios son internos, ya sabe —se sonrió como si pensara

en algún chistre privado—. Así es que se va allí. Excelente. Interesante.

»Me miró fúgazmente, escribió algo más.

»¿Ha habido algún caso de locura en su familia? —preguntó de la forma más natural. Me molestó.

»¿También tiene razones científicas para hacer esa pregunta?

»—Tal vez —dijo, sin advertir mi irritación—, siempre hay razones para observar los cambios mentales de los individuos, pero...

»¿Es usted alienista? —le interrumpí.

»—Todos los médicos deberían serlo, un poco —contestó el excéntrico e imperturbable individuo—. Tengo una teoría que ustedes, *Messieurs*, quienes van allí, deben ayudarme a verificar. Ésta es la única ventaja que obtendré de las que cosechará mi país por participar de la posesión de tan espléndidas propiedades. La riqueza se la dejo a los demás. Perdóne mis preguntas, pero es usted el primer inglés al que he podido estudiar...

»Me apresuré a informarle de que yo no era nada representativo.

»—Si lo fuera —le dije—, no estaría aquí hablando de esto con usted.

»—Lo que me dice es muy profundo, pero tal vez esté equivocado —dijo riéndose—. Evite el exceso de sol, pero, sobre todo, controle los nervios. *Adieu*. ¿Cómo dicen en inglés?, ¿eh?, *good-bye*, ¡ah!, *good-bye*. En el trópico, por encima de todo, hay que conservar

la calma... —el dedo índice se elevó amonestándome—. *Du calme, du calme. Adieu*.

»Quedaba por hacer aún una última cosa: despedirme de mi amable tía. Estaba exultante. Tomé una taza de té —la última decente durante mucho tiempo—, y la tomé en una habitación con el aspecto que se espera que tenga el salón de una dama; mantuvimos una grata y prolongada charla junto a la chimenea. En el curso de las confidencias no me quedó duda alguna de que se me había descrito ante la esposa del alto dignatario, y sabe Dios ante cuántas personas más, como un ser excepcional y lleno de los más variados talentos —una verdadera suerte para la Compañía—, un hombre de los que no se ven muchos todos los días. ¡Yálgame el Señor! ¡Y me iba para hacerme cargo de un vapor de agua dulce de los de a dos peniques y medio el billete, con sirena de penique incluida! Al parecer yo era uno de los Obreros, con mayúscula, claro. Algo así como un enviado de la luz, una especie de apóstol menor. En aquellos tiempos había habido bastantes de estas tonterías en letra impresa, y bastante se había hablado de ello; y aquella amable dama, en medio de las turbulencias de tamaño farsa, se había visto arrastrada por la corriente. Hablaba de apartar a aquellos millones de infelices de sus horribles costumbres; palabra de honor, consiguió que me sintiera bastante mal. Me arriesgué a insinuar que la Compañía tenía fines comerciales.

»—Olvidas, querido Charlie, que el obrero merece

su salario —replicó con agudeza³. ¡Qué extraño lo poco que saben de la verdad las mujeres! Viven en un mundo propio, que nunca ha existido, que nunca existirá. Es demasiado bonito, si pretendieran llevarlo a la práctica, se haría pedazos antes de la primera puesta del sol. Aparecería y acabaría con todo algún impermanente hecho real, de éstos con los que los hombres hemos tenido que familiarizarnos desde el primer día de la creación.

»Después me despidió con un abrazo, me dijo que llevara prendas de franela, que me acordara de escribir, etc. Me fui. En la calle —no sé por qué— tuve la sensación de ser un impostor. Cosa rara que yo, acostumbrado a ponerme en marcha hacia cualquier parte del mundo, generalmente tras un aviso dado con una antelación de veinticuatro horas, y con menos preocupaciones de las que dedica cualquiera para cruzar una calle, tuviera un momento, ante este asunto tan vulgar, no diré de duda, pero sí experimenté como una desconcertante pausa. La única explicación que puedo ofrecer es que durante uno o dos segundos sentí como si, en lugar de dirigirme al centro de un continente, estuviera a punto de partir hacia el centro de la tierra.

»Embarqué en un vapor francés que se detenía en todos los malditos puertos que tienen por ahí, para, por lo que pude saber, desembarcar soldados y funcio-

narios de aduanas. Yo contemplaba la costa. Contemplar una costa desde un barco en movimiento es como reflexionar sobre un enigma. Está ahí ante ti: sonriente, enojada, invitadora, grandiosa, mezquina, insípida o salvaje; y siempre muda, con aspecto de estar murmurando: Ven a descubrirme. Ésta carecía casi por completo de rasgos propios, como si aún estuviera en proceso de creación, tenía un aspecto de monótona severidad. El extremo de aquella jungla colosal, de un verde tan oscuro que casi parecía negro, rematado por el blanco de las olas que rompían, se extendía en línea recta, como trazado con regla, y se perdía en la distancia junto con el azul de la mar cuyo brillo volvía algo borroso una niebla apenas insinuada. El sol era imparable, la tierra parecía enviar destellos de las gotas de vapor. Aquí y allá había puntos blancos y grisáceos, entre la espuma de las olas, y a veces se veía una bandera que los sobrevolaba: poblaciones; algunas llevaban ahí siglos, y sin embargo parecían cabezas de alfiler ante la intacta extensión de terreno a sus espaldas. Avanzábamos lentamente, fondeábamos, desembarcábamos soldados, continuábamos, desembarcábamos aduaneros para recaudar aranceles en lo que parecía una jungla dejada de la mano de Dios, con una choza de hojalata con su asta y bandera por allí perdida, desembarcábamos más soldados, seguro que para proteger a los aduaneros. Se dijo que algunos se habían ahogado, pero nadie pareció particularmente interesado en averiguar si era verdad. Los soltaban,

(3) La tía de Charlie puede ser aguda gracias al oportuno recuerdo de la cita de San Lucas (10,7) de la que se sirve.

seguíamos. La costa parecía invariable, un día tras otro, como si no nos moviéramos, pero dejamos atrás varios lugares –poblados comerciales– con nombres como Gran Bassam y Pequeño Popo⁴, nombres que parecían pertenecer a alguna sórdida farsa representada ante un siniestro telón de fondo. La pereza propia del pasajero, mi aislamiento entre gentes a quienes no me unía nada, la sombra uniformidad de la costa, todo parecía contribuir a mantenerme alejado de la verdad de las cosas, y a atraparme en las redes de un engaño sin sentido y triste. El único consuelo que tenía era el de la voz de las olas al romper, que se oía de vez en cuando, era como la voz de un hermano. Era natural, tenía su razón, tenía sentido. De vez en cuando una barca que venía de la costa proporcionaba un contacto fugaz con la realidad. Los remeros eran negros. De lejos se veía el destello blanco de los ojos. Gritaban, cantaban; los cuerpos chorreaban sudor; las caras parecían máscaras grotescas; pero eran de carne y hueso, tenían una vitalidad salvaje, poseían un movimiento de intensa energía tan natural y sincero como el de las olas que rompían en las costas. No necesitaban disculpar su presencia allí. Mirarlos era un gran consuelo. Durante un tiempo creía tener la sensación de pertenecer todavía a un mundo en el que los acon-

(4) Gran Bassam es una ciudad portuaria cerca de Abiyán, en Costa de Marfil; Pequeño Popo (hoy: Aneho) está en Togo. Marlow se halla en el Golfo de Guinea.

tecimientos sólo podrían interpretarse de una forma; pero esa sensación no duraba mucho. Siempre sucedía algo que la espantaba. Recuerdo que en una ocasión nos cruzamos con un barco de guerra fondado ante la costa. No se veía ni una choza, bombardeaba la jungla. Al parecer los franceses libraban una de las guerras que tenían por allí. El pabellón colgaba flácido como un harapo, las bocas de los largos cañones de seis pulgadas sobresalían desplegadas a lo largo de la obra muerta; perezosamente, las oleaginosas y grasientas olas subían el barco, y lo dejaban descender, dando un delicado movimiento de vaivén a los finos mástiles. Ahí estaba, en la vacía inmensidad de tierra, cielo y agua, imprevisible, abriendo fuego contra todo un continente. ¡Pum!, sonaba uno de los cañones de seis pulgadas; salía disparada una llanura, desaparecía, se desvanecía un humo blanco, un proyectil mínimo apenas dejaba oír un débil chirrido: no sucedía nada. No podía suceder nada. Había un punto de locura en todo aquello, un asomo de lúgubre farsa en aquella actividad; que la verdad es que no logró disiparla uno a bordo que me aseguró completamente en serio que había un campamento oculto de indígenas –enemigos los llamé– que no podíamos ver desde donde estábamos.

»Le entregamos la correspondencia (se decía que, a causa de las fiebres, morían tres hombres al día en aquel barco solitario), seguimos el camino. Hicimos escala en algunos lugares con nombres igualmente grotescos, en los que aún continuaba la alegre danza de la muerte y del

comercio en una atmósfera pesada como de cueva, como la de una calurosa cacacumbá; seguimos a lo largo de aquella informe costa rematada por la espuma de las olas que rompían, como si la propia naturaleza, con esa defensa, hubiera querido alejar a los intrusos potenciales; entramos y salimos en algunos ríos, corrientes de muerte en vida, cuyas riberas se deshacían en lodo; cuyas aguas, densas de barro, inundaban los retorcidos manglares que parecían hacer contorsiones ante nosotros como última manifestación de su impotente desesperación. En ningún lugar paramos tanto tiempo como para formarnos una opinión concreta, pero se despertó en mí la sensación de una admiración vaga y opresiva. Parecía como una fátiga peregrinación entre insinuaciones de pesadillas.

»Transcurrieron más de treinta días antes de que pudiera ver el estuario del gran río. Fondamos frente a la sede del gobierno. Pero se interponían doscientas millas de río entre este lugar y mi puesto de trabajo. Así es que tan pronto como pude me puse en marcha para llegar hasta un lugar que se hallaba a treinta millas de distancia.

»Embarqué en un vaporcito. El capitán era sueco, al darse cuenta de que también yo era marino, me invitó a acompañarlo en el puente. Era joven, flaco, rubio, no muy sociable, el pelo era lacio, arrastraba los pies. Al dejar el triste y diminuto muelle, señaló desdenosamente con la cabeza a la orilla.

»¿Ha estado viviendo ahí? —me preguntó.

[154]

»Sí —le dije.

»Buenos chicos los funcionarios del gobierno, ¿no? —siguió hablando en inglés, con considerable precisión y gran amargura.

»Es curioso lo que son capaces de hacer algunos por un puñado de francos al mes. Me gustaría saber qué les pasa a algunos de éstos cuando se internan en el país.

»Le dije que esperaba poder comprobarlo pronto.

»¡Vaya, vaya! —exclamó. Cruzó el puente arrastrando los pies sin dejar de vigilar el rumbo—. No esté tan seguro —prosiguió—. Hace unos días llevé a un individuo que se ahorcó en la carretera. Era sueco como yo.

»¡Que se ahorcó! ¿Por qué?, si se puede saber —exclamé.

»Siguió mirando hacia el frente atentamente.

»¡Quién sabe! Demasiado sol, o quizá, no sé, tal vez el país.

»Por fin llegamos a un tramo recto. Apareció un acantilado rocoso, en la orilla había montoncitos de tierra, en una colina había casas, había otras casas con techos metálicos, en medio de un erial de excavaciones, asomadas al declive. El ruido ininterrumpido de los rápidos, en lo alto, sobrevolaba este escenario de población devastación. Mucha gente, la mayoría negra y desnuda, se movía como hormigas. En el río se internaba un embarcadero. La cegadora luz del sol inundaba todo con repentinas recrudescencias de resplandores.

[155]

«—He aquí su Compañía—dijo el sueco, señalando hacia tres estructuras de madera con forma de cuartel sobre la rocosa pendiente—. Le enviaré sus cosas. Cuatro bultos, ¿no? Buen viaje.

»Encontré una caldera que había rodado por la hieba, también encontré un camino que subía colina arriba. El camino se desviaba cuando había piedras grandes, se desviaba también para rodear una vagone-ta volcada, con las ruedas al aire, le faltaba una. Parecía más muerta que el cadáver de un animal. Tropecé con más piezas de maquinaria en descomposición, vi una gavilla de rales oxidados. A la izquierda un soto arbolado hacia algo de sombra, y allí unas cosas oscuras hacían algunos confusos movimientos. Cerré los ojos, era un camino muy pendiente. Sonó una sirena hacia la derecha, unos negros echaron a correr. Una fuerte y grave detonación sacudió el suelo, salió de un barranco una voluta de humo, y eso fue todo. Ningún cambio en la superficie de la roca. Construían un ferrocarril. El barranco no se interponía en ningún camino: esta inútil explosión era el único trabajo visible.

»Volví la cabeza al oír a mis espaldas unos ruidos que hacían clic. Seis negros en fila india ascendían fatigosamente por el camino. Caminaban lentamente, pero erguidos; llevaban en equilibrio unas espuelas llenas de tierra en la cabeza, el clic seguía el ritmo de los pies. Llevaban a la cintura unos harapos cuyos extremos posteriores se movían como rabos. Se les podían contar las costillas, las articulaciones parecían

nudos de una cuerda; llevaban todos un anillo de hierro en torno al cuello, estaban unidos por una cadena que colgaba y se balanceaba entre ellos, que hacía clic de forma rítmica. Una nueva explosión que procedía del barranco me hizo pensar de repente en el barco al que había visto abrir fuego contra todo un continente. Se trataba de la misma clase de voz ominosa, pero a estos hombres no se les podía calificar de enemigos ni aun recurriendo a la más disparatada fantasía. Los llamaban delincuentes, y alguna ley infringida había caído sobre ellos, como las bombas: un misterio indescifrable que procedía de la mar. Los pechos escuálidos jadeaban al unísono; las aletas de la nariz, violentamente dilatadas, temblaban; los ojos estaban clavados fija e inexpressivamente en el camino. Pasaron junto a mí, a menos de seis pulgadas de distancia, sin mirar, con esa indiferencia completa, pariente de la muerte, del salvaje desdichado. Tras esta materia bruta, uno de los elegidos, fruto de los nuevos poderes, caminaba de mala gana, llevaba un fusil que sujetaba por la mitad. Llevaba una guerrera a la que le faltaba un botón, y al ver a un blanco en el camino se echó el fusil al hombro con rapidez. Lo hacía por prudencia, de lejos todos los blancos se parecen, y no sabía quién era yo. Rápidamente comprobó que no tenía nada que temer, y con amplia sonrisa, de bribón, y una mirada a su encomienda, me hizo partícipe de su noble confianza. Después de todo, también yo era parte interesada en la gran causa de estos elevados y justos tratos.

»En lugar de seguir ascendiendo, di la vuelta, y me dirigí hacia la izquierda. Quería perder de vista el grupo de encadenados antes de seguir subiendo. Ya saben que no soy especialmente sentimental; he tenido que atacar, he tenido que defenderme. He tenido que resistir y he tenido que atacar —que es sólo una forma de resistencia—, sin calcular exactamente los costes: según las exigencias de la vida a la que me he visto arrojado. He visto toda suerte de demonios: el de la violencia, el de la avaricia, el de los deseos ingobernables; pero pongo a las estrellas por testigo de que se trataba de demonios vigorosos y llenos de salud, demonios con ojos crueles que controlaban y dirigían hombres; y quiero decir exactamente eso: hombres. Pero en la falda de aquella colina preví que bajo el cegador sol de aquella tierra iba a tener que familiarizarme con un demonio de ojos blandos, falso, fofó, poseído de una estupidez despiadada y rapaz. Unos meses más tarde y unas millas más hacia el interior de aquella tierra, averigüé lo traidor y astuto que, además, podía llegar a ser. Durante un momento me quedé atónito, como si hubiera recibido un aviso. Después descendí, dando un rodeo, hacia el socillo que había visto anteriormente.

»Evité un enorme agujero que alguien había excavado en la cuesta, cuya utilidad fui incapaz de adivinar. En todo caso, no era una cantera, ni una saca de arena. Era, sencillamente, un agujero. Tal vez estuviera relacionado con la filantrópica idea de buscar algún

entretenimiento a los delincuentes. No sé. A continuación casi me caí en una zanja, apenas una cicatriz en la falda de la colina. Vi que había un montón de tuberías importadas, para el alcantarillado del poblado, que alguien había arrojado en la zanja. No había ninguna en buen estado. Se trataba de un irresponsable ejercicio de destrucción. Por fin llegué al soto. Mi intención no era otra que la de dar un breve paseo a la sombra, pero tan pronto como hube entrado me di cuenta de que me había introducido en el sombrío círculo de algún *Inferno*. Los rápidos del río estaban cerca, y había un ruido alborotado, uniforme e ininterrumpido, que llenaba con su misterioso sonido la doliente tranquilidad del soto en el que se había detenido el aire, no se movía ni una hoja, como si se hubiera vuelto audible el desgarrarse de la tierra que reventaba.

»Había varias figuras de color negro agachadas, sentadas entre los árboles, apoyadas contra los troncos, adheridas a la tierra, apenas sobresaliendo del suelo, apenas visibles en la penumbra; representaban todas las posturas del dolor, del abandono, de la desesperación. Se oyó otra explosión en el barranco, a la que siguió un leve temblor del suelo bajo mis pies. Continuaban las obras. ¡Las obras! Éste era el lugar al que se habían retirado para morir algunos de los obreros.

»Agonizaban poco a poco, era evidente. No eran enemigos, tampoco eran delincuentes, apenas eran ya nada terrenal, no eran sino negras sombras de enfer-

medad e inanición que yacían confusamente en medio de la funesta vegetación. Procedían de lugares apartados en la costa, los habían traído con toda la legalidad de los contratos temporales, los habían dejado en un lugar desconocido para ellos, los habían alimentado con comidas a las que no estaban acostumbrados, habían enfermado, habían dejado de rendir en el trabajo, y se les había permitido que se arrastraran hasta este lugar de descanso. Estas figuras moribundas eran tan libres como el aire, y casi tan incorpóreas como éste. Comencé a distinguir el destello de los ojos bajo los árboles. Al bajar la mirada vi una cara cerca de mi mano. El negro cuerpo estaba completamente extendido, y reclinaba un hombro contra el árbol; lentamente se abrieron los párpados, y se dirigieron a mí los ojos hundidos, enormes y vacíos; en el fondo de las esferas brilló un resplandor ciego y blanco que se extinguió lentamente. Parecía joven —casi un niño—, pero ya saben ustedes lo difícil que es saber la edad que tienen. No supe qué hacer, excepto darle una de las excelentes galletas del barco sueco que guardaba en el bolsillo. Los dedos se cerraron lentamente en torno a ella: no hubo otro movimiento, ni otra mirada. Tenía un collar de paño de algodón blanco en el cuello, ¿por qué?, ¿dónde lo había obtenido?, ¿era una venda, un ornamento, un amuleto, un objeto propiciatorio?, ¿lo justificaba alguna idea? Era sorprendente aquel color blanco, venido de ultramar, anudado en torno al negro cuello.

»Cerca de este árbol había otros dos bultos llenos de ángulos agudos, sentados con las piernas recogidas. Uno, con la barbilla sobre las rodillas, miraba al vacío, de forma intolerable y aterradora. Su fantasmal hermano apoyaba la frente sobre las rodillas, como si lo hubiera vencido un cansancio inexpressible; y alrededor se esparcían otros varios que mostraban diferentes formas de convulsas caídas, como en las representaciones de masacres o plagas. Mientras contemplaba esto, con horror, una de estas criaturas se apoyó sobre manos y rodillas, y se dirigió a garas hacia el río con la intención de beber. Bebió del hueco de la mano, después se sentó al sol, cruzó las piernas, al poco tiempo dejó caer la rizada cabeza sobre el esternón.

»No quise quedarme más tiempo allí, me dirigí aprisa hacia la sede. Cuando me acercaba a los edificios vi a un blanco tan inesperadamente bien vestido y elegante que durante un momento creí estar ante una aparición. Cuello alto y almidonado, puños blancos, chaqueta clara de alpaca, pantalones deslumbrantes como la nieve, un lazo de color claro, zapatos lustrados. Sin sombrero, bien peinado, el cabello lo dividía una raya perfecta, llevaba brillantina, se protegía con una sombrilla con forro verde sostenida por una mano grande y blanca. Era sorprendente; llevaba un portaplumas tras la oreja.

»Estreché la mano de este milagro, y me enteré de que se trataba del contable jefe de la Compañía, y que

toda la contabilidad se hacía en esta sede. Había salido un rato, "A respirar algo de aire puro" dijo. La expresión me sonó de forma increíblemente extraña, porque parecía aludir a una vida sedentaria tras un escritorio. No les habría mencionado a este personaje si no fuera porque fue él quien me habló por primera vez de la persona cuyo nombre está indisolublemente relacionado con mis recuerdos de aquella época. Además, el individuo merecía todo mi respeto. Ya lo creo. Respetaba yo aquellos cuellos, los enormes puños, el cabello repenado. A decir verdad, el aspecto me recordaba los anuncios de pelucas, pero, en medio de la grave desmoralización del país, al menos se cuidaba. Eso sí que son principios. Los almidonados cuellos y adornadas pecheras eran logros de su personalidad. Llevaba allí tres años, más adelante, no pude evitar preguntarle cómo se las arreglaba para llevar siempre la ropa tan bien. Tras un leve rubor, me confesó con humildad:

«He adiestrado a una indígena que trabaja para la Compañía. Fue difícil. Le disgustaba el trabajo.

»Este hombre, a decir verdad, había conseguido algo. Además se dedicaba en serio a los libros, que estaban en perfecto orden.

»El resto de la sede de la Compañía era un caos, caos en las cabezas, en las cosas, en las edificaciones. Había caravanas. Iban y venían constantemente expediciones de negros de pies planos, llenos de polvo; se internaba en la más profunda oscuridad un torrente de mercancías, relas de algodón de mala calidad, cuentas

de collares, y alambre; de la oscuridad, a cambio, regresaba un constrante goceco de valioso marfil.

»Tuve que esperar en aquel puesto durante diez días: toda una eternidad. Vivía en una choza en la plaza, a veces, para eludir el caos, me refugiaba en la oficina del contable. Los tabiques eran de tablas, pero tan mal dispuestas estaban que al inclinarse el contable sobre el alto pupitre lo rayaban de pies a cabeza unas estrechas líneas de luz. No había necesidad de abrir las grandes contraventanas para poder ver. También allí hacía calor, los moscardones zumbaban de forma maligna, pero no picaban, no, apuñalaban. Generalmente me sentaba en el suelo, mientras él, impoluto (y aun tenuemente perfumado), escribía sin cesar encaramado sobre un alto taburete; a veces descendía para hacer ejercicio. Un buen día dejaron en la habitación una carriola con un enfermo (un agente de tierra adentro, estaba de baja), y manifestó su descontento de forma discreta:

«Los gemidos del enfermo —dijo— me distraen. Las distracciones hacen imposible evitar los errores en un clima como éste.

»Un día, sin levantar la mirada, me dijo:

«Si se interna en el país, conocerá a Mr. Kurtz. —Al preguntarle quién era Mr. Kurtz, me informé de que se trataba de uno de los mejores agentes; tras advertir que su información me había decepcionado, agregó con lentitud, dejando la pluma sobre la mesa:— Es una persona excepcional.

»Mediante otras preguntas supe que Mr. Kurtz era en la actualidad el encargado de una de las plazas comerciales, de las más importantes, en el auténtico país del marfil.

»—Está en el centro. Envió el solo tanto marfil como todos los demás juntos...

»Reanudó el trabajo. El enfermo estaba demasiado grave como para gemir. En medio de una gran calma zumbaban los moscardones.

»De repente se escuchó un rumor creciente de voces, y hubo ruido de pasos. Acababa de llegar una caravana. Estralló, al otro lado de la pared de madera, un grosero alboroto. Todos los porteadores hablaban a la vez, se dejaba oír, por vigésima vez aquel día, en medio de la barahúnda, la penosa voz del agente al mando:

»—No puedo más —gemía...

»El contable se levantó de espacio.

»—¡Qué desagradable altercado! —dijo.

»Cruzó con delicadeza la habitación para ver al enfermo, al regresar me dijo:

»—No se ha enterado.

»—¿Cómo?, ¿muerto? —pregunté sobresaltado.

»—No. Todavía no —contestó con gran tranquilidad. A continuación, señalando hacia el tumulto del patio con un movimiento de cabeza, dijo—: Cuando hay que anotar correctamente los asientos en los libros, se llega a odiar a esos salvajes: un odio mortal.

»Se quedó pensativo durante un rato.

»—Cuando vea a Mr. Kurtz —prosiguió—, díglele de mi parte que aquí —miró hacia el pupitre fugazmente— todo está en perfecto orden. No quiero escribirle, con estos correos que tenemos nunca se sabe dónde pueden acabar las cartas en el cuartel general.

»Se me quedó mirando durante un momento, con delicados ojos saltones.

»—Ah, sí, llegará lejos, muy lejos —comenzó de nuevo—. No falta mucho para que sea alguien en el consejo de administración. Los de arriba, ya sabe, los del consejo en Europa, quieren promocionarlo.

»Regresó al trabajo. Había cesado el ruido en el exterior, y al poco rato, al salir, me deruive en el umbral. En medio del continuado zumbido de los moscardones, yacía el agente que acababa de llegar, sofocado e insensible; el contable, inclinado sobre los libros, escribía los correctos asientos de las correctas transacciones; unos cincuenta pies más abajo se veían las inmóviles copas de los árboles del soto de la muerte.

»Al día siguiente, por fin, pude irme de aquel puesto, con una caravana de sesenta hombres, para una marcha de doscientas millas.

»Sería inútil que me extendiera excesivamente sobre el viaje. Senderos, por todas partes senderos; una laboriosa red de senderos que se extendía por una tierra vacía, cruzaba las altas hierbas, la hierba quemada, la jungla; bajaba y subía por escalofríos precipicios, por pedregosas y ardientes colinas; y la soledad, ¡qué

soledad!, no había nadie, no había ni una triste choza. Hacía mucho tiempo que todos los habitantes se habían ido. Claro está que si un puñado de negros misteriosos, armados con toda suerte de poderosas armas, de repente se dedicara a viajar por la carretera que une Deal con Gravesend, cogiendo a un lado y a otro a todos los paletos para que les llevaran sus pesadas cargas, supongo que muy pronto no quedaría nadie en los pueblos y casas de labranza de la vecindad. Sólo que aquí se habían ido hasta las viviendas. No obstante, todavía vi algunos poblados abandonados. Hay algo trágicamente pueril en las ruinas de unas paredes de cañizo. Un día tras otro oía el ruido y movimiento de sesenta pares de pies descalzos detrás de mí, cada par bajo un peso de unas sesenta libras. Acampar, cocinar, dormir, levantar el campamento, seguir la marcha. De vez en cuando nos tropezábamos con algún porteador muerto mientras cumplía con su deber, descansando entre la alta hierba, con una cantimplora de calabaza vacía, y el largo cayado junto a él. Y un gran silencio arriba y abajo. Quizá alguna noche tranquila se escuchaba la vibración de tambores lejanos, un sonido que crecía y decrecía, primero más vigoroso, después más apagado; un sonido sobrenatural, atractivo, lleno de sentidos, salveje, y quizá tenía un contenido tan profundo como el tañido de las campanas en los países cristianos. En otra ocasión lo que me encontré fue un hombre blanco, con la guerra desabrochada, acampado en el sendero, con una

escuela armada de flacos zanzibares⁵, muy hospitalario y festivo, por no decir borracho. Declaró dedicarse al mantenimiento de la carretera. Pero no creo haber llegado a ver ninguna carretera ni ningún mantenimiento, a menos que el cuerpo de un negro adulto, con un agujero de bala en la frente, con el que me di de bruce unas tres millas más adelante, pudiera considerarse una mejora definitiva. Viajaba conmigo otro blanco, no era mal hombre, pero era un gordo debilucho que tenía la mala costumbre de desmayarse en las calurosas subidas de las cuestras, a muchas millas de distancia del agua o la sombra más cercanas. Es un fastidio, lo saben muy bien, eso de sujetar una prenda a modo de sombrilla sobre la cabeza de un hombre mientras vuelve en sí. En una ocasión no pude reprimirme, le pregunté la razón que lo había llevado allí.

«Ganar dinero, por supuesto, ¿qué se ha pensado?—dijo desdeñoso.

»Después contraí unas fiebres, y hubo que llevarlo en una especie de hamaca colgada de un palo. Como pesaba más de cien kilos, las discusiones con los portadores eran interminables. Se negaban a seguir, huían, por la noche se escapaban con las cargas: todo un motín. De forma que una tarde les eché un buen sermón en inglés acompañado de gestos, ni uno de los

(5) En la actualidad, Tanzania es la combinación de dos pueblos: Tanganka y Zanzibar. Los zanzibares eran la tropa indígena de la que se servía preferentemente la empresa colonizadora belga.

cuales pasó inadvertido para los sesenta pares de ojos que me miraban, y a la mañana siguiente hice colocar la hamaca al frente de la columna. Una hora más tarde me tropecé con todo el tinglado en medio de la maleza: enfermo, hamaca, gemidos, mantas, todo un horror. El basto palo le había despellado la nariz. Puso todo su interés en que matara a alguien, pero no había ni rastro de portadores. Recordé lo que había dicho el anciano médico: "Sería interesante para la ciencia estudiar sobre el terreno los cambios de mentalidad de cada individuo". Pensé que estaba comenzando a ser científicamente interesante. Pero nada de esto tiene importancia. El decimoquinto día volví a ver el gran río, y, casi a rastras, nos acercamos al cuartel general de la Compañía. Se hallaba junto al estancado brazo de un río, rodeado de selva y maleza; una de las lindes era un maloliente barrizal, las otras tres las cercaba una laberíntica barreira de juncos. La entrada consistía en una tosca abertura; con una sola mirada se comprendía inmediatamente que aquel tinglado lo manejaba el demonio fofo. Aparecieron algunos hombres blancos, con largos cayados, entre los edificios; se acercaban con calma a mirarme, a continuación desaparecían. Uno de ellos, gordo, un individuo nervioso con bigote negro, me informó, con gran fluidez y abundantes digresiones, de que mi vapor estaba en el fondo del río. Me quedé paralizado. ¿Qué?, ¿cómo?, ¿por qué? Ah, pero todo estaba bien. El propio "gerente" había ido a verlo. "Todo en orden". ¡Todo el

mundo se había portado espléndidamente!, ¡espléndidamente!

»—Debe ir —dijo con gran nerviosismo— a ver al director gerente ahora mismo. Está esperándolo.

»No supe entender el significado del naufragio en aquel primer momento. Creo que ahora sí que puedo, pero no estoy nada, nada seguro. Ahora que lo pienso, el asunto era francamente absurdo como para haber sido algo natural. Aunque... pero en aquel momento, sencillamente, se me presentó como una maldita contrariedad. El vapor estaba hundido. Hacía dos días, con repentina prisa, habían intentado remontar el río, con el gerente y todo a bordo, con la ayuda de un capitán improvisado, pero no habían transcurrido ni tres horas, y ya lo habían desfondado contra las piedras, ahora estaba en la orilla sur del río. Me preguntaba cuál sería mi trabajo ahora, si en efecto el barco estaba hundido. De hecho tuve todo el trabajo que quise intentando pescar mi empleo en el fondo del río. Tuve que ponerme a ello al día siguiente. Hacer eso, y reparar lo que tenía que reparar, tras remolcar los restos al puesto, me llevó unos cuantos meses.

»Mi primera entrevista con el gerente fue curiosa. Tras mis veinte millas de marcha de aquel día, ni siquiera me dijo que me sentara. El aspecto, los rasgos, los modales y la voz eran vulgares. Era de estatura media, y de proporciones comunes. No era llamativo el azul de los ojos, pero quizá había en ellos algo notablemente frío, y, a decir verdad, sabía hacer caer sobre

su interlocutor una mirada que no era menos cortante y violenta que un hacha. Pero incluso en esos momentos el resto de su persona parecía contradecir esa intención. En general, en sus labios, sólo había una leve expresión indefinible, furtiva, una sonrisa, no, no una sonrisa, lo recuerdo, pero no sé cómo explicarlo. Era algo inconsciente, aquella sonrisa, aunque, fugazmente, se volvía algo más pronunciada cuando dejaba de hablar. Aparecía al final de sus discursos, como un sello que aplicado sobre las palabras parecía convertir el sentido de la frase más vulgar en algo completamente inescrutable. Era un vulgar tendero, alguien que había vivido por allí desde su juventud, y eso era todo. Se le obedecía, pero no inspiraba amor o miedo, ni siquiera respeto. ¡Intranquilidad era lo que inspiraba, eso era! Intranquilidad. No se trataba de una desconianza bien definida, sólo intranquilidad, nada más. No tienen ustedes ni idea de lo eficaz que semejante... semejante... facultad puede llegar a ser. Carecía de talento para la organización, carecía de iniciativas, e incluso era desordenado. Esto era palpable a la luz del estado de cosas en aquel lugar. Carecía de conocimientos, de inteligencia. El puesto lo desempeñaba, ¿por qué? Quizá porque nunca había estado enfermo. Había renovado su contrato durante tres períodos de tres años. Una salud de hierro en medio de la quiebra generalizada de la salud es en sí misma una suerte de poder. Cuando se iba de permiso a casa se divertiría escandalosamente, sin freno. Como el marino que

cuando desembarca sólo sabe emborracharse, un parecido superficial, claro. Esto es lo que podía inferirse de sus observaciones. No tenía ni una idea original, sólo sabía mantener en marcha las tareas diarias, eso era todo. Pero era todo un personaje. Su grandeza consistía en algo mínimo, en que nadie sabía cuál era su debilidad. Nunca divulgó ese secreto. Quizá no había nada en su interior. Semejante sospecha te paralizaba, porque allí no había frenos morales. En una ocasión en que una enfermedad tropical había tumbado a casi todos los "agentes" en la sede, se le oyó decir: "Los que vienen aquí no deberían tener entrañas". Selló esta afirmación con esa sonrisa suya que era como una puerta que se abría hacia una oscuridad de su propio dominio. Creías que habías visto algo, pero ya había aparecido el sello. Tanto lo molestaba que los problemas de protocolo de los blancos desembocaran en disputas constantes, que mandó hacer una gran mesa redonda, para la que hubo que construir todo un edificio. Era el comedor de la sede. La presidencia era el sitio en el que él se sentaba: era como si los demás no estuvieran. Se advertía al momento que se trataba de una convicción profunda. No era educado ni grosero. Hablaba poco. Consentía que su *boy*, un gordo negro de la costa, tratase a los blancos, ante él mismo, con provocadora insolencia.

»Comenzó a hablar nada más verme. Me había demorado más de la cuenta en el camino. No había podido esperar. Había tenido que empezar sin mí.

Había que llevar ayuda a los puestos río arriba. Había habido ya tantos retrazos que ni siquiera sabía quién estaba muerto, quién estaba vivo, ni cómo les iba, etc., etc. No prestó atención a mis explicaciones, mientras jugaba con una barrita de lacre, me repitió varias veces que la situación era “muy grave, muy grave”. Había rumores de que uno de los puestos más importantes estaba en peligro, que su responsable, Mr. Kurtz, estaba enfermo. Esperaba que eso no fuera verdad. Mr. Kurtz era... Me sentía cansado e irritado. Al finíeno Kurtz, pensé. Lo interrumpí, le dije que había oído hablar de Kurtz en la costa.

»—¡Ah, así es que hablan de él allí!—murmuró para sí. Siguió hablando, me aseguró que Kurtz era el mejor agente que tenía, un hombre excepcional, de la mayor importancia para la Compañía; de manera que tenía que comprender su preocupación.

»Dijo que estaba “muy, muy intranquilo”. La verdad es que no dejaba de hacer movimientos nerviosos en el sillón.

»—¡Ah, Mr. Kurtz!—rompió la barrita de lacre: el accidente pareció dejarlo profundamente abatido. A continuación quiso saber—. ¿Cuánto tiempo calcula que...?

»Lo interrumpí de nuevo. Tenía hambre, ya saben, y estaba de pie, se había adueñado de mí una ira feroz.

»—¿Cómo voy a saberlo—dije— si ni siquiera he visto el barco? Meses, sin duda.

»La conversación me parecía innecesaria.

»—Meses—dijo—. Bien. Pongamos que sean tres meses antes de que podamos ponerlo en marcha. Sí. Bastará para ese asunto.

»Salí disparado de la choza (vivía solo en una choza de adobe con una especie de tejavana), describí la impresión que me había causado en voz baja. Se trataba de un necio, un charlatán. Posteriormente tuve que retractarme, cuando, con sorpresa, me di cuenta de la extraordinaria precisión con la que había calculado el tiempo que hacía falta para arreglar el “asunto”.

»Al día siguiente comencé a trabajar, como si dijéramos, dándole la espalda a aquel lugar. Me parecía que sólo haciendo eso me aferraría a una de esas cosas que te permiten sobrevivir. No obstante, de vez en cuando había que levantar la mirada, y entonces veía el lugar aquel, veía aquellos hombres que se paseaban a la luz del sol por el patio, sin un propósito definido. No dejaba de preguntarme por el sentido de todo aquello. Paseaban de acá para allá con sus cayados absurdamente largos, como un puñado de peregrinos que hubieran perdido la fe, y a quienes mantuviera un hechizo en el interior de una podrida empalizada. Flotaba en el aire la palabra “marfil”, era un rumor, un suspiro. Cualquiera pensaría que rezaban al marfil. Todo lo invadía un rasgo de idiota rapacidad, como si fuera el hedor de un cadáver. ¡Dios!, en la vida había visto nada más irreal. Fuera, la silenciosa selva que rodeaba este claro en el bosque me parecía

algo grandioso e invencible, como el mal o la verdad, esperando paciente a que se desvaneciera esta visión.

»¿Ah, qué meses! Da igual. Pasaron cosas. Una tarde, una choza llena de calicó, de algodón estampado, de cuentas de collares, y sabe Dios de qué más, rompió a arder tan de repente que se habría podido pensar que la tierra se había desgarrado para abrir paso a un fuego vengador que consumiera toda aquella basura. Fumaba yo una pipa con toda tranquilidad junto al desarmado vapor, los vela moverse a toda prisa en el contraluz, levantaban los brazos; el gordo de bigotes, con un cubo en la mano, se acercó al río a toda prisa y me aseguró que todos estaban portándose “espléndidamente, espléndidamente”, cogió más o menos un cuartillo de agua, regresó corriendo. Me di cuenta de que el cubo tenía un agujero en el fondo.

»Me acerqué despacio. No había prisa. Había ardiendo como una caja de cerillas. Había sido todo intuitivo desde el primer momento. Las llamas habían alcanzado una considerable altura, habían hecho retroceder a todo el mundo, habían iluminado todo, y se habían consumido. La choza era ya un montón de brasas que resplandecían con intensidad. Estaban dándole una paliza a un negro justo al lado. Dijeron que era responsable del incendio; fuera lo que fuera, los gritos eran horribles. Durante varios días lo vi sentado a la sombra, convalesciente, intentando recuperarse. Un día se levantó y desapareció; la selva, sin ruido, lo

engulló de nuevo. Al acercarme a los rescoldos que brillaban en la oscuridad, me hallé detrás de dos personas, hablaban. Escuché el nombre de Kurtz, y a continuación las palabras:

»—...sacar partido a este desdichado accidente.

»Uno de los hombres era el gerente. Le di las buenas tardes.

»Ha visto, ¿no?, es increíble—dijo, se alejó. El otro se quedó. Era un agente de primera, joven, con modales distinguidos, algo reservado, con perilla bifurcada, nariz aguileña. Se mantenía algo a distancia del resto de los agentes; éstos, a su vez, decían que era un espía del gerente. Apenas había hablado con él antes. Comenzamos a charlar, poco a poco nos apartamos de las chisporroteantes ruinas. Después me invitó a su habitación, que estaba en el edificio principal. Prendió una cerilla, me di cuenta no sólo de que era de plata el estuche de aseó de este joven aristócrata, sino que además tenía toda una vela a su disposición. En aquellos momentos creía todo el mundo que la única persona que tenía derecho a vela individual era el gerente. Las paredes estaban cubiertas con esteras indígenas; a modo de trofeos había una serie de objetos: lanzas, azagayás, escudos, cuchillos. Aquel individuo estaba a cargo de la fabricación de ladrillos, eso me habían dicho; pero no había ni un pedazo de ladrillo en aquel lugar, y había transcurrido más de un año desde su llegada: esperaba. Al parecer había algo sin lo cual no podía hacer los ladrillos, no sé qué, quizá

paja⁶. En cualquier caso se trataba de algo que no estaba allí, y como parecía más que probable que no fueran a enviarlo desde Europa, para mí no estaba muy claro qué es lo que esperaba. Quizá un acto especial de creación. A decir verdad, todos esperaban algo: los dieciséis o veinte peregrinos; y, palabra, me parecía una ocupación para la que reunían todas las cualidades, por la forma en que se entregaban a ella, aunque lo único que supe que les llegara fue una epidemia. Maraban el tiempo criticando a los ausentes, e intriguando entre sí de forma bastante tonta. Había toda una atmósfera de conspiración en aquel lugar, pero, por supuesto, nunca se llegaba a nada. Era algo tan irreal como todo lo demás: como las apariencias filantrópicas de la empresa, la conversación, el gobierno, la parodia de trabajo. Lo único sincero era aquel deseo que tenían de que los destinaran a algún lugar en el que pudiera obtenerse marfil, para poder participar en los porcentajes. Intrigaban, calumniaban, se odiaban por este único motivo, pero mover el dedo meñique, ¡eso sí que no!, ¡por todos los cielos! Después de todo, hay un principio que permite perdonar a quien roba un caballo, mientras que a otro ni siquiera se le deja mirar a una brida. Robar un caballo. Bueno está. Hay

(6) Alusión a Éxodo, 5, 7: "No volváis a dar paja al pueblo para fabricar los ladrillos, como anteriormente; ¡que vayan ellos y recojan la paja!" El pueblo es el pueblo judío durante su esclavitud en Egipto.

quien lo hace. Quizá sepa cabalgar. Pero hay formas de mirar a una brida que irritarían al más piadoso de los santos⁷.

»No tenía ni idea de por qué había buscado mi compañía, pero, mientras hablabamos, de repente pensé que aquel individuo buscaba algo concreto; en el fondo, lo que quería era sonsacarme. Había de Europa sin parar, de la gente a la que se suponía que conocía yo allí, me hacía preguntas que me obligaban a hablar de mis conocidos en la ciudad sepulcral, etc. Los ojos brillaban como discos de mica, con curiosidad, aunque, a la vez, pretendía mantener cierta indiferencia distante. Al principio estaba sorprendido, pero después me entró la curiosidad de saber qué es lo que pretendía averiguar a través de mí. No tenía ni idea de qué es lo que suponía que podría sonsacarme. Era divertido ver cómo se desesperaba, porque en mi cuerpo sólo había escalofríos, y mi mente estaba demasiado ocupada con el desdichado asunto del vapor. Era evidente que había llegado a la conclusión de que, descaradamente, yo no quería sincerarme. Al final se enfadó, y para ocultar el enfado dio un bostezo. Me levanté. Entonces me fijé en un boceto al óleo, en un entrepaño: representaba a una mujer que llevaba una túnica con muchos pliegues, tenía una venda

(7) Conrad modifica levemente un refrán inglés en el que se duda de la justicia: "Hay a quien se le permite robar un caballo, y a quien ni se le deja mirar por encima de un seto".

sobre los ojos, sujetaba una antorcha encendida. El fondo era oscuro, casi negro. El movimiento de la mujer era solemne, pero el efecto de la antorcha sobre la cara era siniestro.

»Me quedé mirándolo, muy cortésmente se levantó y lo iluminó con una vela inserta en el cuello de una botella vacía de *champagne* (prescripción médica). Ante mi pregunta, repuso que lo había pinado Kurtz, en este mismo lugar, aproximadamente hacía un año, mientras esperaba a que le proporcionaran transporte hasta su lugar de destino.

»Permítame una pregunta —dije—, ¿quién es ese Kurtz?

»Estará al cargo de la delegación interior —respondió de forma concisa, desviando la mirada.

»Ah, pues muchas gracias —le dije riéndome—, y usted es el encargado de los ladrillos. Eso lo sabe todo el mundo.

»Se quedó callado un momento.

»Es excepcional —dijo por fin—. Es un emisario de la piedad, de la ciencia, del progreso, y el demonio sabe de cuántas cosas más. Necesitamos —de repente comenzó a perorar—, para dirigir esta causa que, por decirlo así, nos ha confiado Europa, una inteligencia superior, un consenso general, una unidad de intención.

»¿Quién dice eso? —pregunté.

»Muchos —contestó—, algunos incluso lo escriben; ¡y van y nos lo envían aquí!, un individuo muy especial, como debería saber.

»¿Por qué debería saberlo? —interrumpí, muy sorprendido. No me hizo caso.

»Sí. Hoy ya está al cargo de la delegación interior, el año que viene será vicergerente, y dentro de dos años... pero seguro que usted sabe mejor que yo lo que será dentro de dos años. Usted es de los nuevos, de los virtuosos. Quienes lo enviaron aquí como algo especial también lo recomendaron a usted. Sí, no diga que no. Lo he visto con mis propios ojos.

»Se me hizo la luz. Las influyentes amistades de mi querida tía habían causado un efecto inesperado en aquel joven. Casi rompí a reír.

»¿Lee la correspondencia confidencial de la Compañía? —pregunté. Se quedó sin habla. Me pareció extraordinariamente divertido—. Cuando Mr. Kurtz sea gerente —proseguí con gran severidad—, no podrá.

»De repente apagó la vela, nos fuimos. Había salido la luna. Se veían algunas figuras negras que se movían de forma perezosa, estaban derramando agua sobre el resplandor, de donde procedía un siseo: el vapor se elevaba bajo la luz de la luna. El negro a quien habían dado la paliza gemía en algún lugar.

»¿Qué ruido mete ese animal! —dijo el infatigable trabajador del bigote junto a nosotros—. Le está bien empleado. Transgresión, castigo; causa, efecto. Sin piedad, sin piedad. Es la única forma. Así se evitarán futuros incendios. Le decía yo al gerente...

»Advirtió quién era mi acompañante, y le cambió el humor, se quedó triste.

«¿Todavía no se ha ido a la cama? —dijo con una especie de buen humor servil—, es natural. ¡Ah!, el peligro, la agitación.

»Se estumó. Me dirigí a la orilla del río, el otro me siguió. Oí un murmullo sardonico cerca de mí.

»—Montón de menos, que se vayan a... —Los petegrimos se habían juntado en grupos, gesticulaban, discutían. Varios sujetaban los cayados. De verdad creo que hasta se metían en la cama con esos cayados. Más allá de la empalizada se erguía de forma espectral la jungla; tras cruzar los amortiguados ruidos de aquel lamentable patio, el silencio de aquella tierra se clavaba en el corazón: el misterio, la grandeza, la sorprendente realidad de su vida oculta. El maltratado negro gemía débilmente no lejos de donde estábamos, de repente dio un gran suspiro, me alejé de allí. Se me introdujo una mano bajo el brazo.

»—Querido amigo —dijo el individuo—, no quiero que me malinterprete, especialmente usted, que verá a Mr. Kurtz mucho antes de que yo tenga el placer de volver a verlo. No quisiera que Kurtz se formara una idea falsa de mi conducta...

»Le dejé seguir, era un Mefistófeles de *papier-mâché*; por un momento pensé que, si quisiera, podría introducir el dedo índice en su cuerpo, y no encontraría nada en el interior, excepto, tal vez, un puñado de porquería. Claro, dense cuenta, él creía que andando el tiempo sería el próximo vicesigente, y advertí que la llegada de Kurtz los había trastornado no poco. No

callaba, le dejé hablar. Apoyé los hombros contra la armazón de mi vapor, al que habían arrastrado cueta arriba, y que parecía el cadáver de un gran animal de río. El hedor del barro, del barro primigenio, ¡Dios!, no se me iba de la nariz, ante mis ojos se erguía la elevada quietud del bosque primigenio; había unas áreas brillantes sobre las negras aguas del río. La luna envolvía con un frágil lienzo de plata todo: la tupida hieba, el barro, la muralla de vegetación —más alta que la muralla de un templo—, el gran río —cuyo brillo veía a través de un sombrío pasadizo—, que destellaba mientras corría sin un murmullo. Todo era grandioso, inminente, mudo, mientras el otro hablaba de sí mismo sin parar. No dejaba de preguntarme si la quietud de la cara de la inmensidad que nos contemplaba ocultaba un gesto cordial o una amenaza. ¿Quiénes éramos los que nos habíamos extraviado por allí? ¿Seríamos capaces de manejar esa cosa inexpresiva, o nos manejaría ella a nosotros? Se dejaba sentir la grandeza, la sorprendente grandeza, muda y quizá sorda. ¿Qué había en su interior? Lo único que yo veía salir era un poco de marfil, y también había oído decir que Mr. Kurtz estaba allí. Bastante había oído sobre ello; ¡Sólo Dios lo sabe! Aunque ninguna imagen habían traído las conversaciones: como si me hubieran dicho que en el interior había un ángel o un demonio. Me lo creía al modo en que alguien pudiera creer que hay habitantes en Marte. Había conocido una vez a un fabricante de velas escocés que estaba completamente

seguro—no admitía dudas—de que Marre estaba habilitado. Cuando le preguntaban por el aspecto que tenían, y qué hacían esos habitantes, se excusaba y murmuraba algo respecto de que caminaban a cuatro patas. Pero si alguien esbozaba una sonrisa, aunque tenía sesenta años, desafiaba al temerario. Yo no habría llegado a desafiar a nadie por causa de Kurtz, pero en su nombre hice lo más parecido a mentir. Ustedes saben que odio, que detesto, que no puedo soportar las mentiras, no porque sea más estricto que el resto de ustedes, sino, simplemente, porque las mentiras me dejan atónito. Hay un sabor a muerte, un aroma fúnebre en las mentiras, y es exactamente eso lo que odio y detesto del mundo, lo que quiero olvidar. Me hacen sentirme desdichado, me enferman, es como si me llevara a la boca algo podrido. Cosas del carácter, supongo. Pues sí, casi llegué a mentir al dejar que aquel joven necio se creyera lo que quisiera respecto a mis amistades de Europa. Me convertí, al momento, en un farsante en nada diferente al resto de los hechizados peregrinos. Todo esto sencillamente porque me había venido la idea de que esto, de alguna forma, ayudaría a ese tal Kurtz, a quien, por aquel entonces, yo ni siquiera conocía, ¿comprenden? Para mí era tan sólo una palabra. Yo, al igual que ustedes ahora, no veía al hombre que había tras la palabra. ¿Lo ven?, ¿ven este relato?, ¿ven algo? Tengo la impresión de estar intentando contarles un sueño, de que me empuño en vano, porque no hay ninguna narración de

un sueño que pueda proporcionar la sensación del sueño, esa mezcolanza de absurdo, sorpresa y asombro en medio de la reacción de una lucha frenética, la idea de que te ha atrapado lo increíble: la verdadera esencia de los sueños...

Se quedó callado durante un rato.

—...No, es imposible, es imposible proporcionar esta sensación viva de cualquier época de la vida propia, eso que hace que sea verdadera, que tenga sentido: su penetrante y sutil esencia. Es imposible. Vivimos como soñamos: solos...

Hizo una nueva pausa, como si reflexionara, y agregó:

—Sí, claro, ustedes ven algo más de lo que yo veía. Ustedes me ven a mí, me conocen...

Era una noche tan cerrada que los interlocutores apenas nos veíamos unos a otros. Hacía largo rato que, sentado no muy lejos, no era nada más que una voz para nosotros. Nadie dijo ni una palabra. Quizá los demás estaban dormidos, pero yo estaba despierto. Escuchaba, escuchaba mientras esperaba esa frase, esa palabra que me diera la clave de la vaga intranquilidad que inspiraba esta narración que parecía formarse a sí misma, sin que intervinieran labios humanos, en el pesado aire nocturno del río.

—...Sí, lo dejé seguir—Marlow comenzó de nuevo—, y que pensara lo que quisiera acerca de las fuerzas que había detrás de mí. ¡Vaya si lo hice! ¡Y no había nada detrás de mí! No había nada, lo único que había era

aquella ruina de vapor sobre el que descansaba mientras él hablaba sin cesar acerca de “la necesidad que todos tenemos de salir adelante... Cuando uno viene a un lugar como éste, la verdad, no lo hace para quedarse mirando a la luna”.

»Mr. Kurtz era “un genio universal”, pero incluso un genio tendría que aceptar que es mejor trabajar con “las herramientas adecuadas: con hombres inteligentes”. Él no fabricaba los ladrillos—cierto, había alguna clase de imposibilidad material—, como yo muy bien sabía; y si cumplía funciones de secretario para el gerente, se debía a que “ninguna persona en sus cabales rechazaría sin razones la confianza de sus superiores”. ¿Me daba cuenta? Me daba cuenta. ¿Qué más quería? ¡Demonios!, lo que yo quería eran remaches. Remaches. Para seguir con el trabajo, para tapar la vía de agua. Remaches es lo que quería. En la costa había cajas llenas de remaches, aplastadas, llenas hasta reventar. Cada dos pasos se pisaba un remache en el patio del lugar del barranco. Había remaches hasta en el soto de la muerte. Con sólo agacharse cualquiera podía llenarse los bolsillos con remaches, pero donde hacían falta no había manera de encontrar ni uno solo. Teníamos las planchas, pero no había nada que sirviera para sujetarlas. Semana tras semana el correo, un solitario negro, con la saca de la correspondencia al hombro, con el correspondiente cayado, salía camino a la costa. Varias veces por semana llegaba de la costa alguna caravana cargada con toda clase de mercancías:

[184]

calicó tan horriblemente teñido que daba escalofríos mirarlo, cuentas de collares que no valían ni un penique el cuarillo, pañuelos de colorines. Pero ni un remache. Con sólo tres porteadores habría habido suficientes remaches para poner el vapor a flote.

»En estos momentos se inclinaba hacia las confidencias, pero supongo que mi actitud de indiferencia finalmente logró exasperarlo, porque creyó necesario informarme de que no temía ni a Dios ni al diablo, y menos aún a los sencillos mortales. Le repliqué que me había dado perfecta cuenta de eso, pero que lo que yo quería era un puñado de remaches, que lo que de verdad necesitaba Mr. Kurtz, de haberlo sabido, eran remaches. Ahora bien, el correo salía todas las semanas hacia la costa...

»Pero mi querido amigo—exclamó—, yo sólo escribo lo que me dictan.

»Siempre habría formas... para alguien inteligente. Cambió de actitud: se mostró muy distante, de repente comenzó a hablar de un hipopótamo, quería saber si me molestaba cuando dormía en el barco (no me separaba ni a sol ni a sombra de mi navío). Había un viejo hipopótamo que había adquirido la fea costumbre de salir del agua por la noche, y la de pasearse por el patio de la Compañía. Los peregrinos solían salir como un solo hombre, le descargaban encima todos los fusiles que tenían a mano. Algunos hacían guardias que duraban toda la noche. Pero en vano se fatigaban.

»—Ese animal está hechizado—dijo—, pero eso sólo

[185]

vale para los animales, no hay ningún ser humano aquí, ¿me comprende?, de quien pueda decirse que está hechizado.

»Se quedó allí en pie durante un momento, bajo la luz de la luna, con la delicada nariz aguilena ligeramente inclinada, y con los ojos de mica que brillaban sin parpadear; de repente se despidió secamente, y echó a andar. Advertí que se hallaba preocupado, y un tanto perplejo, lo cual me hizo sentirme más esperanzado que nunca anteriormente. Fue un alivio perder de vista al individuo, y poder dedicarme a mi poderoso amigo, el roto, maltratado, arrugado vapor de hojalata. Trepe a bordo. Resonaba bajo mis pies como una caja de galletas vacía Huntley & Palmer a la que hubieran dado una parada en medio de la calle; no llegaba a ser tan sólido como una de esas cajas, y la forma que tenía era menos agraciada, pero había invertido tanto esfuerzo en él que lo amaba. Ningún amigo influyente me habría sido de mayor utilidad. Me había proporcionado la oportunidad de salir, de averiguar qué era capaz de hacer. No. No me gusta trabajar. Me gusta pasear perezosamente, y pensar en todas las cosas hermosas que podrían hacerse. No me gusta trabajar —a nadie le gusta—, pero me gusta lo que el trabajo encierra: la oportunidad de conocerle. Tu propia realidad, para ti, no para los demás, lo que los demás nunca podrán conocer. Ellos sólo ven las apariencias, y nunca podrán decir lo que de verdad significa.

»No me sorprendió nada ver a alguien sentado a

popa, con las piernas colgando sobre el barro. Mantenia buena amistad con los mecánicos que había por aquel lugar, a quienes, naturalmente, los demás peregrinos despreciaban, por causa de sus modales no muy pulidos, supongo. Éste era el capataz —fabricaba calderas—, un buen obrero. Era un individuo flaco y huesudo, con tez amarillenta, grandes e intensos ojos. Siempre estaba intranquilo, tenía la cabeza tan calva como la palma de mi mano, pero el cabello, al caer, parecía haberse pegado a la barbilla, y haber prosperado en este nuevo emplazamiento, porque tenía una barba que le llegaba hasta la cintura. Era viudo, tenía seis hijos (los había dejado al cuidado de una hermana antes de ir a aquel lugar), su vida la gobernaba una única pasión: adiestrar palomas mensajeras. Era un buen aficionado, tenía conocimientos. Se extraviaba cuando hablaba de las palomas. Después de la jornada de trabajo, a veces salía de la choza, y se acercaba a hablarme sobre sus hijos y sus palomas; en el trabajo, cuando tenía que arrastrarse por el barro en el fondo del vapor, se enfundaba la barba en una especie de servilleta que dedicaba a ese único uso. Tenía unos lazos que le subían por encima de las orejas. Por las tardes se sentaba en la orilla del río, y, con todo esmero, aclaraba el paño en el agua, y luego lo tendía a secar sobre un arbusto.

»Le di un golpecito en la espalda:

»—¡Tendremos remaches!

»Se levantó de un salto:

»¡No!, ¡remaches! —Como si no diera crédito a sus oídos. A continuación, bajando la voz—: Usted... ¿eh?

»No sé por qué, pero nos portamos como lunáticos. Apoyé el índice en la nariz, y, con gran misterio, moví la cabeza de forma afirmativa.

»—¡Así se hace! —griaba, hacía castañetas con los dedos por encima de la cabeza, bailaba. Me aperecía bailar una giga. Saltábamos sobre la cubierta metálica. Aquella masa inmensa hacía un ruido horroroso, y las selvas vírgenes al otro lado del río lo devolvían como un trueno que se cerniera sobre el dormido establecimiento. Seguía que más de un peregrino se irguió en su camastro. Una negra sombra oscureció el iluminado umbral de la choza del gerente, se desvaneció, y un segundo o así más tarde incluso el umbral se desvaneció. Dejamos de hacer ruido, y el silencio, proveniente de lo más profundo de aquella tierra, alejado por el ruido de los pics, se adueñó de todo de nuevo. La gran muralla vegetal, una tupida y exuberante masa de troncos, ramas, hojas, tallos, llanas, inmóvil bajo la luz de la luna, era como una tumultuosa invasión de vida muda, una ola de vegetación que crecía, rompía, y estaba a punto de precipitarse sobre el río para aniquilar nuestras mínimas existencias. Pero no se movía. Nos llegaba de lejos un golpear sordo de poderosos chapoteos y resoplidos, como si hubiera un icteosauro dándose un baño de luz en medio del río.

»—En realidad —dijo el fabricante de calderas con un tono razonable—, ¿por qué no íbamos a conseguir los remaches?

»Por qué no, la verdad, pensaba yo que no había razón alguna por la que no pudiéramos conseguirlos.

»—Dentro de tres semanas estarán aquí —le dije con aplomo.

»Pero no llegaron. En lugar de remaches, nos llegó una invasión, una plaga, una calamidad. Estuvo llegando, por grupos, durante las tres semanas siguientes, cada grupo lo encabezaba un pollino que transportaba a un blanco vestido con ropas nuevas y botas de cuero; cada blanco, desde su altura, saludaba, a uno y otro lado, a los admirados peregrinos. Tras el pollino solía aparecer trotando una alborotadora banda de ágiles y hoscos negros; en el patio caían las tiendas de campaña, las sillas plegables, las cajas de hojalata, las cajas blancas, los fardos marrones, y el aire de misterio se hacía algo más intenso en medio de la confusión. Llegaron cinco de estos grupos, con el aire absurdo de quien huye de forma precipitada tras haber saqueado varios comercios dedicados a equipamiento y provisiones para expediciones, y nada costaba pensar que arrastraban todo este botín para repartírselo equitativamente en medio de la jungla. Era una inexplicable confusión de bienes que, aunque en sí eran buenos, la estupidez humana los hacía aparecer como si fueran el botín de un robo.

»Esta banda de fieles se hacía llamar la Expedición de Exploradores Eldorado, y creo que se habían juramentado para mantener en secreto sus actividades. Su conversación era, no obstante, la de los más sórdidos

bucaneros. Era temeraria sin arrojo, avariciosa sin valentía, y cruel sin audacia. No había ni un átomo de previsión o de intenciones serias entre todos ellos, y ni siquiera parecían conscientes de que cosas como ésta fueran necesarias para trabajar en este mundo. Su único deseo era el de arrancar tesoros de las entrañas de la tierra, sin ninguna otra intención moral que res-paldara su empresa que la que pudiera tener un ladrón que violentara un cofre de dinero. No sé quién pagaba los gastos de tan noble empresa, pero sí sé que el jefe del grupo era tío del gerente.

»Por su aspecto externo se habría pensado de él que era un carnicero en un barrio de clase humilde, sus ojos miraban con soñolienta astucia. Pascaba con ostentación su gruesa barriga sobre sus piernecillas, y mientras su banda infestó el lugar no habló sino con su sobrino. Se les veía a ambos pasear durante todo el día, las cabecitas juntas no dejaban de conspirar.

»Había dejado de preocuparme por lo de los remaches. La capacidad humana para soportar esta clase de estupidez es más limitada de lo que se piensa. Me dije, ¡al infierno!, y dejé las cosas en paz. Tenía tiempo en abundancia para meditar, y de vez en cuando me acordaba de Kurtz. No tenía mucho interés por él. No. Pero tenía curiosidad por saber si este hombre, que había venido con ideas morales en su equipaje, sería capaz de llegar hasta arriba, y cómo organizaría el trabajo una vez hubiera logrado lo que quería.

II

»Una tarde, estando yo tendido sobre la cubierta de mi vapor, escuché voces que se acercaban: sobrino y tío se aproximaron dando un paseo por la orilla del río. Recliné la cabeza sobre el brazo, caí en un semisueño; de repente alguien decía, como si me hablara al oído:

»—Soy inofensivo como un niño pequeño, pero no me gusta que me digan lo que tengo que hacer. Soy el gerente, ¿o no? Me ordenaron que lo enviara allí. Es increíble.

»...Me daba cuenta de que se habían detenido en la orilla, justo bajo la proa del vapor, bajo mi cabeza. No me moví, ni se me ocurrió moverme. Aún estaba soñoliento.

»—¡Qué desagradable! —gruñó el tío.

»—Solicité a la administración que lo enviaran allí —dijo el otro—, con la idea de mostrar cuánto sabía; a mí me dieron las instrucciones necesarias. Figúrate la influencia que debe de tener. ¿No es un escándalo?

»En efecto, ambos estaban de acuerdo, era un escándalo; a continuación hicieron algunos comentarios incongruentes:

»—Por las buenas o por las malas... un solo hombre... el consejo de administración... lo que quiere...

»Absurdos fragmentos de oraciones que despejaron mi soñolencia, de manera que casi estaba completamente despierto cuando el río dijo:

»Sin necesidad de que interviengas tú, podría el clima vencer por sí solo esta dificultad, ¿no? ¿De verdad que está solo?

»Sí—respondió el gerente—, me envió a su propio ayudante con una nota que venía a decir: *Echen a este individuo, y no me envíen otro como él. Prefiero la solitud antes que esto que me mandan*. Esto fue hace más de un año. ¡Qué osadía!

»Desde entonces, ¿nada?—preguntó el otro con un graxnido.

»Marfil—saltó el sobrino—. Una montaña de marfil, de primera clase, una verdadera montaña, un fastidio, lo envía él.

»¿Sólo?—sonó el grave rumor de la pregunta.

»Con el recibo—disparó el otro, si puede decirse así. Después se quedaron callados. Habían estado hablando de Kurtz.

»Al llegar a este punto ya estaba yo completamente despierto, pero, como estaba cómodo, me quedé quieto, no tenía ningún motivo para cambiar de postura.

»¿Cómo llegó todo ese marfil?—gruñó el de más edad, que, por cierto, parecía ofendido.

»El otro le explicó que había llegado en una florilla de canoas al mando de un mestizo inglés que hacía de secretario de Kurtz; y que, al parecer, el propio Kurtz había intentado regresar, porque los almacenes del

puesto se habían quedado vacíos, pero después de acercarse unas trescientas millas, sin motivo, había decidido desandar el camino, y lo había hecho solo, en una canoa con cuatro remeros; dejó que el mestizo siguiera solo río abajo con el marfil. Semejante hazaña dejaba arónitos a los dos individuos. No acertaban a comprender cuál pudiera ser la causa. En cuanto a mí, creo que por primera vez pude ver a Kurtz. Fue una visión fugaz, pero clara: la canoa, cuatro remeros salvajes, el hombre blanco solitario que da la espalda al cuartel general, al socorro, a la nostalgia por la patria, que se interna en lo más profundo de la jungla, que se dirige al vacío puesto medio en ruinas. Desconocía sus razones. Tal vez se trataba de un buen hombre que sencillamente quería cumplir con su trabajo. A decir verdad, el nombre no se había pronunciado ni una sola vez, era “el individuo”. El mestizo, que, obviamente, había hecho un nada fácil viaje con prudencia y valentía, era, invariablemente, “el bribón”. El “bribón” les había dicho que el “individuo” había estado gravemente enfermo, que no se había recuperado del todo... La pareja comenzó a andar de nuevo, se alejaron unos pasos, pascaban de un lado a otro, no muy lejos. Algo se oía:

»Un puesto militar... médico... docientas millas... completamente solo ahora... inevitables retrasos... nueve meses... ni una noticia... extraños rumores.

»Se acercaban de nuevo, hablaba el gerente:

»—Nadie, que yo sepa, excepto una especie de

buhonero, un indescable que se aprovecha de los indígenas para quitarles su poco de marfil.

»¿De quién hablaban ahora? Por lo que pude oír se trataba de alguien que vivía en donde Kurtz, y que no gozaba de la simpatía del gerente.

»No nos libremos de esa clase de competencia ilícita hasta que no ahorcquemos a uno de ellos para dar un escarmiento —dijo.

»Seguro —gruñó el otro—, ¡ahorcarlo!, ¿por qué no? En este país todo es posible, todo. Eso es lo que yo digo, aquí nadie, me entiendes, aquí nadie puede hacer peligrar tu posición. ¿Por qué?, porque vences al clima, has sobrevivido a todos. El peligro es Europa, pero antes de venir ya me preocupé yo de...

»Se alejaron susurrando, después se escuchó de nuevo la voz:

»—No tengo la culpa de todos estos desacostumbrados retrasos. He hecho lo que he podido.

»El gordo suspiró:

»—¡Qué penal!

»Por no hablar de sus repugnantes opiniones —siguió el gerente—, bastante tuve con aguantarlo aquí. *Todo puesto debería ser un faro que ilumine la carretera que conduce hacia el progreso: un centro comercial, por supuesto, pero también un centro en el que se promueva el humanitarismo, el desarrollo, la enseñanza.* ¿Te das cuenta? ¡Menudo pollino! ¡Y quiere ser gerente! No, es...

»La sobrecabundancia de indignación lo ahogaba;

[194]

ergué un poco la cabeza. Me sorprendió ver lo cerca que estaban; estaban justo debajo de mí, podría haber escupido en sus sombreros. Miraban hacia el suelo, absortos en sus pensamientos. El gerente se daba golpes en una pierna con un tallo, su sagaz pariente levantó la cabeza.

»—¿No has tenido problemas de salud desde que has venido? —preguntó. El otro se sobresaltó:

»—¿Quién?, ¿yo?, ¡no!, estoy estupendamente, de maravilla, como si estuviera encantado, como si estuviera encantado, pero los demás, ¡Dios mío!, están todos enfermos. Además se mueren tan aprisa que no me da ni tiempo a sacarlos de aquí, ¡es increíble!

»—Hum, ya lo veo —gruñó el río—. ¡Ay, muchacho!, confía en esto, eso es lo que te digo, confía en esto.

»Vi cómo extendía un bracito con forma de aleta en un gesto que comprendía la selva, el río, el barro, y que parecía anunciar con su deshonroso ademán ante la iluminada faz de la tierra una traidora llamada a la muerte latente, al mal oculto, a la más profunda oscuridad de su corazón. Fue tan sorprendente que me puse en pie de un salto, y dirigí la mirada hacia la selva, como si esperara alguna suerte de respuesta ante tan negra exhibición de confianza. Ya saben ustedes la clase de ideas estúpidas que en ocasiones se apoderan de cualquiera. Con sombría paciencia, se enfrentaba la elevada quietud con estas dos figuras, esperando a que desapareciera esta fantástica invasión.

»Juraron al unísono —de puro miedo, supongo—; a

[195]

continuación, fingiendo no haber reparado en mí, regresaron al puesto. El sol había bajado en el horizonte; vencidos hacia adelante, juntos, parecían remolcar con esfuerzo sus ridículas sombras de desigual longitud, que se arrastraban tras ellos sobre la alta hierba sin mover ni una brizna.

»A los pocos días la Expedición Eldorado se internó en la paciente jungla, que se cerró tras ella como se cierra la mar sobre un buceador. Mucho tiempo después supimos que todos los asnos habían muerto. Pero en cuanto a los menos valiosos animales no sé nada de su destino. Sin duda, como nos pasa a los demás, hallaron el destino que merecían. No pregunté. En aquella época estaba muy nervioso ante la idea de que muy pronto conocería a Kurtz. Al decir pronto deseo que se entienda de forma relativa. Tardamos dos meses en llegar hasta su puesto.

»Navegar a contracorriente era como viajar hacia los más remotos comienzos del mundo, cuando la vegetación se extendía sobre la tierra y los árboles eran los reyes de la creación. Una gran corriente de agua solitaria, un silencio absoluto, una jungla impenetrable. El aire era cálido, denso, pesado, opresivo. No había alegría en la luz del sol. Se prolongaban los largos y solitarios tramos del río, se perdían en las sombras distancias adonde no llegaba el sol. En los platados arenales de las orillas tomaban juntos el sol hipopótamos y cocodrilos. El ancho caudal fluía entre un enjambre de islas llenas de árboles. Se perdía uno

[196]

en aquel río con tanta facilidad como en un desierto, y además se pasaba uno el día dándose de cabeza con los bajíos, intentando buscar un canal, hasta que no quedaba más remedio que pensar en que se trataba de un hechizo, y que se había corrido de raíz la relación con todo lo que uno hubiera conocido anteriormente, que parecía, tal vez, lejano, como de otra vida. Había momentos en que el pasado regresaba, pasa a veces cuando no se tiene un momento libre; pero regresaba bajo la forma de un ruidoso e inquieto sueño que se recordaba con admiración en medio de abrumadoras realidades de este extraño mundo de plantas, agua y silencio. No se parecía en nada a la paz la quietud de esta vida. Era la quietud de una fuerza implacable que alentaba una intención inescrutable. Te miraba con aspecto vengativo. Posteriormente llegué a acostumbrarme. Dejé de verla. No tenía tiempo. Tenía que comprobar constantemente si había suficiente profundidad; tenía que discernir, en general mediante artes adivinatorias, si había bajíos; y no dejaba de mirar por si veía piedras sumergidas; había aprendido a cerrar los dientes con firmeza para evitar que se me saliera el corazón por la boca cuando evitaba por un pelo que algún maldito y traicionero escollo arrancara las entrañas a aquella cafetera que llamábamos vapor, que se hundiera con todos los peregrinos a bordo; tampoco dejaba de buscar cualquier indicio de madre seca que hubiera, que sirviera para encender la caldera al día siguiente. Cuando hay que preocuparse por

[197]

cosas como ésas, los sencillos incidentes de la superficie, la realidad —la realidad, eso es— se desvanece. La verdad más íntima está oculta, por suerte, sí, por suerte. Pero, no obstante, no dejaba de notar su presencia; con frecuencia advertía su misteriosa quietud, que me veía hacer mis piruetas de macaco, al igual que les ve a ustedes caminar sobre la cuerda floja por, ¿cuánto es?, media corona la voltereta...

—Pruebe a ser cortés, Marlow—gruñó una voz; supé entonces que había alguien más escuchando además de mí mismo.

—Perdón. Se me había olvidado la angustia mental que está incluida en la tarifa. A decir verdad, ¿qué importa el precio si se ejecuta bien la voltereta? Ustedes hacen muy bien sus piruetas. Tampoco yo lo hice nada mal, si tenemos en cuenta que conseguí que no se me hundiera el vapor en mi primer viaje. Aún hoy me sorprende. Imagínense a un hombre con los ojos vendados que guíara un carruaje por una carretera en mal estado. De verdad que aquel asunto me proporcionó escalofríos y sudores en abundancia. En fin, a un marino, el único pecado que no se le perdona es arrancarle el fondo a ese objeto que se supone que debe mantener a flote pase lo que pase. Puede que nadie se entere, pero tú no olvidas nunca el golpe, ¿eh? Te parte el corazón. Lo recuerdas, sueñas con él, te despierta en medio de la noche: cuando piensas en ello —han pasado años—, comienzas a sentir escalofríos. No quiero decir que el vapor estuviera siempre a flote.

[198]

Más de una vez hubo que arrastrarlo un poco, con veinte canbales alrededor de él chapoteando y empujando. Ya en marcha, habíamos enrolado a un puñado de estos individuos para que hicieran de tripulantes. Canbales, buena gente, a su manera. Se podía trabajar con ellos, y les estoy agradecido por ello. A decir verdad, al menos no se comían entre sí ante nosotros; habían traído como provisión algo de carne de hipopótamo que se había podrido, y que hacía que no abandonara mi nariz el hedor del misterio de la jungla. ¡Puff! Todavía hoy me viene el olor. A bordo venían el gerente y tres o cuatro peregrinos, con sus cayados, claro, todo el equipo. En ocasiones llegábamos a un puesto cercano a la orilla, aferrado a las faldas de lo desconocido; los blancos que salían de alguna choza medio derruida, con grandes aspavientos de alegría, sorpresa y bienvenida, parecían gente muy extraña, tenían el aspecto de estar cautivos mediante algún extraño hechizo. Durante un buen rato resonaba la palabra *marfil* en el aire, después regresábamos al silencio, recorríamos los largos tramos rectos, los meandros, entre las altas murallas del envesado camino, mientras reverberaba con sordo ruido el poderoso golpear de la rueda de popa. Árboles, árboles, millones de árboles, masas, inmensos, elevándose hacia la altura; a sus pies, buscando la orilla a contracorriente, reprobaba el sucio vaporcito como un torpe escarabajo que se arrastrara por el suelo de un alto corredor. Se sentía uno pequeño, perdido, pero en

[199]

realidad esa sensación no era algo deprimente. En fin, aunque yo sí fuera diminuto, el sucio escarabajo seguía reptando, y de eso se trataba. Todavía no sé adónde creían los peregrinos que reptaba. Hacia algún lugar en el que pensaban obtener algo, ¡seguro! Para mí, reptaba hacia Kurtz, exclusivamente; pero cuando los tubos de vapor empezaron a perder agua la verdad es que empezamos a reptar muy despacio. El río se abría ante nosotros, y se cerraba a nuestras espaldas, como si la jungla hubiera dado un calmoso paso sobre el agua para cortarnos la retirada. Cada vez penetrábamos más profundamente en el corazón de la oscuridad. Todo estaba en silencio allí. Por las noches, a veces, se oía el vaivén de los tambores, tras la cortina de árboles: subía el sonido por el río, se quedaba en suspenso de forma delicada, como si nos sobrevolara por el aire, muy por encima de nuestras cabezas, hasta las primeras luces del día. Podía significar paz, guerra u oración, no se sabía. La llegada de una quietud fría anunciaba la aurora. Los leñadores dormían, quedaba un rescoldo en sus hogueras, y te sobresaltaba el chasquido de un tallo al arder. Éramos vagabundos en una tierra prehistórica, en una tierra que tenía todo el aspecto de pertenecer a un planeta desconocido. Nada nos habría costado figurarnos que éramos los primeros hombres que iban a tomar posesión de una herencia maldita, que sólo se entregaría al precio de angustias intolerables e insufribles trabajos. Pero, de repente, mientras luchábamos por salir de un meandro,

[200]

quizá veíamos una cerca de juncos, techos cónicos de paja, escuchábamos repentinamente alaridos, se veía un remolino de negros miembros, una masa de manos que palmeaban, de pies que salían de estampida, de cuerpos que vacilaban, de ojos que se movían bajo el párpado inmóvil y espeso de la vegetación. El vapor seguía su camino con esfuerzo y lentitud junto a un negro e incomprensible frenesí. El hombre prehistórico ¿nos maldecía, nos adoraba, nos daba la bienvenida?, ¡imposible saberlo! Nosotros estábamos degajados de la comprensión de nuestro entorno, nos deslizábamos como fantasmas, en silencio admirado y atónito, como lo estaría un grupo de personas sensatas ante un estallido de entusiasmo de locos. No podíamos comprender, porque estábamos demasiado lejos; no podíamos recordar porque viajábamos por la noche de la edad primera, de esas edades que han desaparecido, dejando escasas señales y ningún recuerdo.

»La tierra parecía irreal. Éramos habituados a ver el monstruo ya domado, acostumbrado al freno, pero allí, allí aparecía monstruosa y libre. Era irreal, y los hombres eran... No, no eran inhumanos. Sí, ya saben, eso era lo peor de todo: la sospecha de que no eran inhumanos. Me convencí de forma gradual. Daban alaridos, saltaban, bailaban y hacían muecas horribles, pero lo que te conmovía era justamente el pensamiento de su humanidad —como la de ustedes—, la idea de nuestro remoto parentesco con este salvaje y apasionado clamor. Feo, sí, vaya si era feo, pero cuando se es lo

[201]

suficientemente hombre, hay que admitir que halla uno en sí mismo la débil huella de la correspondencia con la tremenda sinceridad del ruido, la vaga sospecha de que el ruido traía un sentido que—aunque uno considerara que la noche de los tiempos era algo remoto—podía entenderse. ¿No había de ser así? La mente humana es capaz de cualquier cosa, porque todo está en ella, el pasado no menos que el futuro. Después de todo, ¿qué había allí? Alegría, temor, tristeza, devoción, valor, ira, ¿quién sabe?, pero aquello era la verdad, fuera lo que fuera, una verdad despojada de los atavíos del tiempo. Que los tontos se asombren y tiemblen, el que sabe puede enfrentarse con ello sin pesañear. Pero debe ser al menos tan hombre como los de la orilla. Debe hacer que esa verdad conozca su propia verdad íntima: su fuerza natural. ¿Principios? Los principios no valen para nada. Mercancías, vestidos... hermosos trapos, trapos que salen volando al primer golpe. No. Lo que hace falta es una creencia firme. ¿Que si algo me atraía en este infernal tumulto? Sí, claro que sí, lo admito, pero también yo tengo voz, y para bien o para mal, lo que yo digo no puede callarse. Claro está que un tonto, de puro miedo y a causa de la delicadeza de sus sentimientos, siempre estará seguro. ¿Quién gruñe? ¿Que les extraña que no bajara a tierra a dar unos cuantos gritos y echar unos bailes? Pues no, no lo hice. ¿Sentimientos delicados?, ¿eso creen? ¡A la mierda los sentimientos delicados! No tenía tiempo. Demasiado atareado estaba con el blanco

de plomo: me dedicaba a vender las tuberías, que perdían agua, con unas tiras de unas mantas de lana, eso es lo que hacía. Tenía que mantener el rumbo, tenía que sortear los escollos, y tenía que conseguir que aquella cafetera avanzara por las buenas o por las malas. Había suficiente apariencia de verdad en todas estas cosas como para salvar al más sabio. Y en los ratos libres no podía descuidar al salvaje que hacía de fogonero. Era de una especie evolucionada, sabía manejar una caldera vertical. Estaba debajo de mí, y, palabra, contemplarlo era tan edificante como ver a un perro erguido sobre las patas traseras llevando una parodia de pantalones y un sombrero con una pluma. Unos meses de instrucción habían destruido a aquel individuo admirable. Con un esfuerzo de intrepidez, miraba de reojo el reloj del vapor, y el del agua... tenía los dientes afilados, el infeliz, la lana de la sesera le hacía complicados dibujos, y exhibía tres cicatrices ornamentales en cada mejilla. Debería haber estado dando palmadas y bailando en la orilla, pero no, estaba trabajando, esclavo de un extraño hechizo, lleno de conocimientos avanzados. Era útil porque había aprendido; había aprendido esto: si el agua del objeto transparente desaparecía, el espíritu malvado del interior se enfadaba, se apoderaba de él una sed tremenda, y se vengaba de forma horrible. Sudaba, avivaba el fuego, y miraba de reojo a la esfera del reloj (con un amuleto improvisado, hecho de trapos, atado al brazo, y con un hueso pulido grande como un reloj insertado en el

labio inferior) mientras se deslizaban las arboladas orillas lentamente, quedaba atrás el clamor de la orilla, y recorriamos las inacabables millas del silencio, y seguíamos reptando, hacia Kurtz. Pero cada vez había más escollos, el agua era traicionera, había poca profundidad, la caldera debía de tener un espíritu malvado en su interior, de forma que no teníamos tiempo ni el fogonero ni yo para considerar nuestros escalofrantes pensamientos.

»A unas cincuenta millas antes de llegar al puerto interior hallamos una choza de cañas, una vencida y melancólica asta con las irreconocibles hilachas al viento de lo que había sido alguna clase de bandera, y una bien ordenada pila de leña. Toda una sorpresa. Bajamos a tierra, sobre la pila de leña vimos una tablilla en la que se veía un deteriorado escrito con lápiz. Tras descifrarlo, decía lo siguiente: "Leña para ustedes. Apresúrense. Acérquense con cuidado". Había una firma, ilegible, no era Kurtz, era una palabra mucho más larga. "Apresúrense", ¿adónde?, ¿río arriba? "Acérquense con cuidado". No nos habíamos acercado con ningún cuidado. Pero la advertencia no podía referirse al propio lugar en el que habíamos encontrado el mensaje. Algo iba mal río arriba. Pero ¿qué es lo que iba mal?, ¿hasta qué punto? Éstas eran las preguntas que nos hacíamos. Hubo comentarios desfavorables respecto de la imbecilidad de aquel estilo telegráfico. La jungla no nos decía nada, ni consentía que miráramos en su interior. Colgaba del umbral una cortina

desgarrada de sarga roja que se movía melancólicamente. La vivienda estaba desmantelada, pero advertimos que había habido un hombre blanco viviendo allí no hacía mucho tiempo. Quedaba una mesa rudimentaria: una tabla y dos patas, había un montón de basura en un rincón, y me llevé un libro que hallé junto a la puerta. Carecía de cubiertas, las páginas se habían pasado tantas veces que la suciedad las había suavizado, pero el lomo no hacía mucho que había sido esmeradamente cosido de nuevo con hilo blanco de algodón. Se trataba de un hallazgo sorprendente. *Investigación sobre algunos aspectos de la navegación*, de un tal Towser, Towson o un nombre parecido: Capitán de la Armada al servicio de Su Majestad. Era un tratado de árida lectura, con diagramas ilustrativos, con repugnantes tablas de números; el ejemplar contaba sesenta años. Traté esta sorprendente antigüalla con toda la delicadeza posible, por temor a que se me deshiciera en las manos. En su interior, Towson o Towser investigaba con toda seriedad acerca de la tensión máxima que podían soportar el aparejo y jarcias del barco, y acerca de asuntos parecidos. No se trataba de un libro cautivador, pero con sólo verlo se daba uno cuenta de que había una unidad de intención, una honrada preocupación por la forma correcta de enfrentarse con el trabajo que otorgaba a estas páginas humildes, escritas hacía tantos años, una luz que no era sólo la luz de la profesión. Aquel sencillo y anticuado marino, con sus preocupaciones por cadenas,

cabrestantes, molinetes, etcétera, me hizo olvidar la jungla y los peregrinos, se apoderó de mí la deliciosa sensación de haber hallado algo de verdad real. Ya era suficiente maravilla que estuviera allí este libro, pero más asombrosas aún eran las notas al margen escritas con lapicero, que obviamente glosaban el texto. ¡No daba crédito a mis ojos! ¡Estaban escritas en clave! Sí, sí, aquello parecía una clave secreta. Imagínense a alguien que se lleve un libro semejante hasta ese confín del mundo, que lo estudie, que lo anote, ¡y que utilice una clave! Qué extravagante misterio.

»Hacía rato que era vagamente consciente de un ruido muy molesto, cuando levanté la mirada del libro advertí que la pila de leña había desaparecido, y que el gerente, con la ayuda de los peregrinos, me gritaba desde la orilla. Introduje el libro en el bolsillo. Les aseguro que dejar aquella lectura no me costó menos que si hubiera tenido que decir adiós a un amigo de toda la vida.

»Puse en marcha la desveneciada máquina.

»—Debe de tratarse del buthonero, el intruso ese —exclamó el gerente, mirando con odio hacia atrás, hacia el lugar que acabábamos de dejar.

»—Debe de ser inglés —dije.

»—Pues eso no va a impedirle meterse en un buen lío si no se anda con cuidado —murmuró de forma amenazadora el gerente. Haciéndome el inocente, le indiqué que nadie en este mundo tenía la seguridad de que nunca se metería en un buen lío.

»La corriente era más rápida, el vapor parecía a punto de expirar, la rueda de palas se movía con lentitud, y muchas veces me sorprendía a mí mismo escuchando con ansiedad el plop de la siguiente pala de la rueda, porque, a decir verdad, esperaba que de un momento a otro aquel cacharro dejara de funcionar. Era como contemplar una vida que se extinguiera. Pero no dejábamos de reparar. A veces me fijaba en un árbol que estuviera por delante, para calcular cuánto avanzábamos en dirección a Kurtz, pero invariablemente lo olvidaba antes de que llegáramos a su altura. Mantener la mirada fija en un objeto tanto tiempo era esperar demasiado de la naturaleza humana. El gerente exhibía una hermosa resignación. Yo me consumía y me enfadaba y consideraba si debía aprovechar la ocasión para sincerarme con Kurtz o no, pero, antes de haber llegado a ninguna conclusión, pensé que mis palabras o mi silencio o cualquier acción mía serían lisa y llanamente inútiles. ¿De qué servía lo que uno supiera o ignorara? ¿Qué importaba quien fuera el gerente? Esas iluminaciones llegan de repente. Lo esencial de este asunto se hallaba muy por debajo de sus aspectos superficiales, fuera de mi alcance, de mi poder de interferencia.

»Al atardecer del segundo día calculamos que estábamos ya a unas ocho millas del puestro de Kurtz. Yo quería continuar, pero el gerente se puso serio, dijo que la navegación por aquellos parajes era tan peligrosa que sería aconsejable, puesto que el sol ya había

bajado mucho, esperar donde estábamos hasta el día siguiente. Además señaló que si nos tomábamos en serio el aviso de acercarnos con precaución, sería mejor acercarse con luz diurna, no al anochecer o en plena noche. Me pareció bastante sensato. Ocho millas significaban casi tres horas de vapor, además había sospechosos remolinos en la parte final del tramo en el que estábamos. No obstante, yo estaba indeciblemente fastidiado por el retraso, sin razón alguna, porque una noche más no haría mucho mayor un retraso ya de meses. Como teníamos leña en abundancia, y la consigna era “precaución”, di fondo en medio de la corriente. El tramo era estrecho, recto, con orillas elevadas, como si fuera un paso de ferrocarril. La oscuridad sobrevino antes de que se hubiera puesto el sol. El agua discurría rápida, pero las orillas parecían silenciosamente inmóviles. Los árboles, atados por lianas, y aun los arbustos a sus pies parecían haberse convertido en piedra, no se movía ni un tallo, ni una hoja. No era sueño, no parecía natural, era como un trance. No se escuchaba ni el más débil ruido. Se quedaba uno mirando, sorprendido, y empezaba a sospechar si se habría quedado sordo; a continuación se hacía de noche de repente, y entonces pensabas que además te habías quedado ciego. A las tres de la madrugada saltó un gran pez sobre el agua, el chapoteo me despertó, sobresalado, como si hubiera escuchado un disparo. Al amanecer había una niebla de color blanco, cálida y pegajosa, más cegadora que la

propia noche. No cambiaba ni se movía, estaba sencillamente allí, rodeando todo, como algo sólido. A las ocho o quizá las nueve se levantó como una persiana. Vimos apenas una muralla de árboles de la inmensa y tupida jungla, por encima el diminuto globo ardiente del sol—todo inmóvil—, y de nuevo descendió la persiana blanca como si se deslizara por carriles engrasados. Ordené que largaran la cadena del ancla que habían empezado a recoger. Antes de que terminara el ruido sordo de largar la cadena, se elevó lentamente por el aire opaco un grito, un grito penetrante de infinita desolación. Cesó. Llenó nuestros oídos un clamor quejumbroso, modulado con salvaje discordia. Lo inesperado de esto erizó el cabello debajo de mi gorra. No sé lo que les pasó a los demás, pero a mí me pareció como si la propia niebla hubiera gritado, pues el tumultuoso y doliente alarido parecía haber brotado simultáneamente por todas partes. Culminó en un estrallido de agudos chillidos casi intolerables que cesaron de repente, dejándonos agorrotados, en una diversidad de posturas estúpidas, escuchando de forma obstinada un silencio casi igualmente intolerable y excesivo. “¡Dios mío!, ¿qué significa...?”; tartamudeaba junto a mí un peregrino, un hombrecillo gordo con pelo rubio y patillas pelirrojas, que llevaba botas con elásticos laterales, y un pijama de color rosa cuyos extremos inferiores había metido por dentro de los calcetines. Otros dos se quedaron con la boca abierta por lo menos un minuto, después se metieron aprisa

en la caseta, también salieron aprisa, comenzaron a echar miradas de miedo, en las manos traían los fusiles *Winchester* montados. Lo único que podíamos ver era el barco en el que estábamos, sus líneas eran confusas, como si estuvieran a punto de disolverse, veíamos también una franja de agua entre nieblas, poco más de medio metro, en torno al barco: eso era todo. El resto del mundo, por lo que se refiere a nuestros ojos y oídos, bien podía no existir. No estaba. Había desaparecido, se había ido, se había volatilizado sin dejar ni una sombra ni un murmullo tras de sí.

»Me acerqué a la proa, y di órdenes de que cobraran la cadena, para largar el ancla, y para mover el vapor en cuanto fuese necesario.

»¿Nos atacarán?—murmuró una voz aterrORIZADA.

»—Con esta niebla pueden hacer una carnicería—susurró otra voz.

»Las caras estaban contraídas por la tensión, las manos temblaban levemente, los ojos se habían olvidado de parpadear. Era curioso ver el contraste de las expresiones de los negros y los blancos de la tripulación; los negros no eran menos extraños que nosotros en aquellas partes del río, aunque vivían a unas ochocientas millas. Los blancos, muy nerviosos, por supuesto, tenían además el curioso aspecto de que no les había gustado nada el indecente alboroto. Los negros tenían una expresión vigilante, y mantenían un interés lógico, pero las caras reflejaban tranquilidad, incluídas las de los dos que sonreían mientras recogían

la cadena. Algunos intercambiaron unas breves frases, como gruñidos, que parecieron explicar todo el asunto a su entera satisfacción. Junto a mí estaba su jefe, un joven negro de anchos hombros, sobriamente vestido con unos trapos azul marino rematados por una orla, con una nariz agresiva, con el pelo recogido en unos artísticos y lustrosos rizos.

»¡Ajá!—dije de forma amistosa.

»—Cogerlos—replicó abriendo unos ojos que reflejaban avidez, los puntiagudos dientes destellaron—, cogelos. A nosotros dálos.

»—A vosotros, ¿eh?—le dije—, ¿qué haríais con ellos?

»¡Comerlos!—dijo bruscamente, después se apoyó sobre la barandilla, se quedó mirando hacia la niebla con actitud digna y absorta.

»Sin duda me habría sentido adecuadamente horrorizado si no me hubiera dado cuenta al momento de que tanto él como sus compañeros deberían estar hambrientos, y de que su hambre durante, al menos, este último mes no había hecho sino aumentar. Su contrario era por seis meses (no creo que ninguno tuviera una idea definida del tiempo como la que nosotros tenemos al final de las innumerables edades. Todavía pertenecían a los orígenes del tiempo: no habían heredado una experiencia que pudiera habéles enseñado, por decirlo así), y, por supuesto, mientras cualquier papel asegurara que se había hecho todo en cumplimiento de cualquier ley fantasmagórica fabricada río abajo, el asunto de cómo iban a mantenerse

no era cosa que hubiera preocupado a nadie. Si, es cierto, se habían traído algo de carne podrida de hipopótamo, que no les habría durado gran cosa, incluso aunque los peregrinos, con horroizados aspavientos, no hubieran arrojado por la borda la mayor parte. Parecerá esto una arbitrariedad, pero se trataba de un acto de legítima defensa. No se puede estar oliendo la carne podrida de hipopótamo, despierto, dormido y a la hora de comer, y pretender, a la vez, querer aferrarse a una vida cada vez más precaria. Además, les daban todas las semanas tres piezas de alambre de unas nueve pulgadas, en teoría debían comprar provisiones con semejante moneda en los pueblos que hubiera en las orillas del río. Pero en la práctica... unas veces no había pueblos, otras los habitantes eran hostiles, otras veces el gerente, que, como el resto de los blancos, se alimentaba de conservas, a las que se añadía en alguna rara ocasión un pedazo de carne de cabra vieja, por alguna razón más o menos recóndita, no quería que se detuviera el vapor. De forma que, a menos que se comieran el alambre, o hicieran anzuelos para pescar algo en el río, no sé muy bien para qué podía servirles tan extravagante salario. Debo decir, sin embargo, que se les pagaba con regularidad digna de una gran compañía comercial seria y honrada. Por lo demás, el único alimento —aunque desde luego no tenía aspecto comestible— que vi en su posesión era uno que conservaban envuelto en hojas, unos pedacitos de algo que parecía masa medio cocida de color espliego sucio; de

vez en cuando se comían uno, pero era tan pequeño, que más parecía que lo hacían por aparentar que con alguna intención sería de nutrición. Por qué, en nombre de todos los hambrientos demonios de la abstinencia, no nos cogían —eran treinta contra cinco— y se daban un buen banquete con nosotros es algo que todavía hoy, cuando pienso en ello, no deja de sorprenderme. Eran hombres grandes y fuertes, no parecían tener talento como para que los disuadieran las consecuencias; tenían, todavía entonces, valor y fuerza, aun cuando su piel ya no tuviera el lustre del comienzo del viaje. Y sus músculos ya no fueran tan poderosos. Advertí que, contra toda probabilidad, se había hecho presente ese algo indefinido que modera las conductas. Los contemplé con un interés repentinamente renovado, no porque se me ocurriera justo entonces que no pasaría mucho tiempo antes de que me comieran, sino porque reconozco que fue entonces cuando advertí —bajo una nueva luz, por decirlo así— qué aspecto tan enfermizo tenían los peregrinos; y esperaba, sí, tenía esa confianza, que mi aspecto no fuera, ¿cómo decirlo?, tan... tan poco apetitoso: un fantástico toque de vanidad que encajaba muy bien con la sensación de sueño que impregnaba mis vigiliass en aquel tiempo. Quizá también tenía yo alguna febrícula. No se puede vivir tomándose el pulso perpetuamente. Con frecuencia había tenido alguna febrícula, o algún otro leve malestar: los golpecillos con los que las zarpas de la jungla juegan con uno, el juego preli-

minar antes del ataque de verdad que llegó a su momento. Sí, los contemplaba como cualquiera contemplaría a un ser humano, con curiosidad respecto de sus impulsos, razones, capacidad, debilidades, cuando las pusiera a prueba alguna necesidad física inaplazable. Moderación. ¿Qué moderación? ¿Era superstición, desagrado, paciencia, miedo, alguna suerte de honor primitivo? No hay miedo que el hambre no derrote, no hay paciencia que la soporté, el desagrado no existe donde hay hambre, y por lo que se refiere a la superstición, las creencias y lo que se llama en general principios son menos que una brizna en una corriente de aire. ¿Conocen la maldad del hambre prolongada, su exasperante suplicio, sus negros pensamientos, su sombra y amenazadora ferocidad? Pues yo sí. El hombre necesita de toda su fuerza para luchar contra el hambre de forma adecuada. En realidad es más sencillo enfrentarse con la desposesión, la deshonra, la condena del alma, antes que con estas hambres inacabables. Triste, pero cierto. Además estos individuos no disponían ni de una sola razón que les proporcionara escrúpulos de alguna clase. ¡Moderación! La que hubiera tenido una hiena que se pasara por un campo de batalla sembrado de cadáveres. Pero ahí estaba, se trataba de algo deslumbrante, evidente, como la espuma que brota de las profundidades de la mar, como ese enigma insondable del que sólo se ve la onda que se desliza por la superficie; ahora que lo pienso, era un misterio aún mayor que la curiosa e

[214]

inexplicable nota de desesperado dolor de este salvaje clamor que había brotado junto a nosotros en la orilla del río, tras la cegadora blancura de la niebla.

»Se oían los sofocados susurros de dos peregrinos que disputaban, hablaban de las orillas.

»La izquierda.

»No, no, pero, ¿en qué estarás pensando?, la derecha, la derecha, por supuesto.

»—Esto es muy grave —dijo detrás de mí la voz del gerente—, sería una desdicha que le sucediera algo a Mr. Kurtz justo antes de que llegáramos.

»Me quedé mirándolo, sin duda era sincero. Era la clase de hombre a quien le importaban las apariencias. En eso consistía su moderación. Pero luego murmuró algo acerca de avanzar, ni siquiera me tomé la molestia de contestar. Sabía yo y sabía él que era imposible. Si levábamos anclas, estaríamos en el aire, volando. No sabríamos adónde nos diríamos —arriba, abajo, cruzaríamos—, hasta que llegáramos a una de las orillas, y al principio no sabríamos cuál era. Ni me moví, por supuesto. No tenía intenciones de naufragar. No podía haberse elegido un sitio más siniestro para un naufragio. Tanto si nos ahogáramos como si no, era seguro que de una forma u otra moriríamos inmediatamente.

»—Le autorizo a correr cualquier clase de riesgo —dijo tras breve silencio.

»—Me niego a correr ninguno —dijo inmediatamente, eso era precisamente lo que él estaba descando oír, aunque quizá le sorprendiera el tono.

[215]

»Bien, confío en su buen juicio. Usted es el capitán—dijo muy cortésmente.

»Le di la espalda como señal de aprecio, y me quedé mirando hacia la niebla. ¿Cuánto duraría? Mal futuro tenía aquello. Accercase a este Kurtz, a este buscador del marfil de la jungla, entrañaba más peligros que si se tratara de una princesa encantada que aguarda dormida en un castillo fabuloso.

»¿Cree usted que atacarán?—preguntó el gerente de forma confidencial.

»No me parecía que fueran a atacar, por varias razones evidentes. La impenetrable niebla era una de ellas. Si se embarcaban en canoas, estarían al momento no menos perdidos que nosotros si intentáramos movernos. Más aún, la jungla de ambas orillas me había parecido muy impenetrable, pero había ojos en ella, ojos que nos habían visto. La maleza de la orilla era muy tupida, pero era obvio que no era imposible moverse tras ella. No obstante, durante el breve espacio en que se había podido ver, yo no había visto canoas en el tramo en el que estábamos, y ciertamente, no había canoas ante el vapor. Pero lo que me hacía desecher la idea de que fueran a atacarnos era la naturaleza de los ruidos, la clase de gritos que habíamos estado oyendo. Carecían de ese carácter agresivo que anuncia la hostilidad inmediata. Habían sido completamente inesperados, salvajes, violentos, pero a mí me había parecido que transmitían una desbordante impresión de tristeza. La visión fugaz del vapor, al

parecer, había traído a esos salvajes un inmitigable dolor. El peligro, si es que lo había, dije, sería el que se derivara de una gran pasión humana incontrolada. Incluso un dolor intolerable puede finalmente transformarse en violencia, pero, en general, tiende a expresarse como apatía...

»¿Cómo se me quedaron mirando los peregrinos! No tenían fuerzas para sonreír, ni siquiera para insultarme, pero me pareció que creían que me había vuelto loco, quizá debido al miedo. Les eché un buen sermón. Queridos amigos, de nada valía preocuparse. ¿Vigilar? Sí, claro, yo miraba por si había signos de que la niebla fuera a despejar, como un gato miraría a un ratón, pero en cuanto a lo demás, los ojos tenían la misma utilidad que si estuviéramos enterrados bajo una montaña de copos de algodón. Ésa era precisamente la sensación que teníamos: de ahogo, de bochorno, de asfixia. Además, todo lo que les dije, aunque sonara extravagante, resultó ser completamente cierto. Lo que más tarde denominamos ataque había sido en realidad un intento de rechazo. La acción dispó de ser agresiva, ni siquiera fue defensiva en el sentido convencional, se emprendió bajo un estado de desesperación, en lo fundamental había sido puramente de protección.

»En cierta forma, fue espontánea, ocurrió dos horas después de que la niebla hubiera levantado; comenzó, aproximadamente, en un punto a milla y media de distancia antes de llegar al puesto de Kurtz.

Acabábamos de salir chapoteando a duras penas de un meandro cuando vi una isleta, un terreno de un verde deslumbrante en medio de la corriente. Era la única que se veía, pero al avanzar por este tramo advertí que era el comienzo de un largo bajo arenoso, o, mejor, una cadena de médanos que recorría el río en sentido longitudinal, en medio de la corriente. Eran de color claro, apenas los bañaba el agua, y el conjunto, entrevisto bajo la superficie, recordaba con minuciosa fidelidad la espina dorsal de un hombre que recorriera la espalda de éste bajo la piel. Ahora bien, por mi parte, podía bordearlo por la derecha o por la izquierda. No conocía ninguno de los dos pasos, claro está. Ambas orillas se parecían, la profundidad parecía igual, pero como me habían dicho que el puesto estaba al oeste, naturalmente, me dirigí hacia el canal del oeste.

»En cuanto hubimos entrado en éste, advertí que era mucho más estrecho de lo que había calculado. A nuestra izquierda quedaba la cadena ininterrumpida de médanos, y a la derecha estaba la alta orilla llena de tupida maleza. Sobre la maleza se eguián las cerradas filas de los árboles. La enramada formaba un tejadillo sobre el agua, y de cuando en cuando alguna gruesa rama se proyectaba recta sobre el río. Hacía raro que había pasado el mediodía, la jungla tenía un aspecto sombrío, sobre el agua había descendido ya una ancha zona de sombra. Avanzábamos por esta sombra, ya pueden figurarse que lo hacíamos con gran lentitud.

[218]

Me aproximé todo lo que pude a la orilla, la sonda me indicaba que el agua era allí más profunda.

»Uno de mis hambrientos y comedidos amigos echaba el calón cerca de proa, justo debajo de mí. Este vapor era como una especie de gabarra con cubierta. Sobre la cubierta había dos construcciones de madera de reca con puertas y ventanas. La caldera estaba a proa; la maquinaria, a popa. Cubría todo ello un tejado no muy sólido soportado por candeleros. La chimenea atravesaba el tejado, y ante la chimenea, con unos tableros, habían levantado una cabinilla que hacía de cuarto de derrota. Había en ella una cama, un par de taburetes plegables, un fusil Martini-Henry cargado, apoyado en un rincón, una mesilla y el timón. Hacia adelante se abría una puerta, había dos portillas a los lados que podían cerrarse. Todo estaba siempre abierto, por supuesto. Me pasaba los días allí subido, en el extremo delantero de aquel tejado, ante la puerta. Por la noche dormía, o intentaba hacerlo, en la cama de la cabinilla. El timonel era un atlético negro, de alguna tribu de la costa, instruido por mi desdichado predecesor. Lucía un hermoso par de pendientes de latón, se envolvía de la cintura a los pies con un trapo de color azul, y estaba indeciblemente orgulloso de sí mismo. En la vida me he tropezado con un tonto en quien se pudiera confiar menos. Cuando yo estaba cerca, gobernaba con aire de superioridad, pero, en cuanto me perdía de vista, al momento era víctima del pánico, y aquel vaporcillo,

[219]

inválido y todo, hacía lo que quería con él en menos de un minuto.

»Miraba yo al sondeador, estaba bastante inquieto porque veía que cada vez sobresalía más la pértiga; de repente, vi que dejaba de trabajar y se tendía sobre la cubierta sin ni siquiera tomarse la molestia de recoger el calón. Pero lo mantenía agarrado, y la pértiga comenzó a deslizarse por el agua. A la vez, el fogonero, a quien también veía por debajo de mí, se sentó bruscamente ante la caldera, agachó la cabeza. No daba crédito a lo que pasaba. Yo tenía que mantener el rumbo, porque había un escollo a la vista. Por todas partes volaban palos, palitos; abundantes, zumbaban ante mi nariz, caían ante mí, se detenían de golpe contra la pared de la cabinilla que estaba detrás de mí. Mientras tanto, el río, la orilla, el bosque, todo permanecía en el más completo silencio. Lo único que se oía era el pesado golpe de las palas de la rueda, el resonar de los palitos. A duras penas pude sortear el escollo. ¡Flechas, maldita sea! ¡Estraban arrojándonos flechas! Entré rápidamente para cerrar la portilla que daba al lado de la orilla. El tonto del timonel se sujetaba a las cabillas de la rueda del timón, levantaba las rodillas, pateaba, movía la cabeza como un caballo al que tiran de las riendas. ¡Maldito sea! Estábamos dando rumbos a menos de tres metros de la orilla. Me incliné hacia la derecha para cerrar la pesada portilla, vi una cara que me miraba entre el follaje, justo a mi misma altura, la mirada era intensa, fija, amenazadora; de

repente, como si se me hubiera caído una venda de los ojos, advertí en aquella confusa oscuridad pechos descubiertos, brazos, piernas, ojos encolerizados: la maleza era un enjambre de extremidades humanas en movimiento, brillantes, bronceadas. Las ramas se movían, cimbreaban, vibraban, las flechas salían volando, entonces cerré la portilla.

»¡Mantén el rumbo! —dije al timonel. La cabeza se quedó rígida, la cara hacia adelante, pero los ojos no dejaban de moverse, levantaba y posaba los pies con cuidado, le salía algo de espuma por la boca.

»¡Quietos! —dije, hecho una furia.

Tanto éxito tuve como si le hubiera dicho a un árbol que dejara de moverse en medio de una tormenta. Salí afuera como un rayo. Por debajo de mí se oía cómo se arrastraban los pies sobre la cubierta de metal, exclamaciones confusas, una voz chilló:

»—¿No podemos retroceder?

»De repente vi un remolino en forma de V a proa. ¿Cómo? ¡Otro escollo! Debajo de mí se oyó una descarga de fusilería. Los peregrinos habían abierto fuego con los Winchester: sencillamente, estaban regando la jungla con plomo. Se elevó una maldita humareda que avanzó lentamente. Comencé a maldecir. Ahora no se veía ni el remolino ni el escollo. Me quedé mirando desde el umbral, caían flechas con mayor densidad. Quizá estuvieran envenenadas, pero no tenían aspecto de poder matar ni a un gato. Comenzaron a oírse alaridos desde la maleza. Nuestros leñadores lanzaron un

grito de guerra. Justo detrás de mí el ruido de un disparo de rifle me dejó sordo. Miré hacia atrás, aún estaba el cuarto de derrota completamente ocupado por el ruido y el humo, cuando me arrojé sobre el timón. El tonto del negro había dejado todo, había abierto la portilla, y había disparado el Martini-Henry. Se quedó inmóvil ante la ventana, desafiante. Le grité que regresara, mientras tanto yo me hacía con el rumbo tras el brusco movimiento que había hecho el vapor. Aunque hubiera querido hacerlo, no había espacio para moverse, el escollo estaba a muy poca distancia por delante, en medio de la humareda, no podía perder el tiempo, de forma que lo acerqué aún más a la orilla, lo más cerca posible, porque sabía que ahí el agua era más profunda.

»Avanzamos lentamente despellejándonos contra el tejadillo que formaba la entramada, bajo un diluvio de ramas rotas y hojas. Dejó de oírse el fuego de fusilería, como había previsto que sucedería en cuanto se les hubiera agotado el cargador. Eché la cabeza hacia atrás para evitar un brillante zumbido que cruzó el cuarto de derrota: entró por una ventana, salió por la otra. Más allá del loco timonel, que movía el rifle vacío y gritaba hacia los de la orilla, vi vagas formas de hombres que corrían agachados, saltaban, se escurrían, nítidos, incompletos, evanescentes. En el aire, frente a la ventana, apareció algo de gran envergadura, el fusil saltó por la borda, y el timonel retrocedió apriesa, me miró por encima del hombro de forma familiar, intensa

[222]

y extraordinaria, cayó a mis pies. La cabeza golpeó la rueda del timón un par de veces, el extremo de una cosa que parecía una caña muy larga dio unos golpes, y derribó uno de los taburetes plegables. Parecía como si hubiera arrancado la lanza a alguien en la orilla, como si hubiera perdido el equilibrio a causa del esfuerzo. El humo había desaparecido, habíamos rebasado el obstáculo, al mirar hacia adelante me di cuenta de que a unas cien yardas aproximadamente podíamos separarnos de la orilla, pero tuve que mirar al suelo, porque sentía calor y humedad en los pies. El timonel estaba ahora tendido de espaldas, sujetaba la lanza con ambas manos. Le habían arrojado una lanza, o la habían manejado desde la orilla, y se la habían hundi-do en el costado a la altura de las costillas inferiores; la hoja le había entrado íntegra, tras hacerle un corte horrible; se me habían inundado los zapatos; había un charco de sangre que brillaba inmóvil bajo la rueda del timón; los ojos brillaban con intensidad. Se reanudó el fuego de fusilería. El timonel me miraba con ansiedad, agarrado a la lanza como si fuera algo muy valioso, con aspecto de tener miedo a que yo pudiera arrebatársela. Me costaba un gran esfuerzo desentenderme de sus ojos para atender al timón. Con una mano palpé por el techo hasta que encontré la cuerda de la sirena, y, aprisa, tiré una vez tras otra. Al momento se detuvo el alboroto de violentos chillidos de guerra, a continuación salió de lo más profundo de la selva un tímido y doliente gemido que expresaba miedo y la más

[223]

completa desesperación, el gemido que cualquiera pensaría que escoltaría a la última esperanza en el momento de abandonar la tierra. Hubo una gran conmoción en la jungla, dejaron de caer flechas, pero todavía hubo unos pocos disparos más, a continuación se restableció el silencio, en medio del cual llegó con claridad hasta mis oídos el perceroso latido de las paletas de la rueda. Giré toda la rueda del timón a estribor justo en el momento en que el peregrino del pijama de color rosa, sofocado y nervioso, aparecía en el umbral:

«Me envía el gerente... —comenzó con tono oficial, pero se detuvo—. ¡Dios mío! —dijo mientras miraba con sorpresa al herido.

»Los dos blancos nos quedamos mirándonos mientras nos envolvía la interrogación de su luminosa mirada. Afirmando que parecía como si de un momento a otro fuera a hacernos una pregunta en una lengua que comprendiéramos, pero se murió sin pronunciar ni una palabra, sin mover una mano, sin mover un músculo. Únicamente en el último momento, como si reaccionara ante algún estímulo invisible para nosotros, frunció el ceño, y ese ceño otorgó a su negra máscara mortuoria una expresión amenazadora, inquietante y sombría. La luminosidad del gesto interrogativo se diluyó aprisa en una vacua expresión vidiosa.

»—¿Sabe manejar el timón? —pregunté al individuo.
»Como no se decidía, lo agarré por el brazo, y se

dio cuenta de que, tanto si quería como si no, tenía que manejarlo. Para ser sincero, tenía una necesidad compulsiva de cambiarme de zapatos y calcetines.

»—Está muerto —susurró, al parecer estaba tremendamente impresionado.

»Sin duda —le dije mientras tiraba con desesperación de los cordones de los zapatos—. Y, sin duda, a estas alturas me imagino que Mr. Kurtz estará igualmente muerto.

»De momento aquello era lo único en lo que pensaba. Tenía un sentimiento de honda decepción, como si hubiera averiguado que tras muchas penalidades había estado persiguiendo una quimera. Nada podía haberme causado un disgusto mayor, era como si hubiera hecho todo este viaje con la única intención de hablar con Mr. Kurtz. Hablar con... arrojé uno de los zapatos por la borda, y me di cuenta de que exactamente eso era lo único que me interesaba: hablar con Mr. Kurtz. Descubrí algo extraño, me parecía que hasta este momento no me lo había imaginado haciendo nada, sino echando discursos. No se me había ocurrido decirme: "no podré verlo", o "no podré estrecharle la mano", sino: "no podré oírle". Me representaba al hombre como una voz. Por supuesto, no quiero decir que no lo relacionara con ninguna clase de actividad. No pocas veces había tenido que oír, modulado con todos los tonos posibles de admiración y envidia, que había conseguido, cambiado, estafado o robado más marfil que todos los demás agentes juntos.

No era eso. Lo que pasaba es que se trataba de alguien lleno de talento, y, de todos sus talentos, el que destacaba sobre todos los demás, el que parecía más genuinamente real, era su talento oratorio, sus palabras, el don de la expresión: confuso, iluminador, el más excelso o el más despreciable, la regularidad rítmica del caudal de luz o el engañoso manantial del centro, del corazón de una impenetrable oscuridad.

»El otro zapato voló hacia aquel dios-demonio fluvial. Me dije: vaya, todo ha terminado. Hemos llegado demasiado tarde, ha desaparecido: una lanza, una flecha o una maza han hecho desaparecer ese talento. Después de tanto esfuerzo, no podré escuchar a este individuo: mi pesar se revistió de una sorprendente extravagancia emocional, parecida incluso a la que había advenido en los gritos de pena de los salvajes de la jungla. No habría sentido una pena mayor ni más intensa si me hubieran despojado de una creencia, o si hubiera perdido la fe en un destino personal en la vida... ¿A qué viene ese bostezo?, ¿es que...?, ¿absurdo?, pues muy bien, absurdo. ¡Dios! ¿Es que nunca podrá uno...? Sí, gracias, pásame el tabaco...

Hubo una pausa de profunda quietud, brilló el resplandor de una cerilla, se vio la flaca cara de Marlow, consumida, cínica, surcada de arrugas verticales, tenía los párpados cerrados, con aspecto de atenta concentración; al dar vigorosas bocanadas a la pipa, la cara parecía avanzar y retroceder en la oscuridad, ante el brillo uniforme de la oscilante llanura. La cerilla se extinguió.

—¡Absurdo! —exclamó—, lo peor que puede pasarle a quien quiera contar... Todos ustedes están aquí amarrados con un par de guardianes, como un barco con un buen par de anclas, con el carnícero a la vuelta de la esquina, el policía en la otra, buen apetito, sin fiebre, ¿me oyen?, sin fiebre en todo el año. ¡Y me llaman absurdo! ¡Absurdo es... al infierno! ¡Absurdo! Queridos amigos, ¿qué esperan que haga un hombre que de puro nerviosismo acaba de arrojar un par de zapatos nuevos por la borda? Ahora que lo pienso, lo raro es que no me echara a llorar. Después de todo, estoy orgulloso de mi fortaleza de ánimo. Me paría el alma el haber perdido el inestimable privilegio de escuchar a Kurtz, el hombre lleno de talento. Estaba equivocando, claro. El privilegio todavía me aguardaba. Sí, sí, pude escucharlo hasta hartarme. Además estaba en lo cierto. Lo de la voz. Apenas era otra cosa que una voz. Lo oí, a él, eso, la voz... otras voces, apenas eran otra cosa que voces... aún permanece conmigo el recuerdo de aquellos tiempos, impalpable, como la vibración casi apagada de una inmensa charlatanería, necia, arroz, sordida, salvaje, o sencillamente mezquina, sin sentido. Voces, voces... incluso la muchacha, ahora.

Se quedó callado durante un buen rato.

—Por fin he podido enterrar el fantasma de sus talentos con una mentira —comenzó de repente—. ¿Qué muchacha? ¿He mencionado alguna muchacha? ¡Ah, ella no tiene nada que ver en esto, en absoluto! Ellas, las mujeres, quiero decir, no tienen nada que

ver, no deberían tener nada que ver con esto. Debemos colaborar para que permanezcan en ese mundo suyo, no sea que el nuestro se vuelva peor. Sí, había que mantenerla aparte. Tendrían que haber oído hablar al resucitado cuerpo de Mr. Kurtz: "Mi Prometida". Habrían advertido al momento lo poco que tenía ella que ver con todo aquello. ¡Qué frente despectiva la de Mr. Kurtz! Dicen que, a veces, les sigue creciendo el cabello, pero éste, ¿eh?, este espécimen estaba impresionantemente calvo. La jungla le había dado un golpecito en la cabeza, fíjense, y se había quedado completamente calvo: una bola de marfil; lo había acariciado la jungla, y he aquí que se había marchitado; se había apoderado de él, lo había amado, se había metido en sus venas, lo había consumido, se había apoderado de su alma mediante las inconcebibles ceremonias de alguna iniciación demoníaca. Era su niño mimado, su niño consentido. ¿Que si había marfil? Yo diría que sí. Montones, pilas de marfil. La vieja choza de adobe reverteaba de marfil. Llegabas a pensar que, en todo el país, no podía quedar ni un solo colmillo ni sobre la tierra ni bajo ella.

»Fósil la mayor parte—dijo despreciativo el gerente.

»Era tan fósil como yo; lo llaman fósil cuando ha estado enterrado. Al parecer, de vez en cuando, los negros entierran los colmillos, pero era obvio que no habían tenido tiempo de enterrar esta partida para conjurar el destino del talentoso Mr. Kurtz. El vapor estaba completamente lleno, hasta la cubierta estaba

llena de montones de marfil. Así que pudo verlo y contemplarlo a su sabor, porque conservó la capacidad de apreciar sus virtudes hasta el último momento. Había que oírle decir: "Mi marfil—sí, sí, eso es lo que decía: Mi Prometida, mi marfil, mi puesto, mi río, mi...". Todo le pertenecía. Yo contenta la respiración mientras aguardaba a que saliera una gran carcajada de la selva que desalojara de sus lugares hasta a las propias estrellas. Todo le pertenecía, pero eso era una frustería. El asunto era saber a qué pertenecía él, cuántas potencias de la oscuridad lo reclamaban como suyo. Esta reflexión era la que te ponía carne de gallina. Era imposible—era nocivo—pretender imaginárselo. Había conseguido un lugar eminente entre los demonios de la tierra: es decir, de forma literal. ¿Es que no lo entienden? No pueden: con esas sólidas aceras bajo sus pies, rodeados de amables vecinos dispuestos a alegrarte o a disputar contigo, caminando con delicadeza entre el carnicero y el policía, sometidos por un sagrado terror al escándalo, la horca o el manicomio, ¿cómo podrían imaginar a qué particular región de los primeros tiempos puede conducirte a un hombre su libre voluntad a través de la soledad—una soledad tan completa, en la que no haya policía—, y del silencio—un silencio tan completo que no haya voz de un amable vecino que haga llegar el rumor de la opinión general—. La gran diferencia consiste en estas cosillas. Cuando desaparecen sólo puede recurrirse a la propia fuerza, a la propia capacidad de fidelidad. Aunque también se puede ser

lo bastante tonto como para equivocarse, lo bastante obruso como para no advertir que se apoderan de uno las potencias de la oscuridad. Entiendo que nunca ha habido un tonto que haya hecho negocio con su alma en sus tratos con el demonio. El tonto es demasiado tonto, o el demonio es demasiado demonio, no sé cuál de las dos cosas. O quizá sea uno una criatura tan notablemente exaltada que se haya vuelto sorda y ciega a todo lo que no sean sonos y visiones celestiales. La tierra se convierte entonces en un lugar de paso: no sabría yo decir si se pierde o se gana con ello. Para nosotros, sin embargo, es el lugar en el que vivimos, donde debemos aceptar las vistas, los sonidos y aun los olores, ¡Cristo!, hay que oler la carne podrida de un hipopótamo, por ejemplo, y no sentirse contaminado. Entonces, ¿se dan cuenta?, es cuando se hace necesaria tu fuerza, la fe en la capacidad para excavar unos discretos agujeros con el fin de enterrar aquello en ellos; se hace necesario tu poder de fidelidad, no hacia ti mismo, sino hacia un asunto oscuro que exige un esfuerzo sobrehumano. Algo bastante difícil. Dense cuenta de que no estoy intentando excusar, ni tan siquiera explicar... en realidad estoy intentando explicarme a mí mismo a... a... Mr. Kurtz... o a la sombra de Mr. Kurtz. Esta fantasmal aparición experta en misterios, que regresaba de ninguna parte, me hizo el honor de hacerme depositario de sus sorprendentes confidencias antes de desaparecer de forma definitiva. Gracias a que podía hablar en inglés conmigo. El

auténtico Kurtz se había educado durante un tiempo en Inglaterra—como tuvo la bondad de confesarme—, y sus ideas eran las correctas. Su madre era medio inglesa, su padre era medio francés. Toda Europa había contribuido a crear a Mr. Kurtz; andando el tiempo me enteré de que muy adecuadamente la Sociedad Internacional para la Abolición de las Costumbres Salvajes le había confiado el encargo de escribir un informe que sirviera como guía en el futuro. Lo había escrito. Lo he visto. Lo he leído. Era persuasivo, estaba lleno de elocuencia, pero quizá el estilo era un poco afectado, me parece. ¡Había tenido tiempo para redactar diecisiete páginas de apretada escritura! Pero eso debió de haber sido antes de que sus nervios, digámoslo así, le fallaran, y lo hicieran presidir unos bailes nocturnos que concluían con ciertos ritos incalificables—por lo que me dijeron algunos informantes, tuve que admitir de mala gana que había sido así—, que se le ofrecían a él, ya me comprenden, al propio Kurtz. Pero estaba bien escrito. El primer párrafo, a la luz de la información posterior, me parece siniestro. Comenzaba desarrollando la idea de que nosotros, los blancos, desde el punto del desarrollo al que habíamos llegado, debíamos de parecerles [a los salvajes] seres sobrenaturales: “nos acercamos a ellos con el poder de un dios”, etc., etc. “Mediante la sencilla ejecución de nuestra voluntad podemos ejercer un poder benéfico prácticamente ilimitado”, etc., etc. A partir de este punto se elevaba, me arrastraba con él. La oratoria era

soberbia, aunque algo difícil de seguir, ya saben. Me producía la impresión de una exótica Inmensidad regida por una augusta Benevolencia. Me hacía vibrar de entusiasmo. Éste era el ilimitado poder de la elocuencia—de las palabras—de las ardientes y nobles palabras. No había prácticos epígrafes que interrumpieran el mágico caudal de las oraciones, a menos que una especie de nota al pie de la última página, escrita obviamente mucho más tarde por una mano nada firme, pudiera considerarse como la justificación de un método. Era muy sencilla, aparecía tras una emotiva llamada a toda suerte de sentimientos altruistas, y ardía ante ti, luminosa y aterradora, como lo haría un rayo en medio de un cielo sereno: “Estos animales, ¡que los exterminen!” Lo curioso del asunto es que debía de haberse olvidado de esta valiosa posdata, porque posteriormente, cuando, en cierto sentido, recorrió la cordura, me rogó repetidamente que cuidara especialmente de mi panfleto (así dijo), porque estaba seguro de que en el futuro influiría beneficiosamente en su reputación. Fui informado cumplidamente de todas estas cosas; además, sucedió que hube de ocuparme de sus recuerdos. He hecho tanto por ellos que creo tener el derecho a depositarlos, si así lo deseo, en el cubo de la basura del progreso, para su descanso eterno, con todos los desperdicios y, hablando de forma figurada, los gatos muertos de la civilización. Pero ya ven, no puedo elegir. No se le olvidará. Fuera lo que fuera, no se trataba de alguien vulgar. Tenía el

poder de encantar o aterrorizar a las almas más sencillas para que bailaran una exasperante danza de brujas en su honor, e incluso sabía llenar de amarga desconfianza las almas pequeñas de los peregrinos; tuvo al menos un amigo, supo conquistar un alma que no era ni sencilla ni estaba viciada por el interés propio. No, no puedo olvidarlo, aunque tampoco puedo afirmar que el individuo mereciera la vida que se sacrificó por ir a buscarlo. Echaba de menos a mi difunto timonel, mucho; lo echaba de menos incluso cuando su cuerpo estaba todavía en el cuarto de derrota. Quizá les pareciera demasiado extraño este pesar por un salvaje que era, después de todo, tan importante como un grano de arena en un Sáhara negro. Pues bien, quizá no lo hayan advertido, pero había hecho algo, había mantenido el rumbo; durante meses estuvo detrás de mí: una ayuda, un instrumento. Era una especie de compañero. Él mantenía el rumbo, yo me preocupaba de él, subvenía a sus deficiencias, de esta forma se había formado un sutil vínculo de cuya importancia sólo me di cuenta cuando se disolvió bruscamente. Todavía hoy permanece en mi recuerdo la íntima profundidad de aquella mirada que me echó en el momento en que recibió la herida, como la reclamación de un parentesco lejano confirmado en un momento decisivo.

»¡Pobre tonto! Si no se hubiera acercado a la ventanilla. Carecía de moderación, de moderación—como Kurtz—, era un árbol al viento. En cuanto me hube

puesto unas zapapillas nuevas. Lo saqué a rastras, después de arrancarle la lanza del costado, operación que, lo confieso, llevé a cabo con los ojos cerrados. Los talones saltaron simultáneamente sobre el tranco de la puerta. Llevaba sus hombros apretados contra mi pecho, me abrazaba a él de forma desesperada. ¡Ah!, cómo pesaba, cómo pesaba, era el individuo que más pesaba sobre la tierra, supongo. Después, sin más ceremonias, lo arrojé por la borda. La corriente se apoderó de él como si hubiera sido una hierbecilla, vi cómo el cuerpo daba un par de vueltas, lo perdí de vista para siempre.

Todos los peregrinos y el gerente estaban congregados sobre el tejadillo, en torno al cuarto de derrota, hablando como un coro de urracas: hubo un escandalizado murmullo acerca de mi despiadado apresuramiento. No soy capaz de imaginarme para qué querían guardar el cuerpo. Quizá para embalsamarlo. Pero había oído otro rumor no menos siniestro en la cubierta inferior. Mis amigos los leñadores también se habían escandalizado, con algo más de razón; aunque he de decir que la propia razón, en este caso, era considerablemente inadmisiblemente. Considerablemente, ¡ya lo creo!, había decidido yo que si alguien iba a comerse al timonel, serían los peces. En vida, había sido un timonel muy mediocre, pero muerto quizá se habría convertido en una tentación de primera clase, quizá hubiera dado ocasión a alguna clase de problema. Además, tenía prisa por regresar al timón, el del pijama rosa había demostrado ser un completo inútil.

»Eso es lo que hice en cuanto hubo terminado el sencillo funeral. Avanzábamos a media máquina, manteniéndonos en medio de la corriente, y atendía a lo que decían a mi alrededor. Daban por perdido a Kurtz, el puesto, seguro que todo había ardiendo, etc., etc. El peregrino pelirrojo estaba como loco con la idea de que al menos habían vengado adecuadamente al pobre Kurtz.

»¡Yayal, seguro que hemos hecho una verdadera carnicería en la jungla, ¿no creen?, ¿eh?

»El matasiete pelirrojo, el muy bribón, daba saltos de alegría. ¡Y casi se había desmayado cuando vio al herido! No me privé de decir:

»—Humo sí que hicieron, desde luego.

»Había advertido, por la forma en que se movía el extremo superior de los arbustos, por las hojas que volaban, que todos los disparos habían pasado muy altos. No se puede acertar en el blanco a menos que uno apoye la culata en el hombro, y apunte, pero estos individuos habían estado disparando con los ojos cerrados, apoyando el fusil en la cadera. Yo mantenía, con toda razón, que la retirada la había causado el ruido de la sirena del barco. Al oír esto, se les olvidó Kurtz, y comenzaron a gritarme indignados.

»El gerente estaba junto al timón susurrando confidencialmente algo respecto de la conveniencia de alejarse lo más posible río abajo antes de que se hiciera de noche; de repente vi a lo lejos un claro en la orilla, y la forma de alguna especie de edificación.

»—¿Qué es eso? —pregunté.

»—¡El puestro! —gritó, comenzó a dar palmas de alegría. Viré el rumbo al momento, todavía a media máquina.

»A través de los anteojos vi la falda de una colina en la que había algún árbol, pero que estaba completamente limpia de maleza. En lo alto había un edificio alargado, algo descuidado, medio sepultado por la hierba; de lejos se veían los negros bostezos de los agujeros del inclinado tejado, tras él, al fondo, se veía la jungla, el bosque. No había ninguna clase de cerca, pero era obvio que la había habido, porque no lejos de la casa quedaba una fila, no muy bien concertada, de finos postes, media docena, rematados por unas tallas esféricas de carácter ornamental. La empalizada o lo que quiera que fuera había desaparecido. La jungla rodeaba todo aquello, por supuesto. La orilla estaba vacía, cerca del agua se veía un blanco bajo un sombrero no inferior a una rueda de carro que hacía señas sin descanso con el brazo derecho. Al examinar el borde de la jungla, arriba y abajo, casi habría podido asegurar que había algún movimiento, formas humanas que se deslizaban aquí y allá. Avancé un poco con prudencia, paré las máquinas, y dejé que el impulso acercara el barco a la orilla. El de la orilla comenzó a gritar, nos apremiaba para que nos acercáramos.

»—Nos han atacado —gritó el gerente.

»—Ya lo sé... lo sé, pero todo está en orden —contestó

[236]

gritando el otro, muy contento—. Acérquense, vengan, no hay ningún problema. Me alegro de verlos.

»Tenía un aspecto que me recordaba algo que yo había visto... algo gracioso que había visto con anterioridad. Mientras maniobraba para poder atracar, no dejaba de preguntarme: ¿A qué me recuerda? De repente me di cuenta. Parecía un arlequín. Iba vestido con algo que había sido una holanda cruda, pero que estaba completamente cubierta con remiendos, remiendos chillones —azul, rojo y amarillo—: espalda, frente, codos, rodillas, todos los remates de la chaqueta estaban llenos de colorido, y escarlata era el remate del pantalón; y la luz del sol le hacía parecer extraordinariamente alegre, además de extraordinariamente limpio, porque se veía lo bien que estaban hechas las costuras de los remiendos. Una cara infantil e imberbe, rubio, sin rasgos muy definidos, la nariz pelada, ojillos azules; en aquella cara inocente las sonrisas y los gestos de preocupación se seguían unas a otros como se siguen luces y sombras en una llanura barrida por los vientos.

»—¡Cuidado, capitán! —gritó—, anoche dejaron ahí un árbol.

»¿Cómo!, ¿otro escollo? Confieso que comencé a maldecir sin pudor. Casi le había abierto una vía de agua a mi cafetera, para rematar este encantador viaje. El arlequín de la orilla dirigió su nariz respingona hacia mí.

»—¿Inglés? —preguntó todo sonrisas.

[237]

»-¿Usted? -grité desde el timón.

»Desaparecieron las sonrisas, y respondió que no con la cabeza, como si estuviera abatido por mi decepción. A continuación se animó.

»-¡No importa! -gritó dando ánimos.

»-¿Llegamos a tiempo? -pregunté.

»-Estrá ahí arriba -replicó señalando hacia arriba con un movimiento de la cabeza, nuevamente abatido de repente. Aquella cara parecía un cielo otoñal: nublada un rato, despejada al momento.

»Cuando el gerente se hubo alejado hacia la casa, escoltado por los peregrinos, todos ellos armados hasta los dientes, el individuo subió a bordo.

»-¿Sabe?, no me gusta, los indígenas están emboscados en la jungla -dije.

»Me aseguré con gran seriedad que no había ningún problema.

»-Son gente sencilla -agregó-. Me alegro de que hayan venido. Me he pasado todo el rato manteniéndolos lejos.

»-Pero ¿no ha dicho que estaba todo en orden? -exclamé.

»-Ah, pero no tienen malas intenciones -dijo, y al darse cuenta de que me quedaba mirándolo, añadió:- No exactamente -dijo muy animado-: ¡Sí, este cuarto necesita una buena limpieza!

»Sin pausa me informé de que debía mantener el vapor a punto para poder emplear la sirena en caso de que hubiera problemas.

»Un buen toque de la sirena será de mayor utilidad que todos los fusiles juntos. Son gente sencilla -repetió.

»Me sentía abrumado por la velocidad de sus palabras. Parecía que intentaba resarcirse del mucho silencio; de hecho, vino a decir que eso es lo que le pasaba.

»-¿Es que no habla con Mr. Kurtz? -dije.

»-Con ese hombre no se habla... se le escucha -exclamó francamente exaltado-. Pero ahora... -movió el brazo, y en un abrir y cerrar de ojos se halló en el más profundo abatimiento.

»Sin embargo, no tardó mucho en volver a animarse: se apoderó de mis dos manos, y las estrechó mientras hablaba de forma casi incoherente:

»-Hermano marino... honor... placer... encantado... presentarme... ruso... hijo de un arcipreste... Gobierno de Tambov... ¡Cómo! ¡Tabaco! ¡Tabaco inglés, el excelente tabaco inglés! Esto sí que es fraternidad, gracias. ¡Fumar! Quien dice marino dice tabaco.

»La pipa lo tranquilizó poco a poco, pude enterarme de que se había escapado del colegio, que se había embarcado en un barco ruso, había vuelto a escaparse, había servido en barcos ingleses durante un tiempo, y hacía poco que se había reconciliado con el arcipreste. Insistió en esto.

»-Pero cuando se es joven hay que ver las cosas, tener experiencias, ideas, ensanchar la mente.

»-¿Aquí? -lo interrumpí.

«¡Nunca se sabe!, aquí es donde encontré a Mr. Kurtz—dijo con solemnidad y severidad juveniles.

»Lo pensé dos veces antes de hablar después de esto. Al parecer había persuadido a alguien en una casa comercial holandesa para que lo equipara con algunas mercancías y provisiones, y se había internado en el país con el corazón alegre y con tanta idea de lo que podría ocurrirle como la que pudiera tener un niño. Durante dos años había estado vagando solitario por aquel río, separado de todo y de todos.

»No soy tan joven como parezco. Tengo veinticinco años—dijo—. Al principio el bueno de Van Shuyten me mandó al infierno—narró con buen humor—, pero no lo dejé en paz, y hablé sin parar, creo que pensé que iba a aburrir hasta a su perro favorito, de forma que me dio algunas baratijas y unas cuantas armas, me dijo que tenía la confianza de que no volvería a ver mi cara. El bueno del holandés, Van Shuyten. Le envié una carga de marfil hace un año, para que no me llame ladronzuelo cuando regrese. Los demás, no me importan. Les dejé una pila de leña. Era mi antigua casa. ¿La vieron?

»Le entregué el libro de Towson. Hizo además de besarme, pero se detuvo.

»—El único libro que me quedaba, y creía que lo había perdido—me dijo mientras lo miraba con arrobo—. Son tantos los accidentes que pueden sucederle a quien viaja solo, ya sabe. A veces vuelcan las canoas, a veces hay que salir corriendo cuando se alborota la gente—pasó las páginas.

»—¿Están escritas en ruso esas notas?—pregunté. Afirmó con la cabeza—. Creía que se trataba de una clave—le dije.

»Se rió, y a continuación se puso serio.

»—Me ha costado mucho mantener alejada a esa gente—dijo.

»—¿Han querido matarlo?—pregunté.

»—¡No, no!—exclamó, luego se quedó callado.

»—¿Por qué nos han atacado?—prosegui.

»Se quedó dudando, y luego, con timidez, dijo:

»—No quieren que se vaya.

»—¿No quieren?—pregunté con curiosidad.

»Asintió con la cabeza, lleno de misterio y sabiduría.

»—Yá se lo he dicho—exclamó—, ha enriquecido mi mente.

»Extendió los brazos, y se me quedó mirando con sus ojos azules perfectamente redondos.

III

»Me quedé mirándolo, atónito ante lo que veía. Era algo increíble, allí estaba, lleno de entusiasmo, aparecía ante mí con aquel colorido que le hacía parecer como si acabara de escaparse de una *troupe* de cómicos. Su propia vida era un puro azar, inexplicable, enigmática. Un problema sin solución. Era inconcebible pensar que hubiera podido vivir, a su manera no

era poco mérito que hubiera llegado tan lejos, y era no menos misteriosa su capacidad para sobrevivir, para no desaparecer al momento.

»—Me fui lejos —decía—, después me fui todavía un poco más lejos... hasta que me di cuenta de que estaba tan lejos que ahora ya no sé si sabré volver. Pero no importa, ¡tiempo sobra!, ya me las arreglaré. Llévense a Kurtz aprisa, aprisa, hágame caso.

»Envolvía la magia de la juventud aquellos harapos policromados, la pobreza, la soledad, la esterilidad fundamental de sus fútiles vagabundeos. Durante meses, durante años, su vida no había valido nada; pero ahí estaba, lleno de valor, impensadamente vivo, y, a juzgar por las pruebas, indestructible, debido únicamente a la virtud de sus escasos años, y a su inflexiva audacia. Se adueñó de mí la admiración, la envidia. Seguía vivo gracias a esa magia, y esa misma magia era la que lo mantenía indemne. Seguro que la jungla no le ofrecía nada, excepto espacio para respirar, fuerza para continuar. Sus únicas necesidades eran vivir y seguir avanzando mientras corría los mayores riesgos posibles, pasando las mayores privaciones. Si el espíritu de aventura, absolutamente puro, desinteresado y poco práctico, ha reinado sobre algún ser humano, ha sido sin duda sobre este joven lleno de remiendos. Casi llegué a envidiarle la posesión de esa luz humilde y clara. Parecía haber quemado de forma tan completa esa luz toda idea acerca del yo, que, incluso cuando hablabas con él, olvidabas

que era él, la persona ante ti, quien había tenido todas esas experiencias. No obstante, no le envidiaba la devoción por Kurtz. No había pensado él en eso. Le sobreviví, la aceptó con una suerte de ávido fatalismo. Debo decir que a mí me pareció, desde cualquier punto de vista, lo más peligroso con lo que se había encontrado hasta el momento.

»Era inevitable que hubieran coincidido, como dos barcos atrapados en una calma, uno junto al otro. Creo que Kurtz lo que quería era público que le escuchara, porque en cierta ocasión, acampados en la jungla, habían pasado la noche hablando, o lo más probable es que Kurtz se pasara la noche hablando.

»—Hablamos de todo —dijo extasiado ante el recuerdo—. Hasta se me olvidó lo de dormir. No me pareció que hubiera durado la noche ni una hora. ¡De todo!, ¡de todo...! Hasta del amor.

»—¡Ah, con que le habló del amor! —le dije muy divertido.

»—No es lo que usted piensa —gritó casi enfadado—. Era de forma general. Me hizo comprender cosas... cosas.

»Levantó los brazos. Estábamos en la cubierta, el jefe de los leñadores, que estaba descansando allí cerca, dirigió hacia él sus ojos brillantes y perezosos. Dejé vagar la mirada, no sé por qué, pero les aseguro que nunca antes esta tierra, este río, esta jungla, el propio arco del claro cielo, me habían parecido tan imposibles, tan oscuros, tan impenetrables para el

pensamiento del hombre, tan despiadados con las debilidades humanas.

»—Desde entonces no se ha separado de él, supongo —dije.

»Todo lo contrario. Parece ser que su relación había sufrido varias interrupciones por diferentes motivos. Me informó con orgullo de que lo había atendido durante dos enfermedades (aludíó a ello como si se tratara de algo muy peligroso), pero en general Kurtz se internaba en la jungla completamente solo.

»—A menudo, cuando me acercaba al puesto tardaba muchos días en aparecer —dijo—. ¡Ah!, pero merecía la pena la espera... a veces.

»—¿Qué hacía?, ¿exploraba o qué? —pregunté.

»Sí, claro que sí, había descubierto montones de pueblos, e incluso un lago... aunque no sabía exactamente en qué dirección estaba; era peligroso hacer demasiadas preguntas... el marfil había sido el objetivo de la mayoría de las expediciones.

»—Pero por entonces ya no había mercancías con las que comerciar —dije.

»—Hay un buen puñado de cartuchos todavía —respondió desviando la mirada.

»—Hablando claro: arrasó el país —dije. Asintió con la cabeza.

»—¡Pero no solo, por supuesto! —murmuró algo acerca de unos pueblos próximos al lago.

»—Kurtz hizo que lo siguiera toda una tribu, ¿no? —sugerí. Hizo unos movimientos nerviosos.

»—Lo adoraban —dijo. El tono de estas palabras me pareció tan extraordinario que me quedé mirándolo atentamente. Era curioso, hablaba sobre Kurtz de mala gana, pero con vehemencia. Aquel hombre era su vida, no pensaba en otra cosa, gobernaba sus emociones.

»—¡No es tan extraño! —estalló—. Se acercaba a ellos entre rayos y truenos, ya me entiendo, en la vida habían visto nada parecido, todo era aterrador. Sabía ser aterrador. No puede juzgarse a Mr. Kurtz con el mismo rasero que a otro cualquiera. ¡No, no y no! Bien, para que se haga una idea, no me importa contárselo: un día quiso matarme de un tiro... pero yo no lo juzgo por eso.

»—¡Matarlo de un tiro! —grité—. ¿Por qué motivo?

»—Nada, yo tenía algo de marfil que me había regalado un jefe de un poblado vecino. Porque yo solía cazar algo para ellos. Pues bueno, se enteró y me lo reclamó, no atendía a razones. Anunció que iba a matarme de un tiro, a menos que le diera todo, y que me fuera del país. Podía hacerlo, era su capricho, no había poder sobre la tierra que impidiera que matara a quien le diera la real gana. Además hablaba en serio. Le di todo el marfil. ¡A mí qué me importaba! Pero no me fui. No, no. No podía dejarlo solo. Tuve que tener cuidado, eso sí, hasta el momento en que nos reconocíamos. Durante su segunda enfermedad! Después me mantuve alejado, pero no me preocupaba. En aquella época vivía la mayor parte del tiempo en los poblados del lago. Cuando regresaba al río, a veces me trataba

bien, otras tenía que tomar precauciones. El pobre sufría enormemente. Detestaba todo esto, pero, en cierta forma, no podía irse. Cuando podía, le rogaba que se fuera mientras estuviera a tiempo, me ofrecí incluso para regresar con él. Me decía que sí, pero se quedaba, luego se marchaba en una expedición en busca de marfil, desaparecía durante semanas, se olvidaba de sí entre esas gentes... se olvidaba de sí, ya sabe.

«¡Buena!, está loco —dije.

»Protestó indignado. Mr. Kurtz no podía estar loco. Si lo hubiera oído hablar tan sólo hace dos días, no me habría atrevido a insinuar nada semejante... Había cogido de nuevo los anteojos mientras hablábamos, los dirigí hacia la orilla, recorrí el contorno de la jungla, a los lados y al fondo, tras la casa. La conciencia de que había alguien en aquella jungla tan silenciosa, tan tranquila, tan callada e inmóvil como la casa de la colina, me hacía sentirme inquieto. No había señal alguna, en la cara de la naturaleza, que convalidara este cuento sorprendente, que, más que contado, se sugería mediante desconcertadas exclamaciones, se completaba mediante encogimientos de hombros, mediante frases entrecortadas, mediante insinuaciones que concluían en profundos suspiros. El bosque estaba inmóvil como una máscara, opresivo como la puerta de una cárcel; nos contemplaba como si albergara un conocimiento oculto, una paciente espera, como si fuera dueño de un silencio inabordable. El ruso me explicaba que Mr. Kurtz había regresado

recientemente al río, que se había traído a todos los guerreros de la tribu del lago. Había estado ausente durante meses, para que lo adoraran en algún lugar, supongo; había regresado de repente, con la intención de preparar una expedición al otro lado del río, o río abajo. Es evidente que el apetito por obtener más marfil se había adueñado de, ¿cómo decirlo?, del resto de sus otras aspiraciones menos materiales. Pero desdichadamente había empeorado de repente.

«Me dijeron que no se levantaba, me acerqué, había que aprovechar la oportunidad —dijo el ruso—. Pero está grave, muy grave.

»Dirigí los anteojos hacia la casa. No había señales de vida, se veía el tejado deteriorado, la larga pared de barro que apenas asomaba sobre la hierba, con tres irregulares tragaluces cuadrados, todo esto se acercaba como al alcance de la mano, o eso parecía. Entonces hice un movimiento brusco, de los postes que quedaban de la desaparecida cerca se introdujo uno en el campo de visión. Recordarán que les dije que me habían sorprendido, de lejos, ciertas pretensiones ornamentales, dignas de tener en cuenta si se consideraba el aspecto ruinoso del conjunto. De repente los veía mucho más cerca, y la primera consecuencia fue retirar la cabeza como si alguien estuviera a punto de darme un golpe. A continuación, con los anteojos, repasé cuidadosamente los postes, uno por uno, me di cuenta de mi error. Las esferas talladas no eran ornamentales, sino simbólicas, eran expresivas y

enigmáticas, sorprendentes e inquietantes: alimento para el pensamiento, pero también para los buitres, en el caso de que hubiera habido alguno por el cielo; en todo caso, lo eran para las hormigas que se tomaran la molestia de trepar por el palo. Pero si no hubieran estado mirando hacia la casa, habrían sido todavía más impresionantes aquellas cabezas insertadas en los palos. Sólo una, la primera que había visto, estaba vuelta hacia donde yo me hallaba. No estaba yo tan impresionado como ustedes pueden creer. El movimiento que había hecho había sido de sorpresa más que de otra cosa. Esperaba ver una talla de madera, ya saben. Dirígl los anteojos deliberadamente hacia la primera que había visto; allí estaba: negra, seca, arrugada, con los ojos cerrados; se trataba de una cabeza que parecía dormir sobre aquel palo, cuyos labios arrugados y secos descubrían una fina hilera de dientes, además sonreía, sonreía sin cesar, como si disfrutara de un infinito y jocoso sueño en aquel eterno reposo.

»No estoy revelando ningún secreto comercial. El propio gerente dijo después que los métodos de Mr. Kurtz habían devastado aquella comarca. Sobre eso no tengo nada que decir, pero quiero que comprendan, con toda claridad, que no había nada exactamente productivo en el hecho de que estuvieran allí aquellas cabezas. Lo único que mostraban era que Mr. Kurtz no conocía la moderación a la hora de satisfacer sus variadas pasiones, que carecía de algo: de algo sin duda menor, pero que cuando se presentaba la acuciante

necesidad no se hallaba entre el repertorio de su magnífica elocuencia. No sabría decir si él era consciente de esta deficiencia. Pero creo que finalmente llegó a darse cuenta de ello, en el último momento. Pero la jungla había sabido conocerlo al momento, y se había vengado en él de forma aterradora por la fantástica invasión. Creo que le había susurrado al oído cosas acerca de sí mismo de las que no era consciente, cosas de las que nada sabía hasta que se dejó asorar por esta inmensa soledad: y el susurro había resultado poseer una irresistible fascinación. Resonó intensamente en su interior, porque su corazón estaba hueco... Dejé los anteojos, aquella cabeza con la que casi habría podido hablar pareció saltar de repente hacia la lejanía de una distancia inaccesible.

»El admirador de Mr. Kurtz estaba un tanto abatido. Con voz vehementemente pero confusa quiso convencirme de que no se había atrevido a bajar estos... llamémoslos símbolos. No temía a los nativos, no se habrían atrevido a mover un dedo a menos que Mr. Kurtz se lo ordenase. Su autoridad era extraordinaria. Había campamentos de estas gentes por todas partes, los jefes se acercaban a diario a verlo. Se arrastraban...

»No quiero saber nada del protocolo que se exigía para ver a Mr. Kurtz—grité. Es curioso, me invadió un sentimiento de que tales detalles me serían más intolerables que las cabezas que se consumían en las estacas ante las ventanas de Mr. Kurtz. Después de todo, se trataba de un espectáculo salvaje, mientras que yo

tenía la sensación de haber sido transportado de golpe a una oscura región de sutiles horrores, donde el salvajismo puro, sin complicaciones, era un auténtico consuelo, pues se trataba de algo que tenía derecho a manifestarse, obviamente, a plena luz del día. El joven me miraba sorprendido. Me imagino que no se le había ocurrido pensar que Mr. Kurtz no era ningún ídolo para mí. Se le había olvidado que yo no había escuchado ninguno de esos esplendidos soliloquios acerca de, ¿de qué?, del amor, la justicia, las normas de conducta... de todo. Si de arrastrarse ante Mr. Kurtz se trataba, la verdad es que se arrastraba como el más salvaje de todos ellos. No tenía ni idea de las circunstancias, dijo: eran cabezas de rebeldes. Lo sorprendí inmensamente con mis risas. ¡Rebeldes! Ahora sí que no esperaba oír nuevas definiciones. Habían sido enemigos, delincuentes, obreros... ahora resulta que eran rebeldes. La verdad es que aquellas rebeldes cabezas, allí, sobre la punta de los palos, me parecían muy pacíficas.

«—No conoce usted las pruebas a las que ha tenido que someterse un hombre de la eminencia de Kurtz —exclamó su último discípulo.

«—No, pero ¿y qué hay de usted? —dije.

«—¿Yo?, ¡yo!, soy un hombre sencillo. No tengo grandes ideas. No pido nada a nadie. ¿Cómo se atreve a compararme a...? —Parecía como si sus sentimientos ya no pudieran expresarse con palabras, de repente sufrió una crisis—. No lo comprendo —gimió—. He

hecho lo que he podido para mantenerlo vivo, y basta. No tengo nada que ver con esto otro. No estoy capacitado. Durante meses no ha habido aquí ni gota de medicina, ni un bocado de alimento en condiciones. Era una vergüenza el abandono en que estaba. Un hombre como él, con sus ideas. ¡Una vergüenza! ¡Una vergüenza! Hace diez noches que... que no... que no he dormido...

«La voz se diluyó en la calma del atardecer. La alargada sombra del bosque se había deslizado colina abajo mientras conversábamos, había dejado atrás la deteriorada choza, la simbólica hilera de palos. Todo estaba envuelto en sombras, mientras que nosotros aún recibíamos la luz solar, y el río se extendía en ambos sentidos ante el claro, brillando con calma y cegador esplendor, con una confusa y sombría curva a cada extremo. No se veía un alma sobre la orilla. No se movía ni una hoja.

«De repente, aparecieron unos hombres junto a una esquina de la casa, como si hubieran brotado del suelo. Hundidos hasta la cintura entre la hierba, muy juntos, caminaban con dificultad, llevaban entre ellos una camilla improvisada. Al momento, en el vacío del paisaje, desde la jungla se elevó un grito que perforó el aire inmóvil como una flecha que hubiera volado hasta el propio corazón de aquella tierra. Como por ensalmo invadieron el claro, desde el sombrío y melancólico bosque, verdaderos torrentes de seres humanos —seres humanos desnudos—, con lanzas, con

arcos, con escudos, con miradas amenazadoras y movimientos felinos. Se agitaban las ramas, durante un momento se vencía la hierba, después, con observadora inmovilidad, todo quedó en calma.

»Si no dice ahora las palabras adecuadas, estamos perdidos —dijo el ruso junto a mí. También se había parado el grupo de la camilla, a medio camino hacia el vapor, como si estuviera petrificado. Advertí que el de la camilla se había sentado, era flaco, y había levantado un brazo; se elevaba sobre los hombros de los porteadores.

»—Confíemos en que quien tan bien sabe hablar sobre el amor en general sepa hallar una razón particular para perdonarnos por esta vez —dije.

»Me indignaba amargamente el absurdo peligro de nuestra situación, como si estar a merced de aquel atroz fantasma hubiera sido una obligación deshonrosa. No se oía ni un ruido, pero con los anteojos vi que el flaco brazo se extendía de forma imperiosa, la maníbulas inferior se movía, los ojos de aquella aparición brillaban oscuramente en la lejanía en aquella cabeza descarnada, que asentía con grotescos movimientos bruscos. Kurtz... Kurtz... eso quiere decir corto en alemán, ¿no? Pues bien, incluso el nombre era tan sincero como el resto de su vida... y de su muerte. Media por lo menos siete pies. La sábana, al caerse, dejaba ver el cuerpo que energía, lamentable y sorprendente, como de una mortaja. Veía la caja torácica, en la que se movían las costillas; los huesos del brazo se agitaban.

[252]

Era como una imagen animada de la muerte tallada en marfil envejecido que estuviera moviendo la mano amenazadora ante una inmóvil muchedumbre de hombres de oscuro bronce deslumbrante. Abría la boca de oreja a oreja: le otorgaba un raro aspecto de voracidad, como si hubiera querido tragarse todo, el aire, la tierra, los hombres ante él. Débilmente, me llegaba una voz grave. Debía de estar chillando. De repente se reclinó. La camilla se estremeció cuando los porteadores reanudaron la marcha, casi simultáneamente advertí que la muchedumbre de salvajes se desvanecía sin que hubiera ni un solo movimiento perceptible de retirada, como si el bosque, que había espigado tan de repente a esos seres, los hubiera recuperado de nuevo, mediante una prolongada inspiración.

»Unos peregrinos que marchaban tras la camilla llevaban las armas de Mr. Kurtz: dos escopetas, un fusil de caza mayor, una pistola-revolver: los rayos del lamentable Júpiter. El gerente se inclinaba sobre él, murmuraba algo mientras caminaban. Lo dejaron en uno de los camarotes pequeños: con sitio suficiente para la cama y una o dos banquetas plegables, ya saben. Le habíamos traído la correspondencia atrasada, la cama estaba inundada de sobres rotos y cartas. La mano rebuscaba entre los papeles. Me llamó poderosamente la atención el fuego de los ojos, la circunspecta languidez de la expresión. No era la postulación de la enfermedad. No parecía que sufriera dolores. La sombra parecía saciada y en calma, como si hubiera

[253]

tenido, de momento, todas las emociones que hubiera querido.

»Agió una de las cartas, y, mirándome fijamente, dijo:

»—Me alegro.

»Alguien le había escrito algo acerca de mí. Volían a aparecer aquellas recomendaciones especiales. El volumen del tono que emitía sin esfuerzo, apenas moviendo los labios, me sorprendía. ¡Qué voz! ¡Qué voz! Grave, profunda, vibrante, y ni siquiera parecía capaz de emitir un susurro. Sin embargo, aún tenía fuerza suficiente, fingida, por supuesto, para acabar con todos nosotros, o casi, como oírán inmediatamente.

»El gerente apareció en el umbral, no abrió la boca, yo me fui al momento, corrió la cortina tras mi salida. El ruso, a quien observaban con curiosidad los peregrinos, miraba fijamente hacia la orilla. Seguí el curso de la mirada.

»A lo lejos podían distinguirse oscuras formas humanas, que se movían con rapidez ante el sombrío bosque; cerca de la orilla, bajo el sol, apoyadas en largas lanzas, protegidas por fantásticos tocados hechos con pieles moteadas, dos figuras de bronce, temibles pero inmóviles, reposaban como estatuas. De derecha a izquierda a lo largo de la luminosa orilla caminaba una suntuosa, una gloriosa aparición femenina.

»Caminaba con pasos cortos, iba ataviada con telas de rayas rematadas en orlas, se movía sobre la tierra

con orgullo, se oía el leve rumor de los bárbaros adornos, que destellaban. Llevaba la cabeza erguida, el cabello imitaba un casco; llevaba ajorcas de bronce hasta las rodillas, los antebrazos los cubría un guante de alambre; en la ambarina mejilla lucía una mancha color carmesí; en el cuello eran innumerables los collares de cuentas de cristal, de abigarrados colores, amuletos, regalos de los brujos, todo ello se estremecía y destellaba a cada paso. Debía de llevar sobre el cuerpo el valor de varios colmillos de elefante. Era salvaje, soberbia, con ojos intensos y espléndidos; había algo proféticamente inquietante y solemne en su deliberado caminar. En la quietud que había descendido repentinamente sobre la triste tierra, la inmensa jungla, el cuerpo colosal de la misteriosa y fecunda vida, parecía mirarla, melancólica, como si estuviera viendo la imagen de su propia alma apasionada y tenebrosa.

»Llegó a la altura del vapor, se quedó quieta, nos miró. La sombra alargada se proyectaba hasta el borde del agua. La cara tenía un aspecto hostil y trágico, estaba poseída de una tristeza ingobernable; y de un dolor sordo, que se mezclaban con el temor ante una resolución que pugnaba por establecerse, que aún no se había formado del todo. Se quedó mirándonos sin moverse; como la propia jungla, tenía el aire de meditar con inescrutables intenciones. Transcurrió un minuto, avanzó un paso. Hubo un tintineo apenas audible, un destello de metal amarillo, una vacilación de orlas, se detuvo, como si no se atreviera. Junto a mí

gruñía el joven. Detrás de mí murmuraban los peregrinos. Se quedó mirándonos, como si su vida dependiera de la firmeza indeclinable de su mirada. De repente alzó los brazos desnudos, rígidos, sobre la cabeza, como si la poseyera el incontrolable deseo de tocar el cielo; y a la vez las ágiles sombras de los brazos salieron de la tierra, se acercaron a la orilla, rodaron el vapor con un sombrío abrazo. Se cernía sobre la escena un formidable silencio.

»Lentamente se dio la vuelta, siguió caminando por la orilla del río, se internó en la maleza por la izquierda. Sólo una vez, antes de desaparecer, dirigió hacia nosotros el destello de sus ojos, mientras se internaba en el crepúsculo de la vegetación.

»—Si hubiera pedido permiso para subir a bordo, creo que habría disparado —dijo nervioso el de los remiendos—. Durante un par de semanas ha corrido peligro mi vida, por querer mantenerla alejada de la casa. Un día alborotó todo por culpa de unos tristes trapos que había cogido yo del almacén para arreglarme la ropa. Los necesitaba. Supongo que sería por eso, porque durante una hora, hecha una furia, no dejó de señalarme mientras hablaba con Kurtz. No entiendo el dialecto de su tribu. Afortunadamente para mí, aquel día Kurtz estaba muy mal, si no, habría habido alguna desgracia. No comprendo... no... es superior a mí, ah, bueno, ya ha terminado.

»En ese momento se oyó la grave voz de Kurtz tras la cortina:

[256]

»—¡Sálveme, salve el mástil, querrá decir! ¡No me diga sálveme, sálveme! Ya lo he salvado una vez. Está retrasando mis proyectos. Enfermo. Enfermo. No estoy tan enfermo como les gustaría. Pero no importa. Pondré en práctica mis ideas... volveré. Les mostraré lo que puede hacerse. Ustedes con sus ideas de vendepeines... están estoibándome. Volveré...

»Saltó el gerente. Me hizo el honor de cogerme por el brazo, y llevarme aparte.

»—Está grave, muy grave —dijo. Consideró que era necesario suspirar, pero desestimó lo de mostrarse tremendamente afligido—. Hemos hecho por él todo lo que hemos podido, ¿no? Pero no pueden ocultarse las cosas, Mr. Kurtz le ha hecho más mal que bien a la Compañía. No se dio cuenta de que no había llegado el momento de esta clase de acción tan violenta. Prudencia. Prudencia. Ése es mi principio. Aún debemos ser prudentes. Esta comarca nos estará prohibida durante un tiempo. Deplorable. El comercio se resentirá, en conjunto. No diré yo que no haya una buena cantidad de mástil, fósil la mayoría. En todo caso, hemos de llevarlo, pero la situación se ha vuelto muy precaria... y ¿por qué? Porque el método era incorrecto.

»—¿Dice usted —dije mientras miraba hacia la orilla— que el método era incorrecto?

»—Exactamente —exclamó con vehemencia—. ¿No cree usted...?

»—Creo que no había método —murmuré tras un silencio.

[257]

»¡Justo! —exclamó exultante—. Ya lo había dicho yo. Ha mostrado una completa carencia de juicio. Considero que mi deber es comunicarlo en el lugar adecuado.

»Ah —dije—, éste, el de los ladrillos, ¿cómo se llama?, podrá hacerle un informe legible.

»Por un momento pareció no entender. Pensé que nunca antes había respirado un aire tan envilecido; mentalmente orienté mis ideas hacia Kurtz, en busca de alivio, un alivio cierto.

»A pesar de todo, creo que Mr. Kurtz es un hombre muy notable —dije con cierto énfasis.

»Se sobresaltó, me dirigió una mirada glacial, dijo con mucha calma:

»—*Era.*

»Me dio la espalda. Había concluido mi momento de gracia; me hallé en compañía de Kurtz, otro partidario de aquellos métodos para los que aún no había llegado el momento, que no eran correctos. Aquello era absurdo. Ah, pero ya era algo el poder elegir mi propia pesadilla.

»En realidad me había quedado con la jungla, no con Mr. Kurtz, quien, nada me costaba admitirlo, para el caso era como si ya estuviera enterrado. Por un momento me pareció como si yo mismo estuviera enterrado en una inmensa tumba llena de inconfesables secretos. Me oprimía el pecho un peso intolerable: el olor de la tierra húmeda, la presencia invisible de la corrupción triunfante, la oscuridad de una noche

impenetrable... El ruso me dio un golpecito en el hombro. Escuché un tartamudeo algo confuso que decía algo así como:

»—Hermano... no se puede ocultar... el conocimiento de ciertos asuntos que afectará a la reputación de Mr. Kurtz.

»Esperé. Para él era obvio que Mr. Kurtz no estaba en la tumba; creo que para él Mr. Kurtz era uno de los inmortales.

»Bueno —le dije por fin—, hable. En cierta forma, sucede que soy uno de los amigos de Mr. Kurtz.

»Afirmó, con mucha formalidad, que si no compartíamos idéntica profesión, no se arriesgaría a revelarme nada. Sospechaba que "por parte de aquellos blancos había una manifiesta mala voluntad hacia él que..."

»—Tiene toda la razón —dije; recordé una conversación que había escuchado sin querer—. El gerente opina que deberían ahorcarse.

»Me pareció que esta noticia lo inquietaba, lo cual me divertí al principio.

»Será mejor que desaparezca sin hacer mucho ruido —dijo muy en serio—. Ya nada puedo hacer por Mr. Kurtz, y pronto darían con algún pretexto. Nada puede detenerlos. Hay un puesto militar a unas trecientas millas de aquí.

»Sí, caramba —dije—, quizá sería mejor que se fuera, si cuenta con algún amigo entre los salvajes de ahí.

»—Muchos —dijo—. Son gente sencilla: y a mí no me

hace falta nada, ya sabe —se mordió el labio, y añadió—: No quiero que les pase nada a esos blancos, pero, claro, yo pensaba en la reputación de Mr. Kurtz... pero usted es marino como yo, y...

»De acuerdo —dijo al poco tiempo—. La reputación de Mr. Kurtz estará a salvo en lo que de mí dependa —ignoraba cuán sinceras habían sido mis propias palabras.

»Me informé, bajando la voz, de que Kurtz había dado la orden de atacar el vapor.

»Había momentos en que detestaba la idea de que se lo llevaran... y otra vez... Pero no entiendo de estas cosas. Soy una persona muy sencilla. Él creía que iba a asustarlos, que ustedes desistirían, que crearían que estaba muerto. No pude impedirselo. ¡Ah, qué mal lo he pasado durante este último mes!

»Bien —dijo—. Ahora Mr. Kurtz está bien.

»Hum, sí —dijo, al parecer no muy convencido.

»Gracias —dijo—. Mantendré los ojos bien abiertos.

»Pero ni una palabra, ¿eh? —me instó con gran interés—. Sería terrible para su reputación que alguien aquí...

»Con gran solemnidad, me comprometí a mantener la más completa discreción.

»Tengo una canoa, hay tres negros que me esperan no lejos de aquí. Me voy. ¿Podría darme algunos cartuchos del Martini-Henry?

»Podía, y lo hice con la más conveniente discreción. Guiñando un ojo se apropió de un puñado de tabaco.

»Entre compañeros de profesión, ya sabe: el buen tabaco inglés —al llegar a la puerta del cuarto de derrota se volvió—: Oiga, ¿no tendrá un par de zapatos de más? —Levantó una pierna—. Mire. —Las suelas estaban ligadas con cuerdas trenzadas por debajo, al modo de las sandalias, bajo los pies sin calcetines. Exhumé un viejo par, se quedó mirándolo admirado antes de ponerlo bajo el brazo izquierdo. Uno de los bolsillos (rojo encendido) reventaba de cartuchos, por el otro (azul marino) asomaba la *Investigación*, etc., etc., de Towson. Parecía creer que iba excelentemente equipado para renovar su trato con la jungla—. ¡Ah!, nunca, jamás volveré a conocer a nadie como él. Debería haber oído cómo recitaba poesía... suya, eso me dijo. ¡Poesía! —Los ojos se le quedaron en blanco al recordar semejantes placeres—. ¡Ah, cómo amplió mis conocimientos!

»Adiós —dijo. Nos dimos la mano y se desvaneció en la oscuridad. ¡A veces me pregunto si en realidad llegué a verlo, si de verdad era posible haber conocido a semejante fenómeno...!

»Cuando me desperté, poco después de medianoche, se me vino a la mente el aviso que me había dado, con su insinuación de peligro, que me pareció lo suficientemente real en la estrellada oscuridad como para obligarme a levantarme a echar un vistazo. Había una gran hoguera en la cumbre de la colina, iluminaba de forma irregular un esquinazo deteriorado de la vivienda. Uno de los agentes, con un destacamento de

nuestros propios negros convenientemente armados, montaba guardia cerca del mafil, pero en lo más profundo de la jungla, rojos resplandores de incierros movimientos, que parecían hundirse y elevarse desde el suelo entre confusas formas de columnas de un negro intenso, mostraban la posición exacta del campamento donde los adoradores de Mr. Kurtz pasaban su inquieta vigilia. Llenaba el aire con ruidos sordos que se prolongaban en vibraciones el monótono redoblar de un gigantesco tambor. Procedía de la negra y lisa muralla de vegetación, era como el zumbido de las abejas de una colmena, un zumbido continuo, provocado por el sonido de muchas voces humanas, cada una cantando para sí algún raro ensalmo, y producía un extraño efecto narcótico sobre mis apenas despiertos sentidos. Creó que dormitaba sobre la barandilla, cuando una brusca explosión de aullidos, un abrumador desbordamiento de un frenesí misterioso y sofocado, me despertó en medio de mi perpleja admiración. Se interrumpieron de repente, continuó el grave zumbido creando un efecto de un silencio audible y balsámico. Miré por casualidad hacia el camarote. Había luz en el interior, pero Mr. Kurtz no estaba.

»Creo que habría despertado a todos si hubiera dado crédito a mis ojos. Pero al principio no creía en lo que veía: me parecía imposible. El hecho es que me había quedado paralizado de puro miedo, un terror limpio y abstracto, sin relación con cualquier forma

conocida de daño físico. Lo que hacía que esta emoción fuera tan poderosa era, ¿cómo lo definiría?, el ultraje moral que advertí, como si se me hubiera arrojado a la cara de forma inesperada algo completamente monstruoso, intolerable para el pensamiento, odioso para el alma. Esto, por supuesto, duró una fracción de segundo, a continuación me sobrevino la sensación de un peligro de muerte común, la posibilidad de una carnicería, una masacre o algo parecido, que me parecía algo muy probable, que me pareció incluso positivo y deseable. Me calmó tanto que, de hecho, no di la voz de alarma.

»Había un agente con la gabardina abotonada durmiendo en una de las sillas de cubierra a menos de tres pies de distancia. Los aullidos no lo habían despertado, apenas se le oía roncar. Lo dejé durmiendo, salté a la orilla. No traicioné a Mr. Kurtz. No traicionarlo era un mandato para mí. Estaba escrito que tenía que ser fiel a la pesadilla que yo mismo había elegido. Quería enfrentarme con aquella sombra a solas: hoy es el día en que no sé por qué deseaba tan intensamente que nadie compartiera conmigo la particular oscuridad de aquella experiencia.

»En cuanto bajé a la orilla vi el rastro que había dejado, una senda muy visible entre la hierba. Recordó que me dije exultante: "No se sostiene en pie, camina a cuatro patas, ya lo tengo". La hierba estaba húmeda a causa del rocío. Caminé a grandes zancadas, con los puños cerrados. Me imaginó que tenía la idea de

sorprenderlo y darle una buena paliza. No sé. Tuve algunas ideas bastante imbéciles. El recuerdo de la anciana del gato con sus labores me importunaba, me parecía que era el ser más incongruente que pudiera haber al otro extremo de todo este asunto. Vi una fila de peregrinos regando todo de plomo, con los Winchester apoyados en la cadera. Pensé también que nunca podría regresar al vapor, ya me imaginaba viviendo solo, desarmado, en la selva, envejeciendo. Tonterías como éstas, ya saben. Y también recuerdo que llegué a confundir el lario de los tambores con el de mi propio corazón, y que me tranquilizó aquella apacible regularidad.

»Seguí la pista, me detuve a escuchar. Era una noche muy clara, había un espacio azul oscuro en el que destellaban el rocío y las estrellas, y en el que había inmóviles formas negras. Me pareció que algo se movía ante mí. Estraba poseído de una arrogante seguridad aquella noche. De forma que abandoné el sendero, me adelanté describiendo una suerte de semicírculo (creo que hasta me reía para mis adentros), para cortarle el paso a lo que quiera que se moviera, a lo que había visto, si es que había visto algo. Iba a atajar a Kurtz, como si estuviéramos jugando.

»Me tropecé con él, y si no me hubiera oído llegar, no le habría dado tiempo a levantarse. Vacilante, alto, pálido, impreciso como el vapor que brota de la tierra, se tambaleaba oscuro y silencioso ante mí, mientras que a mi espalda se adivinaban las hogueras entre los árboles, y salía de la selva el murmullo de muchas

voces. Le había cerrado el paso de forma muy inteligente, pero recobré la sensatez cuando de verdad estuvo ante él; vi las verdaderas dimensiones del peligro. En modo alguno me había librado de los problemas. Imagínense que empezara a gritar. Quizá no podía sostenerse en pie, pero le quedaba fuerza para gritar.

»Váyase, escóndase —dijo con aquella voz grave que tenía. Era formidable. Miré hacia atrás. Estábamos a menos de treinta metros de la hoguera más cercana. Se irguió una figura negra, se movieron unas largas piernas negras, se agitaron sobre el resplandor dos largos brazos negros. Llevaba cuernos —de antílope, creo— en la cabeza. Un hechicero, un brujo, sin duda, parecía francamente maligno.

»¿Se da cuenta de lo que está haciendo? —susurré.

»Perfectamente —contestó elevando la voz para esa única palabra; me pareció lejana, pero a la vez era como si hubiera gritado a través de una bocina. Si grita, estamos perdidos, pensé. No se trataba de empujarla a puñetazos, además me agradaba muy poco golpear a aquella Sombra, a aquel individuo errante y atormentado.

»Será el fin para usted —dije—, irremisiblemente.

»Hay veces en que te llega una inspiración, ya saben. Dije lo que tenía que decir, aunque, hiciera lo que hiciera, no iba a dejar de ser el fin más irremisible para él, justo en este momento en que se ponían los cimientos de nuestra amistad, unos cimientos duraderos... duraderos... hasta el final... y más allá.

»—Tenía magníficos proyectos —dijo indeciso.

»—Sí —dije—, pero si intenta gritar, le daré en la cabeza con... —no había palo ni piedra a mano—. Lo estrangularé —corregí.

»—Estaba a punto de lograr cosas espléndidas —me suplicaba con voz ansiosa, con un tono de tan insatisfecha melancolía que me heló la sangre—. Por culpa de ese estúpido bribón...

»—Su éxito en Europa, en cualquier caso, no corre peligro —afirmé con confianza.

»No quería estrangularlo, ya me comprenden, a decir verdad, no habría servido de nada, no habría sido nada práctico. Intenté romper el sortilegio, el peso y mudo sortilegio de la jungla que parecía atraerlo a su despiadado seno avivando sus olvidados instintos brutales, mediante el recuerdo de la gratificación de pasiones monstruosas. Era esto, estaba seguro, lo que lo había atraído hasta la selva, hacia la maleza, hacia el destello de las hogueras, el batir de los tambores, el zumbido de los taros ensalmos; esto es lo que había hecho a su transgresora alma cruzar al otro lado de la frontera de los deseos permitidos. ¿Lo ven?, el miedo del asunto no consistía en que te dieran un golpe en la cabeza —aunque también era perfectamente consciente de esa clase de peligro—, sino en esto, en tener que tratar con un ser con el que no se podía hablar apelando a nada, alto o bajo: y él lo sabía. Al igual que los negros, tenía que suplicarle, suplicarle a él, en su propia, exaltada e increíble degradación. Se

movía con la más irrestricta libertad sobre la tierra. ¡Maldito sea! Había despedazado la propia tierra. No había nada por encima o por debajo de él, lo sabía. Estaba solo: y yo ante él, no sabía si mis pies estaban sobre la tierra o si flotaba en el aire. Les he contado lo que dijimos, he repetido las frases que pronunciamos, pero, ¿de qué sirve? Eran palabras comunes: sonidos vagamente familiares que intercambiamos a diario. ¿Y qué? Tenían tras ellas, a mi juicio, la terrorífica riqueza de las palabras que se oyen en sueños, de las frases de las pesadillas. ¡El alma! Si alguien ha luchado con otra alma, ése soy yo. No es que discutiera con un demen-te. Lo crean o no, su inteligencia no estaba perturbada, ciertamente, se hallaba concentrada en sí mismo con horrible intensidad; pero no estaba perturbada, ésa era mi única esperanza de éxito; si se dejaba a un lado lo de matarlo, que no era nada aconsejable por el inevitable ruido. Su alma estaba poseída por la locura. Se había quedado solo en aquella jungla, el alma había mirado en su propio interior, y, Cielos, lo que les digo, se había vuelto loca. Por culpa de mis pecados, sin duda, tenía yo que pasar por la ordaña de mirar en su interior. Ninguna otra elocuencia podría haber contribuido a agostar la fe en la humanidad como su última efusión de sinceridad. Además también él luchaba consigo mismo. Lo veía, lo oía. Veía el misterio inconcebible de un alma que no conocía la moderación, ni la fe, ni el miedo, pero que, sin embargo, luchaba ciegamente consigo misma. Mantuve la cabeza serena,

pero cuando por fin lo vi tendido sobre la cama, me enjugué la frente, me temblaban las piernas como si hubiera cargado una tonelada cuesta abajo. A decir verdad, tan sólo lo había sujetado, había apoyado sobre mis hombros el brazo descarnado, no pesaba más que un niño.

»Al día siguiente parimos al mediodía; la muchedumbre, de cuya presencia tras el telón de los árboles yo había tenido clara conciencia durante todo el tiempo, brotó desde la selva. Llenó el claro, la cuesta se cubrió de una masa desnuda de cuerpos de bronce, que temblaban, que respiraban. Moví el vapor contra corriente, después lo hice girar río abajo, dos millares de ojos siguieron las evoluciones de aquel colérico demonio fluvial que chapoteaba, que hacía ruido, que golpeaba el agua con su aterrorada cola, que exhalaba un humo negro que se quedaba flotando en el aire. Ante la primera fila, extendida a lo largo de la orilla del río, había tres hombres pintados con arcilla roja de la cabeza a los pies dando unos nerviosos pasos de baile. Cuando llegamos a su altura de nuevo, miraron hacia el vapor, golpearon el suelo con los pies, agitaron las cabezas, sobre las que llevaban unos cuernos, cimbrearon los cuerpos de color escarlata. Asperjaron al colérico demonio fluvial con un puñado de plumas negras, adheridas a una apolillada piel de la que pendía un rabo, y con algo que parecía una calabaza seca. De vez en cuando gritaban algo los tres a la vez, retahílas de palabras sorprendentes que no se parecían a ningún

sonido de las lenguas humanas; los graves murmullos de la multitud, entrecorridos, parecían las respuestas a alguna rogativa satánica.

»Llevamos a Kurtz al cuarto de derrota. Allí se respiraba mejor, tendido sobre el lecho miraba por la ventana. Hubo un revuelo entre la masa de cuerpos humanos, la mujer con el cabello en forma de casco, y la tez ambarina, se acercó precipitadamente hasta la orilla. Extendió las manos, gritó algo, aquella salvaje muchedumbre respondió al grito con un rugiente coro de expresiones rápidas y prolongadas.

»—¿Entiende lo que dicen?—pregunté.

»Siguió mirando más allá de donde yo estaba, con ardientes ojos anhelantes, con una expresión en la que se mezclaban el deseo insatisfecho y el odio. No contestó, pero advertí una sonrisa, una sonrisa de significado indefinible; que afloró en sus labios descoloridos, que al momento se contrajeron convulsamente.

»—¿Que si lo entiendo?—dijo con lentitud, sin aliento, como si le hubiera arrancado las palabras una fuerza sobrenatural.

»Tiré de la cuerda de la sirena, lo hice porque había visto que los peregrinos que estaban en la cubuerta habían ido a buscar los fusiles, con aspecto de disfrutar anticipadamente de una buena diversión. Ante el repentino fragor hubo un penoso movimiento de miedo que sacudió aquella apretada masa de cuerpos.

»—¡No, no los asuste!—gritaba alguno desconsolado, abajo, en la cubierta. Seguí tirando de la cuerda sin

parar. Echaron a correr, saltaban, se agachaban, cambiaban de rumbo, evitaban el aéreo terror del ruido. Los tres individuos estaban tendidos de bruces, como muertos, como si los hubiera alcanzado alguna bala. La bárbara y soberbia mujer extendió trágicamente los brazos hacia nosotros, sobre el sombrío y deslumbrante río, fue la única que no se inmuyó.

»A continuación la chusma de la cubierta comenzó su diversión, y ya no pude ver nada a causa del humo.

»La corriente, de color chocolate, fluía con rapidez de aquel corazón de oscuridad, hacia la mar, nos llevaba a una velocidad dos veces superior a la de ascenso. También la vida de Kurtz se escapaba con rapidez, refluía, refluía desde su corazón hacia la mar del inexorable tiempo. El gerente parecía satisfecho, ya no tenía preocupaciones de importancia vital, nos emparejaba a ambos en su mirada satisfecha y comprensiva: el asunto había terminado todo lo bien que se podía desear. Me daba cuenta de que muy pronto sería yo el único que quedaría de los partidarios de los "métodos incorrectos". Los peregrinos me miraban con hostilidad. Me contaba ya, por decirlo de esta forma, entre los muertos. Es extraño lo pronto que había aceptado yo esta imprevista sociedad, mi antología de pesadillas se me había impuesto en la tierra tenebrosa invadida por aquellos mezuquinos y avariciosos fantasmas.

»Kurtz peroraba. ¡Qué voz!, ¡qué voz! Hasta los últimos momentos conservó una especial gravedad.

[270]

Sobrevivió a su propia fuerza para ocultar con los magníficos pliegues de su elocuencia la estéril oscuridad de su corazón. Ah, sí, luchaba, luchaba. Sombrías imágenes asolaban el erial de su fatigada mente: imágenes de riqueza y fama, brotes serviles de aquel fértil talento para la expresión noble y elevada. Mi Prometida, mi puesto, mi carrera, mis ideas: éstos eran los asuntos de las ocasionales expresiones en las que moldeaba sus elevados sentimientos. La sombra del auténtico Kurtz frecuentaba el lecho de aquella hueca funda de la almohada⁸, su destino inmediato iba a consistir en un entierro bajo el mantillo de la tierra primitiva. Pero el amor diabólico y el odio extraterrestre de los miserios que había violado luchaban por la posesión de aquella alma saciada de emociones primitivas, ávida de una fama falsa, de una importancia ficticia, de toda la vana pompa del éxito y el poder.

»A veces era despreciablemente infantil. Quería que lo recibieran reyes en las estaciones de ferrocarril, a su regreso de alguna fantasmal nada, donde había intentado lograr grandes cosas.

»—En primer lugar hay que demostrar que posee uno cosas potencialmente beneficiosas, después será ilimitada la gratitud por tu talento—decía—. Claro está que hay que preocuparse por las razones, siempre, por las razones correctas.

(8) En inglés: *hollow sham*, 'funda bordada y vacía de una almohada'; podría ser también 'vano impostor'.

»Los largos tramos del río, que eran siempre uno y el mismo, los monótonos meandros, que eran siempre idénticos, se deslizaban junto al vapor con su multitud de árboles seculares que contemplaban pacientes este sombrío fragmento de otro mundo, el precursor del cambio, de la conquista, del comercio, de las masacres, de las bendiciones. Yo miraba hacia adelante, llevaba el rumbo.

»Cierre la ventana –gritó Kurtz un día, sin motivo–. No puedo soportar ver eso.

»Obedecí. Nos quedamos callados un rato.

»¡Te arrancaré el corazón! –le gritó a la invisible jungla.

»Hubo una avería –me lo esperaba–, y tuvimos que detenernos en el extremo de una isleta para hacer las reparaciones. Este retraso hizo flaquear por primera vez la confianza de Kurtz. Una mañana me entregó un paquete de papeles y una fotografía, todo ello atado con un cordón de zapato.

»Haga el favor de guardarme esto –me dijo–. Este loco peligroso –es decir, el gerente– es muy capaz de meter las narices en mis cosas en cuanto me dé media vuelta.

»Volví a verlo al atardecer. Estaba reclinado sobre la espalda, tenía los ojos cerrados, me retiraba en silencio cuando le oí murmurar algo:

»–Vivir con decencia, morir, morir... –me quedé escuchando, pero no hubo nada más. ¿Ensayaba algún discurso en sueños, o se trataba de alguna frase de un

artículo de un periódico? Había colaborado con algún periódico, quería volver a hacerlo.

»Para difundir mis ideas. Es un deber.

»Su oscuridad era impenetrable. Me quedé mirándolo como se mira a alguien que se halla en el fondo de un precipicio al que nunca llega el sol. Pero no disponía yo de mucho tiempo para él, porque tenía que ayudar al maquinista a desmontar los cilindros, que perdían agua, a enderezar una biela doblada, y otras cosas por el estilo. Tenía que convivir con un revoltijo infernal de piezas oxidadas, limas, tuercas, tornillos, llaves, martillos, terrajas de roquete: cosas que me parecen abominables porque no me llevo bien con ellas. Yo atendía a la fragua de campaña que llevábamos a bordo, trabajaba duramente en medio de aquella chatarra, a menos que la fiebre me impidiera estar en pie.

»Un atardecer entraba yo con una vela, y me asusté cuando le oí hablar con voz algo trémula:

»–Aquí estoy en medio de la oscuridad esperando a la muerte.

»La luz estaba a menos de treinta centímetros de su cara. Me vi obligado a murmurar:

»–¡No, tonterías!

»Me quedé mirándolo como en trance. Nunca he vuelto a ver, y espero no volver a verlo, nada semejante al cambio que sobrevino a sus facciones. Ah, no, no es que me pareciera conmovedor, yo estaba sencillamente fascinado. Era como si se hubiera rasgado un velo. Sobre aquella cara de marfil vi la expresión del orgullo

sombrío, del poder despótico, del terror más abyecto, de la desesperación más completa y definitiva. Durante aquellos momentos únicos en que accedió al conocimiento final, ¿revivió alguno de los deseos, tentaciones o entrega del pasado? Algo, una imagen, una visión, le hizo gritar con un hilo de voz; gritó dos veces, apenas era un susurro el grito:

»¡El horror! ¡El horror!

»Apagué la vela, salí del camarote. Los peregrinos cenaban en la camarera, ocupé mi lugar frente al gerente, quien levantó la mirada, y me interrogó con el gesto, no le hice caso. Apoyó la espalda en la silla, estaba sereno, con aquella sonrisa suya con la que sellaba la inexpresada profundidad de su mezquindad. Un enjambre de mosquitos se cernía sobre la luz, el mantel, las manos, las caras. De repente, el *boy* del gerente, cuya insolente cabeza negra apareció en el umbral, dijo con un tono de hiriente desdén:

»—Señó Kurtz, él morir.

»Todos los peregrinos salieron precipitadamente para verlo. Me quedé allí, seguí cenando. Creo que pensaron de mí que era despiadadamente insensible. No obstante, no comí mucho. Allí había una lámpara, luz, ya saben, afuera era tan brutal la oscuridad, tan brutal. No volví a acercarme al hombre notable que había pronunciado aquel fallo sobre las aventuras de su alma en la tierra. La voz había desaparecido. ¿Había habido algo más? Soy consciente de que los peregrinos enterraron algo al día siguiente en un agujero encharcado.

»Después casi estuvieron a punto de enterrarme a mí.

»No obstante, ya ven que no fui a reunirme con Kurtz al momento. No. Tuve que quedarme para soñar toda la pesadilla hasta el final, para demostrar una vez más mi lealtad a Kurtz. El destino. ¡Mi destino! Menuda broma es la vida: un misterioso convenio de implacable lógica orientado hacia un objetivo fútil. Lo mejor que puede pasarle a cualquiera es llegar a aprender algo acerca de sí mismo, lo cual llega siempre tarde, y luego viene la cosecha de inabarcables reproches. He luchado con la muerte. Es la lucha menos interesante que uno pudiera figurarse. Se libra en una grisura intangible en la que no se hace pie, en el vacío, sin espectadores, sin gritos, sin gloria, sin esa gran sed de victoria, sin el gran temor a la derrota, en una morbosa atmósfera de tibio escepticismo, sin fe excesiva en tus propios derechos, y aún menos en los del adversario. Si ésta es la forma de sabiduría más alta, entonces la vida es un acertijo mucho más complejo de lo que algunos creemos. Estaba a punto de aprovechar la última oportunidad de manifestar mis pensamientos, y hallé, humillado, que quizá no tenía nada que decir. Por esto es por lo que afirmo que Kurtz fue un hombre notable. Tenía algo que decir. Lo dijo. Puesto que también yo me había asomado al borde, comprendo mejor el sentido de aquella mirada que no veía la llama de la vela, pero que era lo suficientemente amplia como para haber abarcado todo el universo, lo suficientemente aguda como para haber

penetrado en todos los corazones que laten en la oscuridad. Había escuchado a ambas partes, había emitido un fallo. ¡El horror! Fue un hombre notable. Después de todo, eso era expresión de alguna suerte de fe: algo que poseía candor, convicciones, había una vibrante nota de rebeldía en el susurro, mostraba la cara sorprendente de una verdad entrecrista, una extraña mezcla de deseo y odio. No es mi propia aflicción lo que mejor recuerdo: una informe visión gris desbordante de dolor físico, de perezoso desdén por la evaporación de las cosas, incluido el propio dolor. No. Era su aflicción lo que me parecía haber vivido. A decir verdad, él había dado el último paso, había cruzado una línea, mientras que a mí se me había consentido que el indeciso pie retrocediera. Acaso sea ésta la diferencia; quizá toda sabiduría, toda verdad y toda sinceridad se compriman en ese momento inapreciable en el que franqueamos el umbral de lo invisible. Quizá. Me gusta creer que, una vez que yo haya escuchado a ambas partes, mi fallo no será una palabra de perezoso desdén. Es preferible su grito, mucho mejor. Se trataba de una afirmación, de una victoria moral pagada con incontables derrotas, con terrores abominables, con satisfacciones abominables. Pero era una victoria. Por eso es por lo que he permanecido fiel a Kurtz hasta el fin, y aun después, cuando mucho tiempo más tarde escuché no su propia voz, sino el eco de su magnífica elocuencia, que llegaba hasta mí desde un alma tan translúcida-mente pura como un acantilado de cuarzo.

»No, no me enterraron, aunque hay una temporada cuyo recuerdo envuelven las brumas, que me llena de estremecimientos de perplejidad, como un tránsito por un mundo inconcebible que careciera de esperanzas y deseos. Me hallé de regreso en la ciudad sepulcral, me disgustaba el espectáculo de la gente corriendo por las calles tratando de sacarse el dinero unos a otros, devorando sus infames alimentos, tragando su insalubre cerveza, soñando sus sueños insignificantes y necios. Estorbaban mis pensamientos. Eran intrusos cuyo conocimiento de la vida era para mí una farsa irritante, porque estaba plenamente seguro de que no sabían lo que yo sí sabía. Aquella actitud del individuo común que se dedica a sus asuntos con la conciencia plena de su propia seguridad me resultaba tan ofensiva como las irritantes provocaciones de la estupidez cuando se enfrenta con un peligro que es incapaz de comprender. No tenía ningún deseo concreto de ilustrarlos, pero me costaba moderarme, contener la risa cuando me tropezaba con aquellas caras tan llenas de estúpida arrogancia. No dije que mi salud fuera muy buena en aquella época. Recorría las calles—tenía que arreglar algunos asuntos—sonriendo con estúpida amargura ante algunas personas muy respetables. Admito que mi conducta era censurable, pero raro era el día en que no tenía fiebre. Los esfuerzos de mi querida tía por ayudarme a convalecer parecían equivocados. No se trataba de una convalecencia que me afectara al cuerpo, era mi imaginación lo que pedía

reposito. Guardaba el paquete de papeles que me había entregado Kurtz, sin saber muy bien qué hacer con ellos. Su madre había muerto recientemente, atendida, me dijeron, por su Promecida. Vino a verme un día un hombre perfectamente rasurado, tenía modales de funcionario, llevaba gafas con montura de oro; me hizo algunas preguntas; comenzó con circunloquios, después, suave y complaciente, expresó algunas exigencias respecto de lo que denominó “ciertos documentos”. No me sorprendió, porque había mantenido un par de discusiones con el gerente sobre ese mismo asunto. Me había negado en redondo a darles ni siquiera un trozo de papel, mantuve idéntica actitud con el emisario de las gafas. Hizo algunas amenazas no muy definidas, finalmente defendió con vehemencia que la compañía tenía derecho a toda clase de información respecto de sus “territorios”. Agregó:

»—El conocimiento de Mr. Kurtz sobre las comarcas inexploradas debe de haber sido muy completo, muy especial, debido a su talento y a las dedicadas circunstancias a las que se había visto reducido, de manera que...

»Le aseguré que los conocimientos de Mr. Kurtz, aunque extensos, no guardaban ninguna relación con asuntos comerciales o administrativos. A continuación invocó el nombre de la ciencia.

»—Qué pérdida tan incalculable sería que...—etc., etc.

»Le ofrecí el informe sobre la «Supresión de las

costumbres salvajes», tras quitarle la posdata, por supuesto. Lo cogió con avidez, pero acabó dejándolo a un lado con aire de profundo desprecio.

»—No es esto lo que tenemos derecho a esperar—observó.

»—No esperen otra cosa—dije—. Sólo quedan cartas personales.

»Se retiró no sin amenazarme vagamente con no sé qué procesos legales, no volví a verlo, pero, dos días más tarde, apareció otro individuo que dijo ser primo de Kurtz; estaba deseando conocer todos los detalles acerca de los últimos momentos de su querido primo. De paso, me dio a entender que la más genuina vocación de Kurtz había sido la música, había sido un gran músico.

»—Seguro que habría tenido un gran éxito—dijo aquel individuo, que, por cierto, creo que era organista; el lacio pelo gris le llegaba hasta el ajado cuello del abrigo. No tenía motivos para dudar de tal afirmación, pero hoy es el día en que no sé decir cuál había sido la profesión de Kurtz, si es que había tenido alguna, ni cuál era su talento más representativo. Yo había creído que se trataba de un pintor que colaboraba con la prensa, o quizá un periodista aficionado a la pintura, pero ni su primo (que no dejó de tomar rapé durante la entrevista) supo decirme, con exactitud, qué había sido. Había sido un genio universal: respecto de eso me mostré de acuerdo con el buen viejo, que, a continuación, se sonó la nariz con un gran pañuelo

de algodón, y se retiró con senil agitación, llevándose un puñado de cartas familiares y algunas notas sin importancia. El último en aparecer fue un periodista ansioso por saber algo sobre su “querido colega”. Este visitante me informó de que la verdadera esfera de las actividades de Kurtz debería haber sido la política, “del lado del pueblo”. Tenía unas pobladas cejas recatas, el pelo erizado y muy corto, un monóculo unido a una cinta ancha; al franquearse, me confesó que Kurtz no sabía escribir:

»Pero, ¡santo cielo!, ¡cómo hablaba! Electrizzaba al público. Tenía fe, ¿no lo ve?, tenía fe. Podía convenirse a sí mismo para creer en lo que fuera, lo que fuera. Habría podido ser un gran dirigente de algún partido radical.

»¿Qué partido? —pregunté.

»—Cualquiera —respondió—. Era un... un... un extremista.

»¿No pensaba yo lo mismo? Asentí. Me preguntó, con interés repentino:

»—¿Sabía qué es lo que lo había inducido a ir allí?

»—Sí lo sabía —a continuación le ofrecí el famoso *Informe* para que lo publicara si le parecía conveniente. Lo examinó aprisa, murmurando sin cesar, emitió su fallo:

»—Servirá.

»Se fue con el botín. De manera que al final me quedaban unas pocas cartas y el retrato de la joven. Me pareció hermosa, quiero decir, tenía una expresión

muy bella. Ya sé que incluso se puede hacer mentir a la luz del sol, pero no creo que haya manipulación de la luz ni del gesto que pudiera dotar con tan delicado matiz de la sinceridad a unos rasgos como aquéllos. Parecía dispuesta a escuchar sin reserva mental, sin sospecha, sin egoísmo. Llegué a la conclusión de que yo mismo debía llevarle las cartas, y devolverle el retrato. Curiosidad. Sí. Quizá algún otro sentimiento también. Todo lo que había sido de Kurtz había pasado por mis manos: su alma, su cuerpo, su puesto, sus planes, su marfil, su carrera. Sólo quedaban su recuerdo y su Prometida; y quería entregar también ambas cosas al pasado, en cierta forma: para entregar personalmente todo lo que quedaba en mí de él a ese olvido que es la última palabra de nuestro común destino. No me defendiendo. No tenía ideas muy claras respecto de lo que de verdad quería. Quizá se trataba de un impulso de lealtad inconsciente, o el cumplimiento de una de esas necesidades irónicas que alicantan en la vida humana. No lo sé. No sabría decirlo. Pero fui.

»Pensaba que su recuerdo era como otros recuerdos de muertos que se acumulan en toda vida humana: una vaga impresión en la mente de algunas sombras en su último y apresurado paso; pero ante la puerta alta e imponente, entre las altas casas de una calle tan tranquila y solemne como la cuidada alameda de un cementerio, se me apareció su visión tendido en la camilla, abriendo la boca con avidez, dispuesto a tragarse toda la humanidad y todo el mundo. Revivió

entonces ante mí, tanto como lo hubiera hecho anteriormente: un insaciable espejismo de espléndido aspecto, de terribles realidades, una sombra más oscura que las sombras de la noche, dignamente atraviada con los ropajes de la elocuencia más deslumbrante. Me pareció que el espejismo entraba conmigo en la casa: la camilla, los fantasmales portadores, la salvaje muchedumbre de adoradores, la sombra selva, el resplandor del río entre los oscuros meandros, el latido de los tambores, ensordecido y acompasado, como el propio corazón, el corazón de la oscuridad triunfante. Se trataba de un momento de la victoria de la jungla, un soplo invasor y vengativo que me parecía que debía hacer retroceder para salvar un alma. El recuerdo de lo que le había oído decir en aquel lejano lugar, con aquellas figuras de los cuernos moviéndose detrás de mí ante el resplandor de las hogueras, entre los pacientes árboles, regresó envuelto en aquellas frases entrecortadas que oí de nuevo, con su amenazadora y aterradora sencillez. Recordé las abyectas súplicas, las abyectas amenazas, la colosal dimensión de sus depravados deseos, la mezquindad, el tormento, la borrascosa angustia de su alma. Posteriormente creí recordar sus modales lánguidos y tranquilos cuando me dijo un día:

«Este marfil en realidad es mío. La Compañía no ha pagado por él. Lo conseguí corriendo grave riesgo personal. Me temo que, sin embargo, intentarán quedárselo. Hum. Un asunto complicado. ¿Qué cree que debo hacer?, ¿resistir?, ¿eh? Sólo quiero justicia...

»Sólo quería justicia, ¡justicia! Hice sonar la campanilla de una puerta de caoba del primer piso; mientras aguardaba se me apareció su imagen en el brillante entrepaño: me miraba fijamente con ojos desmesuradamente abiertos que abrazaban, condenaban y desdibujaban todo el universo. Me pareció oír el grito susurrado: "¡El horror! ¡El horror!"

»Anochece. Tuve que aguardar en un salón muy elegante en el que tres ventanas que llegaban desde el suelo hasta el techo eran como tres columnas de luz cubiertas con sábanas. Brillaban las confusas curvas de las patas torneadas y doradas, los respaldos del mobiliario. La alta chimenea de mármol poseía una blanca fría y monumental. En un rincón se advertía la presencia inmensa de un piano de cola. Los oscuros destellos de cuyas lisas superficies hacían pensar en un sombrío y pulido sarcófago. Se abrió una alta puerta, se cerró. Me levanté.

»Se acercó hacia mí toda negra, la cabeza pálida; flotaba hacia mí en el crepúsculo. Vestía de luto. Hacía más de un año de la muerte; más de un año de la llegada de la noticia; parecía eternamente dispuesta a recordar y a llevar luto. Cogió mis manos entre las suyas, murmuró:

«—Me dijeron que vendría.

»Advertí que no era muy joven, quiero decir, no era una niña. Poseía una capacidad adulta para la fidelidad, la fe, el sufrimiento. Me pareció que la habitación se oscurecía, como si toda la triste luz de un atardecer

nublado se hubiera refugiado en su frente. El pelo rubio, la palidez del semblante, la frente pura, todo ello parecía rodeado de un halo de cenizas desde el que me contemplaban unos ojos oscuros. La mirada era inocente, profunda, confiada y fiel. La cabeza apesadumbrada parecía llevar el dolor como con orgullo, como si dijera, sólo yo..., sólo yo sé cómo llorar su desaparición como merece. Pero mientras nos dábamos la mano la cara se tiñó de un pesar tan completo que advertí que se trataba de uno de esos seres que no son juguetes del Tiempo. Para ella era como si hubiera muerto el día anterior. ¡Dios mío!, la impresión era tan fuerte que también a mí me pareció que había muerto el día anterior, no, que acababa de morir. Los veía a ambos simultáneamente: la muerte de él, y el dolor de ella, vi su dolor en el mismo momento en que él moría. ¿Lo comprenden? Los veía juntos, los escuchaba juntos. Había dicho con un profundo suspiro:

«Sí, he sobrevivido —pero mis fatigados oídos parecían escuchar con toda claridad, mezclado con el tono de compungido sentimiento de ella, el susurro con que él resumió su condena eterna. Me preguntaba qué estaba haciendo yo allí, con una sensación de pánico en el corazón, como si hubiera cometido el fatal error de entrar en un lugar de misterios absurdos y crueles que no era conveniente que contemplara ningún ser humano. Me señaló un sillón. Nos sentamos. Dejé el paquete con cuidado sobre una mesilla, colocó la mano encima...

«Usted lo conocí bien —murmuró tras un dolorido silencio.

«En esos lugares la intimidad es fácil —dije—. Lo conocí todo lo bien que pueden conocerse los hombres.

«¡Y lo admiraba! —dijo—. Era imposible conocerlo y no admirarlo, ¿no?

«Era un hombre notable —dije titubeante. A continuación, antes de que la suplicante firmeza de la mirada pareciera pedirme más palabras, proseguí: Era imposible no...

«Amarlo —concluyó ella con impaciencia, reduciéndome a una muda estupefacción—. ¡Qué gran verdad! ¡Qué gran verdad! Pero cuando pienso que nadie lo ha conocido como yo! Cuán noble su confianza. Nadie lo conocí como yo.

«Nadie lo conocí como usted —repetí. Tal vez tuviera razón. Pero a cada nueva palabra crecía la oscuridad de la habitación; sólo su frente, blanca y lisa, permanecía iluminada por la luz eterna de la fe y el amor.

«Usted fue amigo de él —continuó—. Amigo de él —repetió un poco más alto—. Debe de haberlo sido, porque le dio esto, ¡me lo envió a mí! Creo que con usted puedo hablar, ¡sí!, debo hablar. Usted, que escuchó sus últimas palabras, deseo que piense que no soy indigna de él... No es orgullo... ¡Sí!, me enorgullezco de saber que nadie lo comprendió como yo, él mismo me lo dijo. Desde la muerte de su madre no he visto a nadie con quien... nadie a quien... a quien...

»Yo escuchaba. La oscuridad avanzaba. Ni tan siquiera tenía la certeza de que Kurtz me hubiera dado el paquete correcto. Sospecho, incluso, que el paquete que quería darme era otro, uno que después de la muerte de Kurtz examinaba el gerente a la luz de una lámpara. La muchacha seguía hablando, la certeza de mi simpatía mitigaba su dolor, hablaba del mismo modo que bebe el sediento. Me enteré de que el compromiso con Kurtz no había sido bien recibido por parte de la familia de ella. No era lo suficientemente rico, o algo parecido. A decir verdad, creo que él había vivido siempre en la pobreza. En alguna ocasión me dio a entender que había sido la impaciencia ante su relativa pobreza lo que lo había movido a ir allí.

»... ¿Quién que lo hubiera oído hablar aunque sólo fuera una sola vez no se convertiría en amigo suyo? —decía ella—. Arraía a los hombres por lo que de bueno tenían —me miró fijamente—. Ése es el talento de los grandes —siguió hablando, me pareció que el sonido de su voz, apenas un susurro, me llegaba en compañía de todos los otros sonidos llenos de misterio, desolación y tristeza que hubiera escuchado yo anteriormente: el rumor del río, el gemido de los árboles movidos por el viento, los murmullos de la muchedumbre, el tenue eco de las palabras incomprensibles oídas en la lejanía, el susurro de una voz que hablaba desde más allá del umbral de una oscuridad eterna.

»—Pero usted pudo escucharle, a usted no tengo que contárselo! —exclamó.

»Sí, lo escuché —dije con algo parecido a la desesperanza en lo más íntimo del corazón, pero inclinándome reverente ante la fe que ella poseía, ante aquella ilusión pura y redentora que brillaba en ella con un resplandor extraterrestre en medio de la oscuridad, en la oscuridad triunfante de la que yo no habría sabido defenderla, de la que ni yo habría sabido defenderme.

»—¡Qué pérdida para mí... para nosotros! —corrígió con generosidad. Agregó con un murmullo—. Para el mundo.

»Los últimos resplandores del crepúsculo me permitieron ver el destello de las lágrimas en los ojos, lágrimas que no se derramarían.

»—He sido muy feliz... muy afortunada... estoy orgullosa —prosiguió—. Demasiado afortunada, demasiado feliz durante muy poco tiempo. Ahora, durante el resto de mi vida, seré... seré desdichada.

»Se levantó. El pelo rubio, con un dorado reflejo, pareció acoger toda la luz que quedaba. También yo me levanté.

»—De todo esto —continuó apesadumbrada—, de tanta promesa, de toda su grandeza, de su mente generosa, de su noble corazón, no queda nada... apenas recuerdos. Usted y yo...

»—Siempre lo recordaremos —me apresuré a decir.

»—¡No! —exclamó—. No es posible que todo se haya perdido, que se haya sacrificado una vida como la suya sin que quede nada... excepto tristeza. Usted sabe qué planes tan generosos tenía. También yo los conocía...

quizá no los entendía del todo... pero había quien sí los comprendía. Debe quedar algo. Al menos sus palabras no han muerto.

»Sus palabras permanecerán—dije.

»Y el ejemplo—se dijo a sí misma en un murmullo—. Los hombres seguían su ejemplo... su bondad se manifestaba en cada uno de sus actos. Su ejemplo...

»Cierto—dije—, también el ejemplo. Sí, el ejemplo. Se me olvidaba.

»Pero no puedo. No puedo... no puedo crear... todavía no. Me es imposible creer que nunca volveré a verlo, ¡que nadie volverá a verlo nunca, nunca, nunca!

»Extendió los brazos, como si los acercara a una figura fugitiva, los negros brazos con las pálidas manos crispadas ante el estrecho y tenue resplandor de la ventana. ¡No volver a verlo! Yo lo veía con toda claridad en aquellos momentos. Veré su elocuente fantasma mientras viva, también la veré a ella: una Sombra trágica y familiar que recordaba en ese gesto a otra, igualmente trágica y adornada con impotentes amuletos, que extendía sus brazos desnudos sobre el resplandor de aquel río infernal, el río de la oscuridad. De repente, en voz baja, dijo:

»—Murió como había vivido.

»—Sus últimos momentos—dije mientras notaba que se apoderaba de mí una ira sorda—no desmerecerían del resto de su vida.

»—Pero yo no estaba con él—murmuré.

»Mi ira refluyó hasta convertirse en un sentimiento de infinita piedad.

»—Todo lo que pudo hacerse...—murmuré.

»—Ay, yo creía en él más que nadie en el mundo, más que su propia madre, más que... él mismo. Me necesitaba. ¡A mí! Yo habría atororado todos sus suspiros, sus palabras, sus indicaciones, sus miradas.

»Sentí una helada contracción en el pecho.

»—No—dije con voz sofocada.

»—Perdóneme. He... he padecido tanto en silencio... en silencio... ¿Estuvo usted con él hasta el último momento? A menudo pienso en su soledad. Sin nadie cerca que lo comprendiera como yo lo comprendía. Quizá sin que nadie le prestara atención...

»—Hasta el último momento—dije con un titubeo—. Escuché sus últimas palabras...—me detuve asustado.

»—Por favor, repítamelas—murmuró con una voz que partía el corazón—. Deseo... quiero... algo... algo que me permita... vivir.

»Estuve a punto de gritar: "¿Es que no lo oye?" El crepúsculo las repetía con un persistente susurro sin cesar, un susurro que parecía crecer de forma amenazadora, como el primer rumor de un viento que se levanta: ¡El horror! ¡El horror!

»—Las últimas palabras... algo que me permita vivir—insistía—. Comprendame. Yo lo amaba... lo amaba... lo amaba.

»Saque fuerzas de flaqueza, y hablé despacio.

»—La última palabra que salió de su boca fue... el nombre de usted.

«Oí un leve suspiro, se me paró el corazón, se paró en seco al escuchar un grito terrible y exultante, un grito que expresaba un triunfo inconcebible, de un dolor indecible.

«¡Lo sabía. Estaba segura! —Ella lo sabía. Ella estaba segura. La oí llorar, había oclutado la cara entre las manos. Tenía la impresión de que la casa iba a derrumbarse antes de que pudiera escaparme, de que el cielo caería sobre mi cabeza. Pero no sucedió nada. Los cielos no se caen por fruslerías como ésta. ¿Se habrían caído, me preguntaba, si le hubiera hecho a Kurtz la justicia que se merecía? ¿No había dicho que sólo quería justicia? Pero no pude, no pude decírselo. Habría habido demasiada oscuridad... demasiada oscuridad...

Marlow se quedó callado, seguía sentado lejos, una figura borrosa y silenciosa, con la postura de un Buda meditativo. Nadie se movió durante un rato.

—Estamos perdiendo el comienzo del reflujo —dijo el superintendente de forma brusca. Levanté la cabeza. Una fila de negras nubes cerraba el horizonte de la mar, la serena vía marina que conducía a los más apartados rincones de la tierra discurría de forma sombría bajo un cielo cerrado: parecía dirigirse al corazón de una inmensa oscuridad.